



PAN, QUESO
Y BESOS

POR
B. L. FARJEON



NUEVA YORK
D. APPLETON Y CÍA., LIBREROS-EDITORES
1, 3, Y 5 BOND STREET

Novelas Publicadas en Español

POR

D. APPLETON Y CÍA., NUEVA YORK.

Pepita Jiménez.

Por Don JUAN VALERA.

Edición Americana Ilustrada. Un hermoso tomo de 219 páginas, con 7 láminas, el retrato y autógrafo del autor y varias viñetas alegóricas. Encuadernación de mucho gusto artístico y bonitamente decorada. Buen papel, tipo claro, etc., etc. Precio, \$1.25.

La Casa en el Desierto.

Aventuras de una familia perdida en las soledades de la América del Norte.

Por el Capitan MAYNE REID.

Un bonito tomo de 348 páginas con 12 láminas, encuadernado en tela inglesa. \$1.25.

La misma, edición económica, 50 centavos.

Las Minas del Rey Salomón.

Por H. RIDER HAGGARD.

Una novela inglesa llena de aventuras y de escenas interesantísimas. 50 centavos.

Benjamin Leopold

PAN, QUESO Y BESOS

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

Benjamin Leopold
POR
B. L. FARJEON
"



NUEVA YORK
D. APPLETON Y COMPAÑIA
1, 3 y 5 BOND STREET
1890

PR4699
F17 B97

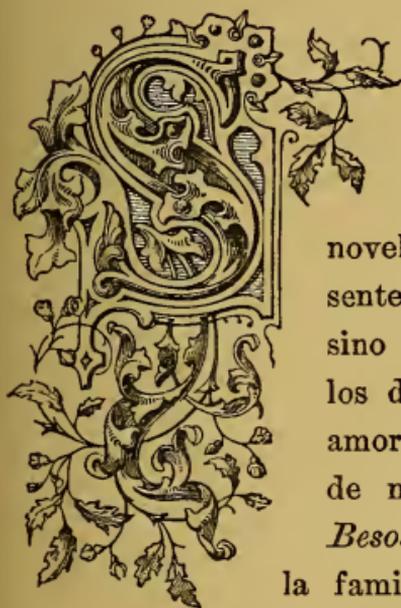
COPYRIGHT, 1890,
By D. APPLETON AND COMPANY.

All rights reserved.

La propiedad de esta obra está protegida por la ley en varios países, donde se perseguirá á los que la reproduzcan fraudulentamente.

39

SOBRE LA PRESENTE EDICIÓN ESPAÑOLA DE PAN, QUESO Y BESOS.



Y I es cierto como dicen, que la novela es la *épica del siglo*, la novela doméstica ha de ser la *épica del hogar*, y si la buena novela ilustra y entretiene, la presente no sólo llena ambos requisitos; sino que nos hace amar más y mejor los dulces encantos del hogar y las amorosas horas que pasamos en el seno de nuestra familia. *Pan, Queso y Besos*, es una novela de familia y para la familia. En ella no predomina el sentimiento de secta, casta ó nacionali-

dad; pertenece al hogar y por lo tanto es universal. Sus ejemplos, son puros, su narración sencilla, su lenguaje claro, sus enseñanzas sanas. El color está tomado de la vida real, de la vida pacífica y feliz de un hogar cualquiera; por lo que no puede dejar de ser puro, vivo y natural á la vez.

No consiste solo en el color el mérito de este cuadro,

sino en la delineación, en el movimiento, en el aire y vida con que representa el santuario de la familia : el autor es un verdadero artista y sabe pintar estos cuadros con mucho primor. Entre las numerosas novelas de Farjeon, hemos escogido la presente, sino como su mejor obra, al menos como la que más ha gustado y gusta, tanto en la Gran Bretaña como en este país. No dudamos que llegará á tener la misma buena acogida en los países españoles é hispanoamericanos, y fundados en esta seguridad la hemos hecho vertir al español. En cuanto á la traducción, la señorita María Springer hizo cuanto pudo, para que no perdiese nada de su belleza original, y el señor Ramírez Reinlein contribuyó mucho con su trabajo para darle la mejor dicción castellana posible.

LOS EDITORES.

NUEVA YORK, *Marzo de 1890.*

PAN, QUESO Y BESOS.



POSEÍDO de un sentimiento de infinita gratitud, voy á dar principio á este mi Cuento de Navidad. Doy gracias porque puedo escribirlo, y también por la creencia en que estoy de que, debido á la bondad de muchos corazones simpáticos, el Tallo de Yerba que hice brotar hace un año, no se ha marchitado ni muerto. Se me ha invitado, y así pensaba yo hacerlo, á continuar la historia de ese humilde Tallo de Yerba que dejé interrumpido el año pasado ; pero los acontecimientos que durante ese tiempo han sobrevenido, no justificarían el hacerlo ahora. Espero continuarla antes de mucho. Pronto Dios mediante, seguiremos á ese Tallo de Yerba á través de un verano tanto más agradable, cuanto triste fué el invierno en que brotó y del que ha estado rodeado hasta ahora. Mientras tanto, confío en que las lágrimas que he derramado sobre él lo conservarán fresco ; y me complazco en ver brillar sobre él una estrella, aunque rodeado de nieve y bruma.

Sentado en mi tranquilo aposento, y pensando en la feliz época del año á que me voy á referir, me parece escuchar la música de su tierna influencia, y quisiera que el espíritu benigno que anima ese día, animara todos los restantes del año. Así podría y debería ser, y de ese modo no tendría-

mos que esperar tanto tiempo esa época dichosa que tanto ansiamos ahora.

No quiere decir ésto, que la vida debiera ser un continuado día de fiesta, pues el trabajo es el más sano de los alimentos ; pero sería de desear, más propiamente en esta época del año á la que se halla asociado todo lo que es tierno y bueno, un poco más de bondad para con el prójimo, y de generosidad y sentimientos entre las diferentes clases é individuos ; un poco menos de egoísmo ; mayor conocimiento por parte de las clases elevadas, de la divina y humana igualdad que las une á las clases bajas ; alguna mayor consideración por parte del pobre para con el rico ; y más piedad práctica del rico para con el pobre ; un poco menos de la hipocresía tan comunmente practicada y adulada ; más sentido verdadero en las oraciones, y por consiguiente más sincera devoción al arrodillarse para orar ; más benevolencia en los asuntos de estado ; y por último, más sinceridad en la práctica de la máxima de "*no quieras para tu prójimo lo que no quieras para tí mismo.*"

¿ Y por qué el estilo en que estoy escribiendo trae á mi memoria el recuerdo de mi madre ? Es, sin duda, porque su memoria es lo más sagrado y tierno que guardo en mi alma, y porque lo que siento por ella está grabado en lo más íntimo de mi corazón.

Hay también otra razón para ello. De mi madre proviene el título de mi Cuento de Navidad, y esta introducción podría servir, en parte, de dedicatoria á la bondad de su carácter. Creo que en toda la extensión del globo, entre los miles de millones de seres humanos que lo pueblan, y que han existido, no hay ni ha habido una mujer que haya disfrutado una vida más tranquila, ni que con mayor sinceridad se haya esforzado en hacer el mejor uso de todo lo que la suerte le proporcionaba, aun en la adversidad, en la que

también tuvo una buena parte. Fué querida de cuantos la conocieron, y á su corazón compasivo fueron confiadas muchas penas por aquellos que sufrían, y, pobre como fué durante un largo período de su vida, siempre, por virtud de algún secreto, de que sin duda no fué la única poseedora, contribuyó al alivio y consuelo de cuantos en la adversidad acudieron á ella.

Recuerdo, que cuando una vez le pregunté de qué medio se valía para hacerlo, me contestó, con una plácida sonrisa que me hace pensar en la luz de una tranquila noche de luna: "Querido mío, tengo un saco de buena fortuna." Donde lo guardaba, sólo Dios lo sabe; pero continuamente introducía en él la mano, y siempre sacaba algo bueno y consolador. Nadie podría decir cuántos corazones reanimaba, cuántas penas alivió, y cuántas cruces adornó con guirnaldas de esperanza. Ella nunca lo dijo. Consideraba estas acciones como deberes de su vida, y tenía un placer en llevarlas á cabo. La admiro y la adoro cuando pienso en la naturalidad con que prescindía de sus propias penas para acudir á consolar las de los demás. Era una incomparable ama de casa, y sabía multiplicar los recursos. Jamás se le conoció un sentimiento de egoísmo, y, consagrada á sus hijos, era la alegría del hogar. Parecía que el sol no alumbraba en la casa cuando nuestra madre estaba ausente. Poseía verdaderos secretos en el arte de cocina, y aun hoy preferiría yo de muy buena gana una de aquellas modestas comidas que solía prepararnos, á los más grandes banquetes que se me pudieran ofrecer. Cuanto salía de sus manos era tan agradable como cuanto salía de sus labios.

Como muchacho curioso, solía yo preguntarle con frecuencia: "¿Qué tiene Vd. hoy para comer?", á lo que ella contestaba alegremente, "Pan, queso y besos," por lo que yo comprendía, y me regocijaba con ello, que no faltarían en

la mesa algunos de nuestros platos favoritos. Otras veces solía variar la respuesta diciendo que la comida consistía en "palitos de pasas y huesos de ciruelas," lo cual me hacía abrigar cierta intranquilidad respecto á la bondad de los platos. Sin embargo, los palitos de pasas y huesos de ciruelas eran la excepción, siendo la regla "Pan, queso y besos," palabras que aun conservan para mí una significación tierna y sagrada, porque significan contento alegría, y el ejercicio de palabras dulces y de pensamientos apacibles; significan ¡ Hogar ! ¡ Santa y querida palabra ! Alejémonos de los ostentosos resplandores que amenudo la desfiguran, y retirémonos por un rato en estas Pascuas á pensar y á meditar sobre ella. Sepamos apreciarla siempre, y unámonos en la esperanza de que su influencia para el bien no se perderá en el tumulto de la Gran Marcha á cuyos atronadores acordes late desatinado el corazón del mundo. ¡ El Hogar ! ¡ El Paraíso en la tierra ! Las flores que crecen en las guardillas lo prueban ; el dulce éxtasis que embarga el corazón de una madre cuando contempla el rostro de su primogénito ; los auxilios á aquellos á quienes amamos ; el desinterés ; la devoción ; las palabras tiernas ; los actos de caridad ; la abnegación ; todo, todo lo prueba. Nuestras plegarias al arrodillarnos junto al lecho antes de entregarnos al descanso, las pequeñas manos devotamente cruzadas, y las palabras de alabanza y de gracias al Creador, que balbucean labios infantiles; la enseñanza de estas palabras por la feliz madre para que el niño crezca para el bien ; todo esto lo prueba. No hay clase, por humilde que sea, que no pueda disfrutar de este paraíso en la tierra y del puro goce de " Pan, queso y besos."

No puedo desear á mis queridos lectores y amigos mayor ventura que ésta. ¡ Que sea vuestro frecuente alimento " Pan, Queso y Besos," y que dejen en vuestros labios un sabor tan dulce como han dejado en los míos !

PRIMERA PARTE.



PRIMERA PARTE.

CAPÍTULO I.

“ACÉRQUESE USTED Y NO TEMA ENSEÑAR LA CARA.”



Si me pidieran que señalase un lugar que, entre todos los del mundo, representase mejor lo bueno y lo malo, lo elevado y lo innoble de la humanidad, sin vacilar describiría un círculo de una milla alrededor de la Abadía de Westminster. Dentro de él se encuen-

tra todo lo que ennoblece la vida y todo lo que la envilece ; la elevada aspiración del hombre de Estado palpita en el gran edificio del Senado, al unísono con las degradadas ideas del habitante de la calle *Old Pye*. Allí se codean los de los barrios St. Giles y St. James. Allí puede verse de una rápida ojeada toda la belleza y toda la fealdad de la vida ; toda su esperanza y toda su desesperación ; toda su vanidad y toda su modestia ; toda su sabiduría y toda su ignorancia ; toda su piedad y toda su impiedad ; toda su fragancia y toda su impureza. La sabiduría de los siglos, la nobleza nacida de una circunstancia afortunada, ó de un acto de valor ; las sublimes lecciones basadas en la fe y en el heroísmo, santifican las solemnes naves de la antigua Abadía. Dentro de sus venerables cláustros descansan las cenizas de los grandes hombres, mientras que fuera de sus

murallas, rozándolas con sus harapos, se oculta el ladrón . . . y algo peor. Pero, ni de estos contrastes, ni de las lecciones que de ellos puedan desprenderse, tenemos que ocuparnos ahora. Nuestra atención se fija en la sonora campana de Westminster que está dando las ocho. Y no ésta sólo, sino la de varios de los personajes de esta historia á quienes pronto vamos á saludar ; de manera que repentinamente, nos encontraremos entre compañeros de muy distintas clases.

Benito Esparrow, el viejo tendero, que, al dar la primera campanada, se halla ocupado en pesar un cuarterón de azúcar para un muchacho sin gorra, inclina la cabeza y aplica el oído en la actitud de un pájaro. Isabelita Esparrow, su nieta, que aba de acostar á Carlota y baja la escalera á obscuras, porque ha dejado la palmatoria en el cuarto de aquella, que no puede dormir sin luz, se detiene, y cuenta de una hasta ocho, pensando al mismo tiempo en alguien que en aquel momento está, sin duda, pensando también en ella. Carlota, con un caramelo medio derretido en la boca, y otro empezando á derretirse en la mano, acostada en su cama, escucha, y se olvida de chupar hasta que cesa el sonido. Una mujer, con aire resignado, interrumpiendo sus meditaciones sobre alguna gran crisis de su vida, procura hallar en el tañido de la campana una esperanza para sus cuitas.

Jaime Million, miembro del Parlamento, y hombre muy rico, también presta el oído al cruzar en su coche por la esquina de la calle donde vive la señora Marta Naldret, respetable matrona que, subida en una silla delante de un armario abierto, y con un mantel en la mano, sigue con el oído atento el sonido de la campana, y cuenta sucesivamente una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, acompañando el último con un suspiro, como si el ocho fuera el término de todas las cosas.

La habitación en que se encontraba la señora Naldret era pobre, sin carecer de comodidades. En la chimenea ardía un alegre fuego, y el puchero estaba empezando á hervir. Un viejo gato negro reposa al costado y guiña perezosamente los ojos ante las pequeñas llamas que se desprenden por entre las rejas de la estufa. Acostado sobre un tapete descolorido, en donde en un tiempo reinaba un león rampante de vivos colores, no se inquieta ante la idea de que un gato acostado sobre un león que tiene la lengua fuera, es una anomalía en la naturaleza y una parodia en el arte. Existe, sin embargo, una disculpa en la circunstancia de que el león es muy viejo y casi está borrado del tapete.

La señora Naldret se bajó de la silla con el mantel en la mano, lo desdobra de una sacudida diestra y rápida como la de un jugador de manos, y lo extiende sobre la mesa, allanando las dobleces hasta que lo deja tan ajustado como si fuera de cera. Después prepara la mesa para la cena, lava la tetera, y empieza á cortar el pan y á untarle mantequilla con las precauciones debidas, porque la mantequilla es como oro molido para los pobres.

—No recuerdo—dice deteniéndose con el cuchillo sobre el pan—que haya hecho tanto frío en mucho tiempo. Es verdad que estamos en Diciembre y que dentro de tres semanas vienen las Pascuas. ¡Noche buena!—exclamó con un suspiro—¡Jorge no estará aquí! Estará en el mar, en el borrascoso mar! ¡Qué tristes Pascuas vamos á pasar! Pero tal vez sea para nuestro bien; aunque no comprendo como se le ha metido en la cabeza tan de repente la idea de emigrar. La casa no parecerá la misma cuando él se haya marchado!—Después, como para consolarse, piensa en su marido.

—¿Cuándo vendrá su padre? . . . aunque todavía no es hora.

Se acerca á la ventana, y mira al cielo por entre las persianas.

—¡ Parece que va á nevar ! ; Qué noche tan clara ! ; pero, qué frío hace ! ; Está helando !

Volviéndose, echa una mirada de satisfacción á la lumbré y á toda la habitación, y dice :

—¡ Gracias á Dios, tenemos buen fuego, y un techo que nos cobije ! ; Dios ampare á los que carecen de hogar ! ; Pobres criaturas ! Son muchos, y los tiempos están muy malos.

Vuelve otra vez á la ventana para mirar al cielo por las persianas, y nota que la luz está interceptada.

—¡ Alguien está mirando !—exclamó retrocediendo. No puede ser Jaime, porque jamás ha hecho semejante cosa. Tampoco puede ser Jorge. ; Ah ! y precisamente la cerradura de la puerta de la calle está rota. Es tan útil como una tetera con un agujero en el fondo.

Como mujer valiente que era, corrió hacia la puerta, y tiritando de frío porque el viento azotaba su rostro, gritó :

—¿ Quién es ? ; Quién está ahí ? No se oculte : acérquese usted, y no tema enseñar la cara.

El hombre se detuvo al oír la voz ; vaciló un momento, y, cabizbajo y con lentitud, se acercó.

—¿ Que no tema enseñar la cara, señora Naldret ? dijo con tristeza y amargura, y con un mundo de reproche en la inflexión de su voz.—¡ Poco valor me queda ya !

—¡ Dios mío !—exclamó la señora Naldret, mientras él se detenía ante ella como un criminal.

—¡ Es Saúl Fielding !

—Él mismo—repitió él—Saúl Fielding, á quien Dios ampare.

—¿ Y por qué no puede ampararse á sí mismo ?—replicó

ella entre enojada y compadecida.—Bastante valor tenía en un tiempo, así, por lo menos, me lo figuraba yo.

—Enséñeme Vd. el camino—replicó él, pero inmediatamente bajó la voz y dijo con humildad :

—Perdóneme Vd., señora Naldret, por haberle hablado de esa manera. Estaría siempre mal en mí el hablar así á cualquiera de los amigos de Jorge, y mucho menos á su madre á quien quiere tan entrañablemente.

—Es verdad—dijo la señora Naldret complacida—y me alegra el corazón oírsele decir á Vd. Pero nada tiene Vd. que agradecerme, Saúl. Nunca he tenido ocasión de hacer á Vd. bien alguno.

—Sí, señora, Vd. ha tenido ocasión y lo ha hecho. Precisamente la semana pasada me ofreció Vd. . .

—Lo que Vd. no quiso aceptar—le interrumpió apresuradamente la señora Naldret—de modo que no sabe Vd. si fué de veras. Pero no hablemos de eso.

—Me ofreció Vd. darme de comer,—continuó él resueltamente—pero no está en su carácter hacer alarde de la caridad. Ya vé Vd. como me ha hecho algún beneficio. Además, es Vd. la madre de Jorge á quien yo debo más que la vida, sí, ¡ más que la vida !

—Conozco la amistad que une á Vds.—dijo ella, atribuyendo á ese motivo la energía de las palabras de Saúl—y que Jorge quiere á Vd. como á un hermano. Por eso mismo siento más pena al ver á Vd. en ese estado.

—Es verdad—dijo él humildemente—pero ya el daño está hecho y no tiene remedio.

—¡ Saúl ! ¡ Habla Vd. como una débil mujer !

—¿ Sí ?—preguntó él con una expresión de cariño.—Pues entonces algo bueno queda todavía en mí. Conozco á una mujer que es mucho más fuerte que yo, y más buena que cien como yo, y á quien la única prueba que dí de apreciar

su bondad y su mérito fué causarle un daño inmenso. ¡ Que enseñe la cara sin temor ! Debiera esconderla debajo de la tierra y demostrar así mi propio desprecio, huyendo de los hombres !

La señora Naldret volvió la cara para no presenciar aquel dolor.

—Esa mujer—continuó Saúl—es la más noble y la más digna del mundo, y aquí, ante Dios, ante su luz que me alumbraba, y sintiendo su crudo viento penetrar hasta la médula de mis huesos (sin duda porque es justo que así sea) digo que la admiro como á la más cercana imágen de la bondad perfecta, cuyo trato ha constituido mi felicidad y también mi desgracia ! Y sin embargo, ¡ Ay ! la virtud, tal cual se practica en el mundo, le volvería la espalda !

—Está Vd. culpando al mundo, Saúl, por una falta que es sólo de Vd.

—No—respondió él—no hago más que justificar á Juana. ¡ Yo echarle la culpa al mundo ! ¡ Bueno estoy yo para ser acusador !—añadió señalando á sus harapos, con desprecio de ellos y de sí mismo.

—Saúl—dijo la señora Naldret después de una pausa, sintiendo compasión por las miserias de aquel desgraciado.—Vd. es un hombre instruido, tiene dotes que otros sabrían aprovechar si las tuvieran, mientras que Vd. . . . Vd. . . .

—Me entregué al vicio—añadió él.—Sé que es eso lo que Vd. quiere decir, señora Naldret ; pero sus palabras no me ofenden.

—Antes de que Vd. emprendiese tan mal camino, Jorge solía deshacerse en elogios de Vd. ; decía que era Vd. el más instruido del taller, y así lo comprendo al oírlo hablar. Pues bien, Saúl, olvide el pasado y haga el propó-

sito firme de portarse en lo sucesivo como un hombre de bien.

—¡ Que olvide lo pasado !—repitió él como si entre las nubes que oscurecían su mente brillase un rayo de amor divino bajo cuya influencia se suavizaba y estremecía su voz.—¡ Que olvide lo pasado ! ¡ No ! ¡ Por nada en el mundo lo olvidaría ! Aunque su recuerdo está lleno para mí de amargura y de vergüenza, no quiero olvidarlo ! . . . ¿ Pero qué es lo que busca, señora Naldret ? ¿ á quién está esperando ?

—Ya es hora de que venga Jaime—dijo ella un poco inquieta, mirando á la calle—y tal vez no le gustaría . . .

—¿ Encontrarla hablando conmigo ? No la encontrará, no tenga Vd. cuidado. Mi vista es mejor que la de él, y en cuanto doble la esquina me alejaré.

—¿ Por qué estaba Vd. mirando á través de las persianas, Saúl ?

—Deseaba saber si Jorge estaba en casa.

—¿ Y si hubiera estado ?

—Hubiera esperado en la calle hasta que hubiese salido.

—¿ Cree Vd. que á Jaime Naldret le hubiera gustado ver á su hijo hablando con Vd.

—No, creo que no—contestó tranquilamente Saúl ;—y sin embargo yo no puedo hacer ningún daño á Jorge. Por el contrario, ¡ daría mi vida por él ! ¡ Vd. no sabe el lazo que nos une ! ¿ Piensa marcharse pronto ? ¿ Cuándo cree Vd. que se marchará ?

—Dentro de muy pocos días, contestó la señora Naldret con un suspiro.

—¡ Dios le acompañe ! ¿ Querrá Vd. hacerme el favor de suplicarle que me vea antes de partir ?

—Sí lo haré, Saúl, y mucho le agradezco el cariño que le profesa.

—Dígale que me he unido á los músicos de Navidad y que oirá mi flauta entre ellos alguna noche de esta semana. Haré de modo que no abandonemos el barrio hasta que él se marche.

—¿ Vd. con los músicos, Saúl. Ha descendido Vd. hasta ese extremo?

—Eso es rebajarme, ¿ no es verdad?—dijo con una ligera sonrisa, y con tono satírico.—Pues bien, Vd. sabe que tocar la flauta era una de mis habilidades, la aprendí desde muchacho, y es el único trabajo que se me presenta. Si hay algún trozo de música que le guste, haré que lo toquen mis compañeros.

—¿ Si pudiera Vd. tocar algo que hiciera á Jorge desistir de su viaje, esa sería la pieza de música que más me gustaría oír!

—¿ Siempre con la santa doctrina de la conformidad!—respondió Saúl.

—Me gusta conformarme con el bien—replicó la señora Naldret con un movimiento de cabeza.—Si Vd. hubiera hecho lo mismo hace algunos años, en vez de incitar á los hombres . . .

—No me encontraría como me encuentro—añadió Saúl interrumpiéndola.—Tiene razón, señora. Buenas noches, y que Dios la bendiga!

Y se fué arrastrando los pies sin esperar la contestación, y soplándose los dedos que tenía casi helados.

La señora Naldret, que también sentía ya bastante el frío, se alegró de poder volver á la chimenea, y continuó pensando en Saúl Fielding.

—¿ Pobre hombre! Le hubiera invitado á entrar y descansar y calentarse á la estufa; pero á Jaime no le hubiera gustado, y en verdad que no lo merece, pues lleva muy mala vida! Pero ¿ qué bien habla! ¿ Qué inteligente es! ¿ Dios

sabe cómo acabará ! ¡ Me ha conmovido ! y, ¡ cómo quiere á Jorge ! Eso es lo que me hace apreciarlo. “ ¡ No sabe Vd. el lazo que nos une ! ”—ha dicho—“ ¡ Daría la vida por servirle ! ” Bien, algo bueno debe haber en un hombre que habla de ese modo.

CAPÍTULO II.

“ Y SIGUE EL MUCHACHO HABLANDO DE SU BELITA, Y SÓLO DE SU BELITA, COMO SI PARA ÉL NO HUBIERA UNA MADRE EN EL MUNDO.”



OR una insigne equivocación del arquitecto, del que hizo el plano, ó sea de quien fuere, la puerta de la habitación de la señora Naldret, que daba al corredor, se hallaba colocada de tal modo que, al abrirse, el viento penetraba libremente hasta el punto de hacerse insoportable.

La señora Naldret inclinada sobre el fuego, no oyó tocar ligeramente á la puerta ; pero inmediatamente conoció que alguien entraba en la habitación, por un escalofrío que sintió en todo el cuerpo, “ capaz de helarle los tuétanos,” según su expresión. Sin volver la cara conoció por los pasos que la que entraba era Isabelita Esparrow.

—Acércate al fuego, hija mía—le dijo.

Isabelita se arrodilló á su lado, y las dos estuvieron por un rato contemplando las llamas, y viendo en ellas mil visiones. Sus pensamientos estaban fijos en el mismo objeto, y las visiones eran del mismo carácter, todas relacionadas con Jorge, con buques, mares borrascosos y tierras extrañas.

—Anoche soñé contigo y con Jorge,—dijo la señora Naldret, tomando entre las suyas la mano de Isabelita. Le

gustaba el suave contacto de aquellos dedos, siendo los suyos ásperos y nudosos. El gusto por todo lo que es suave y delicado es innato en la mujer.

—Soñaba que os habíais casado, que erais felices, que nos hallábamos todos sentados junto al fuego, como tú y yo ahora, y que yo tenía sobre mis rodillas un hermoso niño.

—¡ Oh, madre !—exclamó Isabelita, ocultando su cara en el cuello de la señora Naldret.

—Le conté á tu padre mi sueño esta mañana, y estoy segura de que saldrá cierto. El muchacho estaba sobre mi regazo, desnudo como al nacer, estirando y encogiendo sus piernecitas como un pequeño Sansón. ¡ Cuántas veces he tenido así á Jorge ! y él solía cerrar los puños como si quisiera pelear con todo el mundo ! Jorge era el niño más hermoso de la tierra, y andaba á los nueve meses. Ha sido un buen hijo y será un buen marido. Es tan bueno como el pan, aunque no debiera yo decirlo, porque soy su madre. ¿ Vendrá tu abuelo esta noche, Belita ?

—Creo que no, porque está arreglando las vidrieras de la tienda para las Pascuas. Quiere que llamen la atención para atraer la gente. Está preocupado por lo mal que andan los negocios. Ahora la gente no gasta tanto como antes.

—Eso consiste, Belita, en que ahora todas las cosas están más caras, y el dinero es el mismo. Mi marido no gana hoy más de lo que ganaba hace diez años, y todo ha subido ; la carne, los alquileres, todo en fin. Pero tenemos que conformarnos, hija mía, y sacar el mejor partido posible de la situación. Si Jorge pudiera conseguir bastante trabajo para mantenerse ¿ creés tú que habría pensado en emigrar ? —Al hacer esta pregunta dirigió una mirada penetrante á Isabelita, que ésta no notó por estar mirando al fuego, y añadió :

—Sin embargo, su ausencia no será larga ; así lo espero . . .

—Es muy duro—dijo con un suspiro Isabelita—que tenga que irse tan lejos.

—Más duro sería, hija mía, que tuviera que quedarse aquí sin trabajo. Nada hay que perjudique tanto al hombre, y á la mujer también, como la ociosidad. Mi buena madre solía decir que cuando el hombre está ocioso se dedica á adorar al diablo. Tú sabes bien, Belita, que yo estoy por la tranquilidad y que me conformo con mi suerte. Si uno se propone, puede vivir con muy poca cosa, mientras que nada le basta si es descontentadizo. Por mi parte creo que la vida es demasiado corta para pasarla ansiando ésto, antojándosele aquello, ó suspirando por lo de más allá. Cuando Jorge empezó á hablar de marcharse, le dije : “ No hay lugar alguno que valga tanto para tí como tu hogar, y en él puedes ser feliz con pan, queso y besos á falta de otra cosa.” “ Vd. tiene razón,”—me contestó.—“ Yo me conformaría con eso, pero,”—me dijo cariñosamente—“ Vd. sabe, mamaita,”—siempre me llama así cuando quiere conseguir algo de mí, porque sabe muy bien, el pícaro, que me recuerda los tiempos en que era chiquito.—“ Vd. sabe, mamaita, que adoro á Belita y que quiero casarme con ella. Quiero que sea toda mía. No estoy contento cuando estoy separado de ella. Deseo verla sentada á mi lado en mi propia casa, en vez de darle las buenas noches, de pie, á la puerta de la suya, con el corazón tan lleno de amor que apenas puedo hablar”—(son sus palabras, hija mía)—y cuando me siento tan feliz, y olvidado de todo en el mundo, oír la voz de su abuelo gritar desde adentro : “ ¿ No te parece, Jorge, que es ya hora de que te vayas á tu casa y de que Belita se acueste ? ” Y que cuando contesto, casi avergonzado, “ Está bien, abuelito, ya me voy,” antes de medio

minuto, al volver á perderme en un sueño de felicidad, la misma voz repita: “Ya es hora, Jorge, no créas que debes irte á tu casa? ¿No créas que Belita debe estar cansada?”

Todo esto está bien, digo yo á Jorge, pero, ¿qué tiene que ver eso con tu viaje?

—“¡Ay, mamaita!” añadió—“¿No cree Vd. que, al casarme con Belita, he de desear proporcionarle algunas comodidades? Tendré que comprar algunos muebles y otras cosas.”

Así continuó hablando de su Belita, y sólo de su Belita, como si para él no hubiera una madre en el mundo.

Aunque pretendía aparecer enojada, no había un átomo de celos en el corazón de la señora Naldret al decir ésto, y estrechaba tiernamente con un brazo la cintura de Isabelita, tocando su frente con los labios.

Todo lo que la señora Naldret había dicho era para Isabelita como miel que absorbía con deleite, gozando como sólo se goza en esa edad.

—Así es que—añadió la señora Naldret, continuando su relación—cuando Jorge volvía á casa cabizbajo y triste, diciendo que los negocios iban mal y que no sabía como iba á reunir dinero para casarse, ya sabía yo lo que iba á suceder. Y puesto que se le presenta la ocasión y el pasaje gratis, debido á la bondad del señor Million, (aquí la señora Naldret dirigió como anteriormente, una mirada atenta á Isabelita que no la observó y de cuyos ojos brotaban las lágrimas, reflejándose en ellos la suave luz del fuego de la estufa), no le culpo. Sin embargo, si pudiera ganar aquí lo que le hace falta, yo sería la primera en exhortarle á que no se fuera; pero aquí no lo puede ganar, porque efectivamente los tiempos están muy malos. Hay poco que hacer y muchos obreros ansiosos de trabajar, de modo que se marcha

para buscarlo, y Dios quiera que lo consiga y le vaya bien, y que vuelva con felicidad. ¡Dílo, hija mía!

—¡Que le vaya bien!—repitió Isabelita—y que vuelva con felicidad!

—Y ya que Jorge está resuelto, y que no puede retroceder, tenemos que animarle, tenga ó no tenga razón. Conque . . . enjúgate las lágrimas, y despídele con el corazón alegre. ¿No sabes que las cosas mojadas pesan más que las secas? Jorge tiene que luchar con el mundo, tú bien lo sabes, y si se pone á pelear con las lágrimas en los ojos su derrota es segura. Por el contrario, si dice: ¡adelante! con el corazón alegre y la cara risueña, es seguro que triunfará.

—¡Querida mamá, qué buena es Vd.!—dijo Isabelita besándola repetidamente.

—¡Vamos á ver!—añadió la señora Naldret levantándose—vé y lávate los ojos con agua fresca. Vé al cuarto de Jorge.

—¡Dios me perdone!—dijo cuando se quedó sola, después de ver alejarse á Isabelita.—Daría dos dedos de la mano porque Jorge no se fuera . . . ¿pero qué adelanto con suplicar y mortificarme, si su determinación está ya tomada? Mucho me alegraré de verlos casados, aunque dudo que ella quiera tanto á Jorge como él la quiere. ¡Pero, ya vendrá el amor! ¡ya vendrá! Los tiempos son ahora muy diferentes de como eran antes, y las muchachas también. Ahora hay más afición á las modas, al placer y al lujo. Isabelita estaba realmente muy conmovida hace poco, y siente de veras la marcha de Jorge. Mucho mejor sería para ella que permaneciese aquí, pero él tiene razón al decir que los tiempos están malos. ¡Ay! ¡Son pocos en este mundo los que tienen el pan bien untado de mantequilla! Pero, ¿qué importa? Yo he comido muchas veces pan que me ha sabido muy bien á pesar de no tener mantequilla ninguna.

CAPÍTULO III.

“TUS MEJILLAS PARECÍAN DOS ROSAS.”



ESPUÉS de haber hecho estas reflexiones la señora Naldret volvió á pensar en su marido, extrañando su tardanza; pero pronto oyó unas pisadas fuertes en el corredor, que le hicieron exclamar con alegría :

—¡ Ahí está Jaime !

Jaime Naldret era un hombre tosco, pero bien parecido, rubio y con unas patillas á la inglesa que hacían juego con el color de su rostro. Su cabeza era bien formada y un tanto calva, especialmente por un lado donde el pelo estaba gastado por el roce de la regla de carpintero. Cuando Jaime Naldret apretaba los labios y se restregaba la cabeza con la regla, era señal de que estaba serio, y esto sucedía con frecuencia.

—¡ Hace un frío terrible, Marta !—dijo, casi antes de entrar.

—Pero tenemos un buen fuego—contestó alegremente la señora Naldret—que pronto te calentará.

—No estoy muy seguro de ello—añadió él con la mano en el picaporte.—¿ Has visto jamás una puerta como ésta ?

—Tú siempre refunfuñando por esa puerta . . .

—Me gusta hacerlo, y á nadie hago daño con ello, ¿ no es así ? y no hay duda que el arquitecto fué un estúpido.

Para demostrar esto, Jaime Naldret permanecía en la corriente del aire, tiritando de frío.

—No hagas caso de la puerta, Jaime,—dijo su esposa cariñosamente—ven y lávate las manos.

—Sí haré caso—dijo Jaime, que tenía muy desarrollado el órgano frenológico de la predisposición al combate, y nunca evitaba una polémica. El arquitecto hizo sin duda esta puerta para el tiempo de calor, y entonces puede pasar, pero ahora no puede ser peor. Cuando uno la abre, entra un condenado soplo capaz de helar á cualquiera, y conste que no blasfemo al decir condenado.

Con este pequeño chiste recobró el buen humor y lo repitió moviendo la cabeza con satisfacción, pero produjo poco efecto en su mujer que le dijo :

—¡ Pero hombre ! . . ¿ quieres venir á lavarte la cara y las manos, y no chochar más ?

—¡ Está bien, mujer ! trae la palangana y verás que pronto me chapuzo.

Al dirigirse Marta á la alcoba, que estaba al fondo de la sala, para buscar el agua y el jabón, dijo á su marido, en voz baja :

—¡ Belita está aquí !

—¿ De veras ?—exclamó él frotándose las manos delante del fuego—¿ dónde está ?

—Arriba, en el cuarto de Jorge. Pronto bajará. Está muy triste, Jaime.

—Ya supongo que habrán tenido Vds. un buen rato de llanto juntas.

Mientras tanto, Marta trajo una palangana de agua y una toalla que colocó sobre una silla.

—Tampoco Jorge dejará de llorar cuando se despida de alguno de sus camaradas . . . ¡ pero qué fría está el agua !

—¿ Jorge llorar ? No, señor, él no llora.

—Lo dudo, dijo Jaime Naldret. Un hombre puede llorar aunque no se le vean las lágrimas.

Algo había en esta observación que se relacionaba con la situación de Jaime en aquel momento, pues sus ojos le ardían y le chorreaban agua, á consecuencia del jabón que se había introducido en ellos.

—Tienes razón, Jaime. Muchos hay que lloran con el corazón aunque tengan los ojos secos.

—Todavía no puedo comprender, Marta, por qué el señor Million ha regalado á Jorge el billete de pasaje. No lo comprendo, mujer . . . y te confieso que me preocupa esta idea.

—Sin embargo, Jaime, no es más que de tercera clase, y cuando menos tendrás que confesar que ha sido una buena acción por parte del señor Million.

—Podrá ser, pero no estoy seguro de ello.

—Tú sabes—dijo la señora Naldret después de una pausa, durante la cual los dos parecían estar pensando en algo de que no creían prudente ni conveniente hablar—tú sabes, que algunas veces se me ha figurado que . . . En esto el viejo gato pasó frotándose contra los tobillos de la señora Naldret, que se inclinó para acariciarle y tal vez para no acabar la frase.

—¿Qué es lo que te has figurado, mujer?

—Que al joven señor Million le gusta Belita.

—No me extrañaría—replicó Jaime tosiendo—¿y por qué no le ha de gustar?

—Sí, pero no de ese modo.

—¿Qué modo?

—Jaime, acabarás con mi paciencia. ¡Como si no comprendieras! Aunque á veces los hombres son ciegos.

—¡Y las mujeres muy listas! dijo Jaime algo atufado porque estaba buscando la toalla que no encontraba.—¿Pero

dónde está la toalla mujer? ¡ Ah! ¡ Belita! ¡ Ven á darme un beso, hija mía!

—¡ Muy bien!—exclamó Isabelita parándose delante de él con aire de resentimiento y con la cara llena de jabón.— ¡ Me ha mojado Vd. toda la cara!

—Este marido mío nunca se quita el jabón antes de secarse—dijo Marta, limpiando la cara á Isabelita con su delantal.

—No importa, Belita—dijo Jaime, restregándose fuertemente la cara con la toalla—tu cara aguanta eso mucho mejor que otras que he visto. Á tí no te se puede quitar el color de las mejillas lavándotelas.

—¿ Y cómo sabe Vd. eso?—dijo Isabelita sonriendo.— Sepa Vd. que las mujeres usan una pintura que desafía al agua.

—No seas satírico, Jaime—añadió la señora Naldret— las mujeres tienen sus debilidades . . .

—¡ Debilidades!—exclamó Jaime, secándose los ojos.— ¡ Engaños! dirás. ¡ Eso es un engaño!

—Te vas á arrancar el pellejo de la cara si sigues restregándote así—dijo Marta.

—¡ Eso es engañar á los hombres!—continuó Jaime, que no quería apartarse de la cuestión.— ¡ Eso es un engaño!

—¿ Sabes si viene Jorge á cenar?—preguntó la señora Naldret, procurando cambiar la conversación.

—No; me dijo que no le esperáramos. ¡ Eso es comerciar con engaño!

—¡ Cómo! ¿ que no viene á cenar? ¡ Y yo que había puesto el mantel limpio porque sé que á él le gusta! Acuérdate de eso, Belita. No hay nada como estudiar los pequeños caprichos de un hombre para vivir feliz con él.

—¡ Ya extrañaba yo que hubieras puesto el mantel limpio!—observó Jaime—y añadió sin olvidar su tema:

—¡ Eso es obrar mal ! ¡ Pequeñas debilidades ! ¡ Ya !
¡ ya !

—¡ Vamos hombre ! ¿ Querrás venir á cenar ?

—¡ Vamos mujer ! ¿ Querrás tener mejores modos, y no interrumpirme ? Yo puedo cenar y hablar.

La señora Naldret procuraba hacer ruido con las sillas y con las tazas, pero su estratagema no producía la menor alteración en su marido, que se sentó y continuó.

—Sí, señora : esa es mi opinión, y se la diría á la misma reina. ¿ Á qué aspiran las muchachas ? á casarse, ¿ no es verdad ?

—Pon otro terrón de azúcar en la taza de papá, Belita ; á él le gusta bastante azúcar.

—Bien—continuó impertérrito Jaime—pues si aspiran á casarse, deben ser leales y sinceras, y no tratar de engañar á los hombres pintándose. Hace muchos años que me enamoré de tí, Marta. ¡ Y qué bonita estabas cuando me distes el sí ! ¡ Tus mejillas parecían dos rosas ! Pero si, después de casados, hubiera yo descubierto que aquel color de tus mejillas se podía quitar con una toalla mojada, que tus cejas eran obra de un pincel, y que tu cutis no era tan blanco . . . No sé loqué hubiera hecho.

—¿ Qué hubieras tú hecho ?—repitió Marta, riéndose.

—Te hubiera demandado ante los tribunales—añadió Jaime con una mirada socarrona—y hubiera hecho que te impusieran una multa, tan cierto como me llamo Jaime.

—Lo cual no me hubiera causado el menor daño—contestó Marta guiñándole un ojo á Isabelita—pues mi marido hubiera tenido que pagar la multa.

Jaime no pudo menos de reirse y dar por terminada la polémica, comprendiendo que había sido derrotado con aquellas palabras, y añadió mirando á su esposa con cariño :

—¡ Bueno ! dejemos en paz á las mujeres, y que ellas se defiendan.

Satisfecho Jaime por haber dicho todo lo que quería, su esposa le preguntó si había traído el periódico *La Trompeta*.

—Sí—contestó él—aquí está. Para el pobre obrero son un consuelo estos periódicos de á centavo, pues por tan poco dinero puede enterarse de todas las noticias del día, y hasta de las de la policía y de los tribunales.

Estas últimas no eran tan interesantes para Jaime como para la mujer que, como todas, hallaba el mayor encanto en leer los juicios seguidos por quebrantamiento de promesa de matrimonio.

—Eso es lo que á mí me gusta—dijo la señora Naldret. —Á mí que me den periódicos con muchas noticias de la policía.

—Hay una huelga entre los mineros carboneros del norte—añadió Jaime. Los antiguos mineros se baten con los nuevos y están prendiendo fuego á las casas.

—Y por supuesto, causando la miseria de las mujeres y los niños—añadió Marta.—¡ Infames !

—No sé qué te diga de eso, mujer. Los hombres á veces se ven tan desesperados que pierden la cabeza. ¡ Si á mí cualquiera me calienta la sangre, le acometo !

—¿ Tú ? No te creo yo capaz de hacer daño á nadie . . .

—Digo que le acometería, aunque no le haría daño. Tal vez le acometería con suavidad, pero que lo haría es indudable, si me calentaba la sangre.

—Una huelga es siempre una cosa mala—observó la señora Naldret.

—No estoy seguro de ello. Mucho se podría hablar sobre el particular.

—Ahí tienes á Saúl Fielding, por ejemplo—añadió. La

huelga que promovió fué su ruina, después de causar á otros, muchísimo daño, como tú bien sabes, Jaime.

Levantada la mesa y arreglado el fuego, el cuadro que presentaba aquella humilde habitación no podía ser más agradable. Isabelita y la señora Naldret hacían trabajos de aguja, más bien para pasar el rato que por otra cosa ; y Jaime leía *La Trompeta*.

—Saúl Fielding fué demasiado lejos—dijo Jaime—y fué como el Capitán Araña, que embarcó la gente y se quedó en tierra. Yo estoy por la defensa de los derechos de cada uno, y defenderé los míos ; pero no apruebo la violencia, ni los medios ilícitos. La fina charla de Saúl engañó á muchos, que juraron seguirle y que le hubieran seguido á todo trance. Una noche hizo un discurso que alborotó á la gente. Yo mismo le oí y me impresioné mucho, pero cuando después me hallé al aire libre, y recobré el uso de mi razón, comprendí que Saúl Fielding andaba extraviado. Los demás no lo comprendieron. ¿Y qué hizo él? Abandonar á su partido al día siguiente, y dejar en la estacada á los compañeros á quienes había engañado.

—Tal vez, como tú, al verse al aire libre, recobró también el uso de la razón y comprendió que había hecho mal.

—¡ No ! Bastante tiempo tuvo para haberlo pensado antes. Su discurso parecía aprendido de memoria. No se detenía, como otros que eran más honrados que él, y que tropezaban con las palabras como con piedras.

—¡ El pobre ! . . . ¡ Bastante ha sufrido ! Desde aquel día, tanto los propietarios como los obreros se han puesto en contra de él—exclamó la señora Naldret.

—Él mismo se hizo la cama en que había de dormir, y tú bien sabes que, aunque pudiese borrar esa página de la historia de su vida, no es hombre para tratar con gente honrada.

Jaime parecía dispuesto á hablar de otro asunto referente á Saúl Fielding, pero lo consideró delicado para ser tratado delante de Isabelita, por referirse á una mujer que no era la esposa legítima de Saúl, y dijo:

—No hablemos más de Saúl Fielding, Marta.

La señora Naldret no consideró tampoco oportuno continuar hablando de Saúl, y dejó pasar algunos momentos sin volver á desplegar los labios.

—¿Dice algo el periódico respecto al obrero que nombraron para el Parlamento, Jaime?

—No salió elegido.

Marta expresó su satisfacción por aquel resultado, diciendo:

—Tanto mejor para su familia, si la tiene.

—¿Y por qué no había de ir un obrero al Parlamento, mujer?

—Porque no se pueden hacer dos cosas á la vez. Si emplea su tiempo en el Parlamento, no puede emplearlo en trabajar para ganarse la vida, y deja de ser un obrero.

—¡Trabajaría con la lengua, mujer!

—Mejor es que trabaje con las manos—replicó enfáticamente la señora Naldret—y que deje el trabajo de la lengua para su mujer, que lo hará mejor que él.

—No lo dudo—contestó Jaime riéndose. Esa cuestión del obrero en el Parlamento es un problema.

—Bueno: no te calientes la cabeza con los negocios ajenos. Mi buena madre solía decir que: “Cada gallina con su cría, y bien cacarea.”

—Pero yo no soy gallina, mujer,—contestó Jaime—sino gallo, y me gusta cantar de cuando en cuando.

—Está bien—dijo Marta, cosiendo apresuradamente—pero canta en tu gallinero, y no te metas en el del vecino.

CAPÍTULO IV.

“SI NO LA AMARA TANTO NO ME IRÍA.”



ON la entrada de Jorge y del joven señor Million, la conversación y el aspecto de las cosas tomó un nuevo giro. Pocas palabras necesitaremos para hacer la presentación de Jorge, que es muy parecido á su padre aunque más guapo, por la diferencia de edades. Con las patillas á la inglesa, del mismo modelo que las de aquél, y el pelo del mismo color, su cabeza es bien formada, y ha contraído el mismo vicio de frotarse un lado de ella, cuando está serio. Dice su madre que cuando vino al mundo era tan parecido á su padre como dos garbanzos, lo cual, bajo el punto de vista gramatical, no parece exacto, pero la gramática tiene poca importancia para algunas gentes. Los que no han recibido una educación esmerada no son autoridades en materias de crítica. El abuelo de Jorge había sido carpintero, su padre lo era también, y habiendo seguido él el mismo oficio, podía decirse que este era hereditario en la familia. La señora Naldret se hallaba satisfecha, pues decia que heredar un oficio no era una mala herencia.

Al joven señor Million le pusieron en la pila bautismal el mismo nombre de su padre, y, á fin de evitar confusiones, á él le llamaban el joven señor Million. Su padre y su

abuelo habían sido cerveceros, ó mejor dicho, habían hecho el negocio de cerveza, y como era de suponer, él siguió los mismos pasos. Había, sin embargo, una diferencia entre él y Jorge Naldret. Éste era un buen carpintero, mientras que no podía decirse del joven señor Million que fuese un buen cervecero, pues entendía tanto del negocio como nosotros. Sabía apreciar un buen vaso de cerveza cuando la bebía, pero no sabía hacerla, mientras que Jorge sabía apreciar un buen trabajo de carpintería, y podía hacer otro semejante. Jorge se enorgullecía de su oficio, mientras que el joven señor Million despreciaba su negocio que hubiera querido fuese una profesión ; aunque él y su familia debieran ser los últimos en no demostrar afecto á un negocio, gracias al cual habían acumulado una gran fortuna. Con los productos de la cervecería habían comprado grandes propiedades, y habían conseguido una posición en la sociedad y un asiento en el Parlamento, y tal vez más adelante, conseguirían un título de nobleza, porque las eminencias merecen siempre distinciones y se puede llegar á ser eminente por muy distintos caminos. Se puede ser un eminente comerciante en te, ó dentista, ó callista, con tal de que las ganancias sean grandes.

El asiento en el Parlamento lo ocupaba ahora Santiago Million, padre, dedicándose allí principalmente á atender con el mayor esmero á sus propios intereses y á los de su clase, y á votar sobre las diferentes cuestiones de interés público, siempre que no afectasen á los de su cervecería, aminorando sus productos ; porque la cervecería del señor Million, antigua institución de la familia, había llegado á ser considerada como una especie de feudo, tocar al cual ó intervenir en sus intereses hubiera sido un sacrilegio. Es en verdad una cosa delicada eso de tocar á los feudos, pero sucede á veces que, fomentados y engrandecidos hasta to-

mar proporciones colosales, llegan á ser un perjuicio para la comunidad, y entonces el bien de la sociedad exige la adopción de medidas enérgicas, para impedir que ese monstruoso crecimiento llegue á tomar proporciones más monstruosas.

El apellido Million era muy conocido en la vecindad de los Naldret, porque la mayor parte de las tiendas y tabernas del barrio estaban, como vulgarmente se dice, en el puño de la familia, no atreviéndose los dueños, bajo ningún concepto, á vender á sus sedientos parroquianos otra cerveza que la de Million.

El joven Million era un arrogante muchacho, siempre muy bien vestido, y con abundante dinero en el bolsillo. No seguía carrera alguna, porque esperaba ocupar algún día el puesto de su padre, y no se ocupaba más que de gozar, ocupación que es considerada generalmente por los jóvenes como muy agradable, y que el joven Million la cultivaba á las mil maravillas.

Cuando los dos jóvenes entraron en la habitación de los esposos Naldret, los ojos de Isabelita se animaron. Conocía muy bien los pasos de Jorge, pero no había reconocido los de su acompañante. Jorge entró el primero, y al ver á Isabelita la estrechó entre sus brazos dándole un beso, á que ella correspondió con otro, antes de apercibirse de que el joven señor Million estaba allí también. Cuando vió al joven heredero de la cervecería, se desprendió de los brazos de Jorge, y se separó un poco con los colores encendidos, acción natural en una joven modesta, en presencia de un extraño, como debía ser para ella el joven Million, que ocupaba en la sociedad una posición tan distinta á la de Isabelita. El joven Million dió la mano á todos, saludándoles con afabilidad, y al tomar la silla que la señora Naldret le ofreció, dijo que, habiendo encontrado á Jorge al pasar por allí, y teniendo algo que comunicarle, había aprovechado su

ofrecimiento de entrar y descansar un rato. Si hubiera dicho la verdad, habría confesado que no tuvo la menor intención de venir á la casa, hasta que el viejo Benito Esparrow, en cuya tienda estuvo, le dijo que Isabelita se hallaba en casa de la señora Naldret. Encontrándose después con Jorge, le había acompañado hasta la puerta, y aceptado el ofrecimiento de entrar que éste le hizo por cortesía ó pura fórmula.

—Veo que tiene Vd. *La Trompeta*,—dijo el joven Million dirigiéndose al dueño de la casa.—¿Trae algo de particular?

—No, señor—contestó Jaime—lo de siempre; huelgas, elecciones, y cosas por el estilo. Siempre ocurre lo bastante para llenar un periódico.

—Es verdad—dijo el joven cervecero—veo con sentimiento que las huelgas se extienden, y el resultado de ellas es que todo anda mal.

—Así es—dijo la señora Naldret.—Yo estoy por la tranquilidad y por dejar cada cosa en su lugar.

El joven Million hizo un movimiento afirmativo de cabeza. Tal vez hubiera contestado, sino fuera porque tenía fija su atención en Isabelita á quien Jorge estrechaba con un brazo.

—No se puede esperar—dijo Jaime Naldret, con menos miramiento del que acostumbraba usar con su esposa—que las mujeres comprendan lo bueno y lo malo de esas cosas. Sólo el caballo de varas es el que siente el peso de la carga.

—Yo por mi parte—dijo el joven Million, con desenfado—no me cuido de la política, que dejo enteramente para mi padre; de modo que, sin aventurar una opinión en presencia de quien ha estudiado estas cuestiones—añadió con una condescendiente inclinación de cabeza á Jaime Naldret—no puedo menos de ponerme de parte de la señora Nal-

dret, y decir con ella: “dejemos cada cosa en su lugar,”—é hizo un gracioso saludo á Marta que lo recibió sin agradecimiento, pues no le gustaba verse colocada de parte de un extraño, por muy caballero que este fuese, y en contra de su marido.

—El señor Million ha venido á hacerme saber—dijo Jorge después de un rato de silencio—que *La Reina del Sur* se hace á la vela más pronto de lo que se esperaba, pues saldrá del río Mersey pasado mañana.

Á nadie miró al decir ésto, pero todos, con excepción del joven Million, volvieron los ojos á Jorge. *La Reina del Sur* era el nombre del buque en que Jorge iba á salir para el Nuevo Mundo.

—¡ Tan pronto !—exclamó con ternura la señora Naldret.

—¡ Tan pronto !—repitió Isabelita débilmente, acercándose más á su amante.

—¿ Por qué no te quedas ?—iba á decir la madre.—Aun es tiempo. ¿ Por qué no te quedas y te contentas con ésto ? —Pero comprendió cual sería la contestación de Jorge, y permaneció callada.

—Quiero á Isabelita—hubiera contestado éste—y deseo tener un hogar que ofrecerle. Si no la amara tanto no me iría y me conformaría con trabajar aquí toda la vida, y vivir del trabajo diario, como han vivido Vds., sin aspirar á más.

El joven Million se esforzó en animalos, dándoles noticias del Nuevo Mundo, y explicándoles cuán módicamente puede vivir allí un hombre, lo crecido de los jornales, y la necesidad que hay de buenos obreros, con lo que un hombre inteligente tiene grandes oportunidades de hacer fortuna.

—Suponiendo que un hombre no quiera trabajar en su oficio—añadió—puede probar su suerte por otro camino.

En toda la Nueva Zelandia y Nueva Gales del Sur se están descubriendo minas en las que los naturales recogen grandes trozos de oro, y eso que se puede decir que apenas se ha removido aún la tierra que está llena de aquel metal. Una vez en las colonias, con facilidad se llega á esos lugares, y el que no logre éxito en ellos, siempre puede volver á trabajar en su oficio. Dos ó tres meses de una experiencia de esa clase, es bien poca cosa para la vida de un joven, y el premio que puede obtener bien merece la pena de la prueba. Si Jorge no quiere aventurarse á correr el riesgo de la explotación de la tierra en busca de oro, sino que desea solo trabajar en su oficio, ¿qué mejor oficio que el de carpintero? Allí tienen que construir casas, y éstas no pueden ser más que de madera. ¿Y quienes las han de construir? Los carpinteros. Calcúlese el porvenir que allí se presenta para un operario de esta clase.

—Si yo no hubiera nacido heredero de una fortuna—terminó—daría tres vivas al Capitán Cooke y me embarcaría inmediatamente.

Viendo que todos permanecían silenciosos, y comprendiendo que deseaban estar solos, se despidió sin querer dejar una mala impresión en sus ánimos. Aunque no había dirigido media docena de palabras á Isabelita, llevaba en su mente la linda imágen de la joven al cruzar las frías calles en dirección á su casa.

¿Pero, qué relación existía entre la linda Isabelita y las calaveradas del joven Million? Ya lo sabremos.

CAPÍTULO V.

QUE CON LA AURORA DE UN AÑO NUEVO EMPIECE UNA
NUEVA VIDA.



CUANDO Saúl Fielding se separó de la señora Naldret, se internó, temblando de frío, en el laberinto de estrechas calles, hasta encontrarse frente á una casa cuya parte baja estaba ocupada por una pastelería. La puerta lateral que conducía á la parte superior, estaba abierta, y Saúl ascendió las oscuras escaleras hasta su terminación, entrando en un cuarto cuyo bajo techo se inclinaba por un lado hasta tocar con el suelo. Una lámpara ordinaria ardía en él, con un átomo de luz, más sin duda por economía, que por seguridad, pues allí no había nada que no fuese del más insignificante valor. El escaso moviliario era viejo y desvencijado. Dos sillas de rejilla en las que la poca paja que aun permanecía unida al marco parecía estar diciendo, “mirad en lo que hemos venido á parar,” y una de las cuales tenía su armadura en tal estado que gemía lastimosamente cuando alguien se sentaba en ella ; una cama plegadiza, con lastimosas pretensiones de aparentar ser otra cosa : una mesa de pino, cuyas alas podrían desplegarse en otro tiempo, pero no en la actualidad ; sobre ella dos tazas de distinto origen, una de ellas estaba rajada, y á la otra le faltaba el asa ; y una tetera de metal, cuya superficie se ha-

llaba tan abollada que parecía la cara de un pugilista vencido en cien combates. Pero pobre y miserable como era todo, se hallaba limpio y ordenado como si unas manos cuidadosas se ocupasen de ello.

Saúl Fielding subió la mecha de la lámpara, que al sufrir esta operación chisporroteó como si se hallara mal alimentada, cuya circunstancia se manifestaba claramente en que la parte superior estaba roja é inflamada. En todo el cuarto se veían señales del cuidado de una mujer, y Saúl Fielding se sentó en una de las desvencijadas sillas, con la cabeza apoyada sobre una mano. Al poco rato se oyó el ruido de unos ligeros pasos que subían la escalera, y levantando Saúl la cabeza y mirando hacia la puerta exclamó :

—¡ Juana !

Ella se acercó y le besó en la frente, preguntándole si tenía apetito.

—No—contestó Saúl—¿ dónde estabas ?

—Fuí á una pequeña diligencia. Ven, debes tener hambre ; yo sé que no has cenado.

Tomó los restos de un pan, sacó de una alacena una taza amarilla que contenía un poco de manteca, la untó en el pan con cuidado, y le instó solícitamente á comerlo.

—Yo comeré contigo,—le dijo.

Para complacerla, Saúl trató de comer algo.

—Hace mucho frío, Juana.

—Mucho, Saúl.

Juana era una mujer que parecía haber sido muy hermosa en otro tiempo, y aun se conservaba bella, á pesar de su miseria. No tenía más de veinticinco años, aunque aparentaba tener más edad. En su dedo no se veía el anillo nupcial y parecía ser demasiado pobre para ostentar adorno de ninguna clase en su persona. Había, sin embargo, belleza en ella ; la belleza de la resignación. Al mirarla Saúl

furtivamente, notó con un temor instintivo, una especie de triste resolución en sus modales, templada por los signos de largos sufrimientos, que existían en su semblante. Puso tímidamente su mano sobre la de Juana, y le preguntó con voz alterada :

—¿ No llevas zagalejo de franela, Juana ?

—No Saúl, respondió ella alegremente, lo he empeñado.

Un imponente silencio siguió á este corto diálogo. Así como las tinieblas que reinaron en Egipto en tiempo de Moisés podían palparse, así también, el que reinó en esta habitación hablaba con lengua amarga y lúgubre.

—He estado fuera toda la tarde,—dijo ella apresurada.—Primeramente fuí . . . ya sabes tú donde. Su suave voz temblaba, y parecía querer trasmitir á Saúl el sentido de sus palabras.

—¿ Y pudiste verla ?—preguntó él con ansiedad.

—Sí : estaba jugando en la puerta de la calle . . . ¡ tan bonita ! ¡ Yo . . . la besé !

Todo el amor que pueda abrigarse en el corazón de una madre, toda la ternura de que el amor de una mujer es capaz, se expresó en el tono con que emitió estas sencillas palabras. Apoyó los dedos en sus labios, y se quedó pensando en aquel beso, con los ojos arrasados de lágrimas, y el corazón adolorido por el exceso de amor.

—¿ Te he dicho que en la semana pasada traté de nuevo de obtener trabajo, Saúl ?

—No—contestó él.—¡ Y no lo hallaste !—añadió como si estuviera seguro del resultado.

—¡ No lo hallé !—dijo tristemente.

—Algunas veces, Juana,—exclamó Saúl, como con desprecio de sí mismo,—me pregunto si es verdad que yo soy un hombre ; si es verdad que dentro de mí se halla algo del espíritu de un hombre. Esta misma noche, me dijo algo

por el estilo la señora Naldret, no en tono de censura sino con la mejor intención. Cuando pienso en lo que fuí hace algunos años, me parece que no soy el mismo. ¿Y el porvenir? ¡Santo Dios! ¿Qué nos reservará el destino?

—¡Yo soy una carga para tí, Saúl!

—¡Una carga para mí!—exclamó Saúl con tristeza.— ¡Juana, tú eres mi salvación! Sin tí, sabe Dios á donde hubiera ido yo á parar. Tu eres á la vez mi felicidad y mi remordimiento.

Tomó de sobre la chimenea un pedazo de espejo roto, y se puso á contemplar en él su rostro, cuyas líneas eran más pronunciadas de lo que correspondía á sus treinta y dos ó treinta y tres años de edad. Las pasiones violentas, y la disipación, habían dejado sus huellas en aquel semblante, pero sus claros ojos azules eran todavía hermosos, y brillaban con señales de que aun existía en él el vigor de la juventud. Su boca era grande y sus labios eran el signo más característico de su fisonomía; eran los de un hombre en quien la elocuencia era un don natural, firmes ó trémulos según las circunstancias. El cambio que notó en sí mismo cuando pensó en su pasado, le hizo exclamar con amargura:

—Yo no era como este en otro tiempo. Cuando tú me conociste Juana, no existían estas marcas y estas líneas que han venido demasiado pronto. Pero nadie tiene de ello la culpa más que yo mismo. ¡Yo sólo he traído todo sobre mí! ¡Y sobre tí también, Juana! ¡Tú, tan sufrida, paciente, y sin proferir una queja! Tú tienes que sobrellevar una carga aun más pesada que la mía, y sin embargo, no me permites que la aligere.

—¿Que no te lo permito? No te entiendo, Saúl.

—No me entiendes, porque cada vez que trato de abordar este asunto lo hago por un camino distinto.

—¡Ah! ahora te entiendo—dijo ella débilmente.

—Juana, una vez más te lo pido!—dijo él extendiendo sus manos en actitud suplicante.—Permíteme que lave la vergüenza que pesa sobre tí. Permíteme reparar mi falta. Si me amas, Juana, cástate conmigo.

—Porque te amo, Saúl, lo rehuso.

Saúl le volvió la espalda, y se puso á dar paseos por la habitación, mientras ella le observaba atentamente, con los ojos radiantes de amor, pero al mismo tiempo con señales de una triste y firme resolución marcadas en su semblante.

—Ven y siéntate á mi lado, Saúl—le dijo Juana.

Él obedeció, y ella dejó caer su cabeza sobre el pecho de Saúl, besándole en los labios y diciéndole :

—¿No puede haber duda respecto al amor que existe entre nosotros, es verdad, Saúl?

—Es verdad, Juana.

—Si por ventura tuviéramos que separarnos esta noche, y nunca más volviera á ver tu rostro . . .

—¡Juana!

—Y nunca más volviera á ver tu rostro,—repitió ella con una sonrisa—y los dos viviéramos hasta ser muy viejos, nunca dudaría de tu amor por muchos años que pasasen.

—Tienes razón, Juana. Puedes estar segura de él.

—Lo creo, y no dudo que serías siempre el mismo para mí. Tú también puedes estar cierto de que ningún otro hombre podría ocupar el lugar que siempre has ocupado en mi corazón.

Él la tomó en sus brazos, repitiéndola que sólo ella podía ser su salvación ; que así como nada podría destruir la fe que tenía en él, nada podría quebrantar la que él tenía depositada en ella ; y después de lo que había oído de sus labios y que él sabía muy bien antes, ¿sería ella capaz de negarse á aceptar la única reparación que él podía ofrecerle ?

Juana rehuyó la cuestión y dijo :

—Saúl, estamos en la mayor miseria . . .

—¡ Ay ! es verdad, respondió él.

—¿ Qué, pues, hablar de nuestro casamiento—dijo Juana con ternura,—bastante abatidos estamos ya. Recuerda, Saúl, añadió, estrechando entre las suyas las manos de aquel y mirándole fijamente, que no estamos solos en el mundo, que hay un ser por quien tenemos que velar. Tengamos resolución, y hablemos de ello. Aquí no hay esperanza para nosotros.

—Ninguna, Juana : no parece sino que la tierra me ha abandonado.

—¡ En cualquiera otra parte podrías estar mejor, Saúl !

—Podríamos, querrás decir.

—Lo que es bueno para tí, lo es para mí, replicó Juana. He oído hablar hoy de que Jorge Naldret . . .

—¡ Dios le bendiga !

—Sí, ¡ Dios le bendiga ! He oído decir que se marcha más pronto de lo que esperaba.

—También yo lo he oído, Juana, y esta noche he estado en los alrededores de la casa de la señora Naldret con el objeto de verle, pero no pude conseguirlo.

—Saúl—dijo ella, escondiendo su cara en el hombro de su amante y estrechándole en sus brazos, como quien cree que va á perder lo que más ama en el mundo—hemos sufrido mucho juntos ; parece que nuestro amor es la causa de todas nuestras desgracias.

—Yo ; sólo yo tengo la culpa. Comencé mal mi vida, y he ido de mal en peor.

Juana le interrumpió poniéndole una mano sobre los labios, como para contener la acusación que profería contra sí mismo.

—Creo que ha sido una bendición para muchos, dijo ella,

el descubrimiento de esas nuevas tierras. Un hombre puede emprender allí una nueva vida sin verse agoviado por las desgracias ó faltas del pasado, si tiene valor y resolución; y esa puede ser tu salvación.

—Pudiera ser, si tú me acompañases.

—Allí, con tu talento y habilidad para tantas cosas, puedes abrirte camino. Baja un poco la luz, Saúl, pues me lastima la vista.

Saúl obedeció, pero la mecha, descontenta al parecer, chisporroteó dos ó tres veces y se apagó, dejando el cuarto á oscuras.

—Déjala, Saúl, no la enciendas, prefiero hablar contigo en la oscuridad. Esto trae á mi memoria otros tiempos . . . ¿te acuerdas?

¡Que si se acordaba! Aquella oscuridad en aquel mezuino cuarto le evocó el recuerdo de los tiempos, años atrás, en que por primera vez le dijo que la amaba. En los breves momentos que pasaron después que se apagó la luz, toda la escena se presentó ante sus ojos, recordando hasta las más insignificantes palabras. En la oscuridad era como tenía que hablarle entonces, y en la oscuridad se juraron eterna fe y eterno amor. Parecía que había sido el día anterior cuando, como ahora, la estrechaba entre sus brazos, y sintió los latidos de su corazón. Pero la miseria de ahora era demasiado apremiante para que pudiera ser olvidada más que por breves momentos, y así separó su cabeza del pecho de Juana, donde la tenía apoyada, y dirigió su vista á los rayos de luz de aquella noche hermosa y fría, que penetraban por la claraboya.

—Si yo te dijera,—exclamó Juana,—que no he sentido tristeza por nuestra situación, no por la escasez de recursos, que no puede ser mayor, sino por la circunstancia de vivir juntos no estando casados, no te diría la verdad. He sen-

tido amarga tristeza y amarga vergüenza. Cuando mis amistades me abandonaron, sufrí mucho ; cuando mi más querida amiga, una muchacha de mi edad, me dijo un día : “ mi padre me ha prohibido reunirme contigo porque dice que estás observando una mala conducta ; cuando te cases, tal vez mi padre no sea tan duro y podremos volver á ser amigas, aunque nunca como lo hemos sido, Juana ! ” Cuando esto oí, Saúl, te confieso que me enfermé, porque la quería de veras.

Juana se detuvo un momento, y él, con un sentimiento de su propia indignidad, se separó un poco de ella. Aquellas palabras eran tanto más amargas para él, cuanto que nunca había oído de los labios de Juana la menor palabra de reproche. Ella lo comprendió, y en su ternura por él, le echó el brazo como para atraerlo á sí, pero se detuvo inmediatamente, como si temiera que esto la hiciera vacilar en su propósito.

—Yo me decía—continuó Juana—Saúl sabe lo que hace : cuando esté en situación de hacer otra cosa me dirá : “ ven Juana ” ; y yo me representaba á mí misma yendo una mañana á una tranquila iglesia, sin que nadie más que nosotros lo supiese, y volviendo casados. ¡ Pero no había de suceder ! La parte que tomaste en la huelga te arruinó y te anonadó. Los dueños, como era natural, se pusieron en contra tuya, y así como mis amigas me abandonaron, tus amigos y tus compañeros de trabajo te abandonaron también. Yo me culpo de ello porque te aconsejé que te separases de los obreros, como te habías separado de los dueños, y no preví las consecuencias cuando eso hice. Debí haberme callado.

—Juana,—dijo Saúl con tristeza—tú tenías razón ; yo tenía mis dudas en aquella noche en que hice aquel discurso que tanto me inflamó á mí al pronunciarlo, como á las gen-

tes al oírlo. Perdí la cabeza, y no me extraña que todos se volvieran contra mí después. Yo hubiera hecho lo mismo en su lugar. Pero obrando como obré, lo hice con conciencia. ¿Y qué hice después, cuando empecé á sentir las consecuencias de mis propios actos? Entregarme á la bebida para consolarme, y á no haber sido por tu constante é inalterable cariño, por tu paciente sufrimiento y tus incansables esfuerzos por volverme al camino de la razón, aun me hubiera precipitado en abismos más profundos. Prevalció tu sufrido cariño. ¡Que la muerte me sorprenda, ó yo la sorprenda á ella, antes que faltar á la promesa que te he hecho hace poco!

—Lo sé—dijo Juana, con una brillante mirada que él no pudo ver, porque ella se hallaba de espaldas á la luz—y por eso confío en tí, y tengo valor para decirte lo que te voy á decir. No puede existir entre nosotros el temor de una mala inteligencia de nuestras palabras ó de nuestros actos, y por consiguiente no vacilo, Saúl si he cumplido mis deberes para contigo, y si me he esforzado para cumplirlos con alma y vida, á tí te toca ahora cumplir los tuyos para conmigo.

Saúl no tuvo una palabra que replicar; estaba persuadido de que había dejado de cumplir sus deberes para con ella, y que sobre ella había caído la mayor parte de la miseria y de la vergüenza de aquella situación; pero nunca la había oído expresarse en aquellos términos, con voz firme á la par que tierna, y así, contuvo su respiración, esperando las palabras que habían de sobrevenir.

—Á tí te toca ahora cumplir tus deberes para conmigo. Y al repetir estas palabras tuvo que hacer los mayores esfuerzos para contener las palpitations de su corazón, y para evitar que su agitación interior alterase su voz. Logró el éxito de sus esfuerzos, porque conociendo lo que iba á suce-

der dentro de breves horas, la inminencia de la crisis que se preparaba, le dió fuerzas, y su voz fué clara y firme.

—¿Cómo? ¿De qué manera?—preguntó Saúl con tono agitado.

—Crée ante todo, Saúl,—dijo retrocediendo por un instante al sentir la agitación de la voz de Saúl,—que mi amor es inmenso y apasionado.

—Estoy seguro de ello. Díme cual es mi deber y lo cumpliré.

Juana volvió á cobrar valor.

—Saúl, nosotros no podemos continuar de esta manera. Hemos descendido mucho, muchísimo; pero aun hay algo peor delante de nosotros, si no hacemos un esfuerzo para evitarlo. Escucha: la mayor felicidad que me pudiera sobreenir sería verme casada contigo.

—Lo creo,—dijo él.

—Pero no como eres ahora, Saúl. Sepárate de cuanto al presente te rodea: aléjate de este lugar, en donde no hay esperanza ni para tí ni para mí. Aunque estemos en los más opuestos extremos del mundo, hay un lazo que nos une y que ninguno de los dos podemos olvidar, Aunque estuviera en la tumba, sus labios buscarían mi pecho, sus tier-nas manecitas se extenderían hacia tí para acariciar tu rostro. ¡Qué felicidad no sería para tí poder decirme: “ven Juana, tengo un hogar para tí y para ella!”

Saúl repitió con los labios, pero sin articular el sonido—
¡qué felicidad!

—¡Haz un esfuerzo! ¡Aléjate de aquí! Si triunfas, por humilde que sea tu situación, por pobre que seas, seré tu esposa, aunque no por eso te amaré más de lo que te amo ahora, y me recompensarás por todo lo que he sufrido. Si no triunfas . . . pero sí triunfarás, Saúl, lo sé, lo presiento. ¡Haz un esfuerzo; por nuestro amor! Creo que si me die-

ran á elegir entre verte hacer ese esfuerzo y que por fracasar murieras, ó verte permanecer aquí, preferiría aquello y no volver á ver tu rostro querido. ¡Oye! Nos hallamos próximos al fin del año, la Pascua se acerca. Que ella abra una nueva página en la historia de nuestra vida! ¡Revís-tete de valor! No diré que lo hagas por tí, porque sé que eso no sería un aliciente para tí; hazlo por mí, y que con la aurora del año nuevo empiece una nueva vida para nosotros!

—¿Y es ese el deber que á mí me toca ahora cumplir para contigo, Juana?

—Ese es tu deber.

Saúl se detuvo un rato, no porque dudase de las palabras de Juana ó del plan que ésta le proponía, sino subyugado ante la bondad de aquella mujer que todo lo había sacrificado por él, que le amaba, que tenía fe en él, y que todavía veía en él capacidad para el bien. Cuando se repuso de su emoción, dijo con voz alterada:

—¿Y entonces, si logro el objeto, me permitirás la pobre reparación que te ofrezco? ¿Te casarás conmigo?

—¡Y con cuanta alegría, Saúl! ¡Oh! ¡con cuánta alegría!

—¿No necesitas más que mi promesa?

—Nada más, Saúl.

—Pues la tienes, y emplearé todos los esfuerzos de que soy capaz.

Se arrodilló delante de ella, y con la cabeza apoyada en su regazo derramó lágrimas, pidió á Dios fortaleza, y oró con fe, aunque veía lleno de tinieblas el camino que tenía que recorrer. Se incorporó al cabo de un rato y dirigió su vista al claro firmamento que brillaba á través de la ventana. Juana le echó los brazos al cuello y le besó, y al abrazarla él también, notó que su rostro estaba humedecido por las lágrimas.

—El mundo sería un desierto para mí sin tí, querida Juana.

Ella le besó otra vez, y le hizo notar que ya era hora de que se marchase.

—Buenas noches, Juana,—dijo él, separándose de ella con pesar.

—¡ Buenas noches, Saúl !

Al llegar á la puerta se detuvo para mirarla otra vez, y por último se alejó.

CAPÍTULO VI.

“AMOR MÍO, ¡ ADIÓS !”



ERAN las tres de la madrugada cuando Saúl Fielding regresaba á su casa. La campana de Westminster lo anunciaba con su sonora lengua. Ascendió las escaleras, procurando hacer el menor ruido posible, pues no quería molestar á nadie en la casa, y menos á Juana, si estaba dormida.

—Aunque—pensó con cariño—la pobre Juana se despierta siempre al más ligero ruido de mis pisadas. Entró en el cuarto, con cuidado, y se detuvo con el oído atento.

—Está dormida—murmuró con satisfacción. Se acercó á la cama, y tocó ligeramente la almohada ; estaba fría.

—¡ Juana !—exclamó, sorprendida por el temor.—Pasó la mano por la cama : estaba vacía. Se apoderó de él un temblor tal, que no pudiendo permanecer en pie, cayó casi desfallecido sobre el lecho.

—¿ Qué es ésto ?—se preguntó á sí mismo.—¿ Por qué no está en su cama ? ¡ Juana ! ¡ Juana ! ¿ Dónde estás ?

Aunque sus palabras apenas salían de sus labios, cada una de ellas resonaba en la oscuridad del cuarto como una campana fúnebre, y parecía repercutir con siniestra significación, como si alguien las estuviera repitiendo.

—¿ Porqué me ha abandonado ?—murmuró vagamente.

—Ella no estaba incómoda conmigo. Sus palabras estaban llenas de esperanza, y me besó con cariño !

Dirigió una mirada hacia la ventana, y le pareció ver á su luz el perfil de Juana, y sus ojos mirándolo con ternura y pasión comprendió que aquello era un delirio de su imaginación, pues acercándose á aquella luz, no abrazó sino una sombra.

—El mundo será un desierto para mí sin tí, querida Juana—sollozó con los ojos cerrados, repitiendo casi las últimas palabras que la había dirigido.—; El mundo será un desierto para mí sin tí ! ; Dónde estás ? ; Me has abandonado ?—La mesa tembló bajo su mano cuando se apoyó en ella para sostenerse. No podía contener la agitación que le dominaba. Con temblorosa mano, encendió un fósforo que aplicó á la lámpara, y vió que efectivamente Juana no estaba en el cuarto. Maquinalmente tomó de sobre la mesa un papel escrito, y acercándose á la luz, exclamó :

—; Letra de Juana !—y leyó :

“ Amor mío : te dejo por nuestro mútuo bien. Lo tenía resuelto cuando hablé contigo esta noche, y en mi imaginación desde hace mucho tiempo. Es el único secreto que he tenido para tí. Hemos sido muy desgraciados en el pasado, y hoy tenemos un deber que cumplir, de tal naturaleza que, si no nos esforzáramos en mejorar nuestra suerte no seríamos dignos de una mejor. Confío en tu promesa. Aléjate de aquí y emprende una nueva vida. Todos los días rezaré porque nos otorgue mejor fortuna Aquel que todo lo vé, y que, me lo dice el corazón, aprueba el paso que voy á dar. Reza tú también, querido mío. Él te oirá, y tendrá piedad de nosotros. Piensa cual será la mayor felicidad que me puede sobrevenir, y piensa en que no me consideraré desgraciada, queriéndote y teniéndote siempre en mi pensamiento, mientras crea que estás trabajando para lograr un

fin mejor. Nada temo al separarme de tí. Sé que cumplirás tu promesa. ¡ Me has dicho esta noche tantas palabras de consuelo ! ¡ Ellas serán mi tesoro, y un bálsamo para mi corazón !

Voy á servir en casa de una familia respetable que vive muy lejos de aquí y he adoptado un nombre supuesto. Puedes escribirme con la dirección que te dejo adjunta. Sé que no intentarás hacerme desistir de mi propósito. Te escribiré por conducto de la señora Naldret, que se tomará esta molestia en recuerdo de la amistad que te ha unido á su hijo. Díselo á Jorge.

¡ Adiós, amor mío ! Todas mis plegarias serán por tí. Que ellas y mi memoria conforten tu corazón, como la seguridad de que me amas, y mi fe en la bondad de Dios, confortará el mío.

Hasta la muerte, y aun después de ella, tuya de corazón.

JUANA."

Dos veces leyó esta carta. La primera con sólo un vago sentido de su contenido, y la segunda comprendiéndola con más claridad. Mientras la leía, hondos suspiros salían de su pecho, de sus ojos brotaban las lágrimas, y temblaba la mano con que tenía cogido aquel papel. ¡ Era muy duro el golpe ! ¡ Cruelmente duro ! ¡ pero comprendía que Juana tenía razón. ¡ Qué solitario le parecía el cuarto ! ¡ Qué miserable y triste ! Casi desfallecido como se hallaba ; pues había pasado varias horas en las frías calles, tocando con los músicos de Navidad, sin que sus labios hubiesen probado otra cosa que un sorbo de agua en una fuente, no parecía tener conciencia de su debilidad. Todo su pensamiento estaba en Juana, y su alma y su corazón llenos de ternura por aquella querida mujer ! Miraba á las palabras " amor mío," y le parecía que oía la voz de aquella al pronunciarlas. No pensó en seguirla. Su felicidad dependía de que él la obedecie-

se, y estaba resuelto á obedecerla. Esta determinación la tomó en el acto. Pero, ¡ ay ! ¡ si pudiera abrazarla una vez más ! ¡ Si pudiera oír otra vez su voz querida ! ¡ Si estrechándola entre sus brazos pudiera decirle que sería fiel á su promesa ! Se enjugó bruscamente las lágrimas y dijo sollozando : ¡ ella está pensando en mí ahora ; está despierta y rezando por mí ; el mayor dolor por nuestra separación es suyo ; alma noble, se echó sobre sí misma todo el peso ! ; ¡ ella ha comprendido lo que yo no he podido comprender, y su corazón sangraba cuando trataba de alentar el mío con la esperanza ! Para aminorar mi dolor me dice aquí : “ ¡ me has dicho esta noche tantas palabras de consuelo ! ellas serán mi tesoro y un bálsamo para mi corazón.” ¡ Ella sabía al escribir ésto que con ello me daría ánimo ! ¡ Pero necesito mucha fortaleza de espíritu !

Otra vez sus ojos recorrieron la carta, y al leer las palabras : “ Reza tú también, querido mío, Él te oirá y tendrá piedad de nosotros,” acercando el papel á sus labios, Saúl Fielding cayó de rodillas é inclinó su cabeza sobre la cama.

CAPÍTULO VII.

CARLOTA ESTÁ DISPUESTA Á DEVORAR AL VIEJO BENITO
ESPARROW.



COMO casi todos los personajes que figuran en esta historia, viven á un tiro de piedra unos de otros, no nos va á ser difícil trasladarnos á la pequeña salita que se halla al fondo de la tienda del viejo Benito Esparrow, donde se encuentra éste ahora, ocupado en la invención del mecanismo de una complicada obra de arte, que se propone llevar á cabo, y cuyas piezas se hallan desparrahadas delante de él. Aunque dicha salita está unida á la tienda, Benito Esparrow la considera como un lugar de retiro, como una casa de campo en donde poder refugiarse de cuando en cuando, para descansar de los cuidados del mostrador. Realmente es una agradable y cómoda habitación.

El señor Esparrow vino al mundo á media noche del 21 de Octubre de 1805, pocas horas después de la famosa batalla de Trafalgar, y fué saludado con el dudoso cumplimiento de ser el niño más chiquito que jamás se había visto. Hay que tener en cuenta que el testimonio de las mujeres en estos casos, cuando dicen que es el niño más bonito, ó el más chiquito, ó el más gordito, debe mirarse con cierta precaución. En el caso presente, el niño más chiquito del mundo se portaba de la misma manera que hubiera podido

hacerlo el más grande. Mirando al mundo á su modo, lo primero que hizo fué chillar, anunciando con sus débiles pulmones que había hecho su aparición en la escena.

La campana de Westminster sonaba en sus oídos cuando él echaba al aire sus pequeñas piernas y apretaba los puños como diciendo á sus compañeros de profesión : “ ¡ Vengan, si se atreven ! ” Posteriormente, afirmaba con seriedad que recordaba perfectamente las primeras doce de la noche que había oído proclamar á la campana de la vieja Abadía de Westminster. Desde aquella época á la actual, Benito Esparrow se había transformado de un niño muy chiquito, en un hombre muy chiquito también, y le habían ocurrido muchas peripecias. Cuando llegó al estado de hombre (y no á hombre de Estado) emprendió la profesión de tendero de comestibles ; se casó, y perdió su mujer que le dejó un hijo el cual salió un calavera y desapareció un día sin que se viese á saber de él.

Todos sabemos que la vida tiene sus altos y sus bajos, pero no puede decirse ésto de la de Benito Esparrow que tuvo muchos bajos, y muy pocos altos, si acaso tuvo alguno. Sin embargo, se las manejó de modo, que pudo ir bandeándose hasta el presente, en que vivía, con su nieta Isabelita á quien conocemos, y con Carlota, una niña que tuvimos ocasión de ver cuando Isabelita la llevó á acostar, en la casita de que la tienda formaba parte.

Terminada esta sucinta biografía, volvamos á Benito Esparrow que sentado en la sala, contempla las piezas sueltas de la curiosa obra á que nos hemos referido antes. La única persona que con él se hallaba era Carlota, encaramada en una silla alta de brazos con barandilla en el frente para evitar cualquier atentado de aquella á visitar los aires, y cuya atención está dividida entre el viejo Esparrow y algunas golosinas que se hallaban desparramadas sobre la mesa.

Entre ellas figuraban tres grandes higos, frescos, maduros y lustrosos, y con un aspecto tan tentador que su destrucción parecía inevitable. Carlota estaba dispuesta á servir de verdugo, y sus impacientes miradas atestiguaban que les concedería un corto plazo para confesarse. Figuraban también, como media docena de palitos de canela, de aspecto no tan fresco como el de los higos, pues más bien parecían viejas muestras de especias, pero que, á pesar de su color de rapé, despedían un olor que atraía, y hacía cosquillas en la nariz. Carlota no los desairaría, y estaba también dispuesta á su destrucción á la primera palabra de mando. Había igualmente unos racimos de pasas, de exquisita dulzura, como Carlota sabía muy bien por otros de la misma especie que había solido poner fuera de su sitio ; porque la niña, á pesar de su tierna edad, tenía un vicio, como veremos más adelante. Había también unos racimos de uvas de moscatel, reina de las uvas, maduras, y con un aspecto exterior de frescura que hablaba elocuentemente de los deliciosos jugos que debían encerrarse dentro. Los ojos de Carlota se fijaban en ellas, la boca se le hacía agua, y sus dedos sólo esperaban una oportunidad. ¡ Si en aquel momento una hada benéfica hubiera gritado : “ ¡ Tendero, una cuarta de azúcar,” ó, “ una onza de te ! ” Pero como decía Benito Esparrow, moviendo tristemente la cabeza, los negocios andaban mal, y no apareció la hada en forma de criada con los zapatos rotos, ó de descarada muchacha con un chiquillo en los brazos y el pañuelo azul cruzado al cuello, ó de estudiante gotoso, sin gorra y con la melena alborotada, ó de pobre viejo de mirada triste, macilento cutis y miembros temblorosos. ¡ Nada ! La hada no se presentó en ayuda de Carlota.

Había así mismo dos mitades enteras (esta es una bonita paradoja), de corteza de limón en dulce, de apetitosa fra-

gancia, con su correspondiente baño de azúcar por dentro y por fuera, que ni las conchas marinas, ni las muñecas de cera, ni las cajas de soldados de madera (¡ojalá fueran todos así!) ni los pedazos de loza con que jugar á las comiditas, tenían comparación con ellas. Esta era al menos la opinión de Carlota, manifestada en sus anhelantes miradas; ¡pero la hada no llegaba!

Y había, por último, algunos clavos de comer y otras menudencias que no merecen ser nombradas entre cosas tan superiores como las mencionadas antes.

Todos estos deliciosos goces de la vida se hallaban desparramados sobre la mesa, bajo la nariz de Carlota que, aunque tiene su atención dividida entre ellos y Benito Esparrow, no era difícil suponer cual poseía mayores encantos para ella. Dirigió una mirada rápida al rostro de Benito Esparrow, otra menos rápida á las golosinas, volvió á mirar al rostro de aquél (esta vez con un ligero gesto de reproche) y no descubriendo en él ninguna intención benévola, se dirigió de nuevo, con una mirada más prolongada, á aquellos deliciosos tesoros de la tierra, todo esto sin hablar una palabra ni uno ni otro, pues ambos tenían la imaginación preocupada; y así hubieran continuado las cosas por sabe Dios cuanto tiempo, si el viejo Esparrow, soltando una carcajada de alegría, y acariciando la mejilla de Carlota, no hubiera exclamado:

—¡Al fin lo tengo!

(Carlota hubiera deseado ser ella la que lo tuviese.)

—¡Al fin lo tengo!—volvió á gritar otra vez—y todo completo!

Carlota se movió impaciente en su silla.

—Y es preciso que Carlota vea como lo hago—añadió, con el rostro alegre, frotándose las manos, y moviendo de un lado á otro las golosinas, como si estas formaran parte

de las piezas de un acertijo cuya solución hubiera descubierto.

—Sobre todo, Carlota, es preciso que te estés quieta y no toques á nada.

—¡ Yo no he sido !—exclamó Carlota—¡ Jamás !

Este era el juramento preferido de Carlota cuando se trataba de su honor. El ¡ jamás ! de Carlota equivalía, según su creencia, á un volumen de declaraciones juradas, pero hay que suponer que su sentido de las obligaciones morales no era del orden más elevado.

—Carlota es una niña muy buena.

—Es una niña muy buena—repitió ella.

El movimiento de cabeza con que Carlota acompañó estas palabras no dejaba lugar á duda.

—Y se estará quieta y me verá hacerlo.

El pobre viejo se reía. No parecía comprender la dificultad de la tarea que imponía á Carlota. ¡ Estarse quieta con aquellos tesoros á la vista ! Aquí ocurrió un incidente serio. Un pedazo de azúcar de la que cubría las cortezas de limón se desprendió, y el viejo Esparrow, con aire distraído, lo cogió y lo colocó . . . ¡ en su propia boca ! Carlota lo observaba haciéndosele la suya agua, mientras Benito lo removía con la lengua. Conocía el procedimiento tan bien como él y aún lo sabía apreciar mejor, y lanzó un suspiro cuando vió que había desaparecido por completo.

—Mira, Carlota—dijo Benito haciéndola partícipe de sus confidencias—la Pascua se aproxima y los negocios van muy mal.

Carlota hizo un signo de aquiescencia.

—Así, pues, opino—otro movimiento afirmativo de Carlota—que si pongo en la vidriera algo que llame la atención de la gente hacia los higos . . .

Aquí Carlota introdujo un ártificial trozo de diplomacia, diciendo :

—Carlota sabe deletrear higo—y, muy risueña, procedió á hacerlo—h-i-hi—g-o-go—higo.

Pero el viejo Esparrow, absorto en su proyecto, no prestó atención á la interrupción de Carlota, y prosiguió :

—Algo que les haga fijarse en los higos, y en las pasas, y en las uvas . . . , algo nuevo y original, ¡ algo que pique ! (Benito se rió de su chiste y lo repitió). Algo que pique . . . tal vez consiga despertar su atención, y que entren en la tienda, en vez de hacerlo en otra. Porque es menester despertar al público, Carlota, es preciso hacerlo.

Algunas solemnes sacudidas de cabeza de Carlota proclamaban la importancia que había dado al sueño y á la general indiferencia de los parroquianos del viejo Esparrow.

Éste tomó una pasa y la contempló con el interés con que un geólogo pudiera contemplar un fósil nuevo.

Los ojos de Carlota siguieron los movimientos de aquél; parecía la estatua de la paciencia; y lanzó otro suspiro cuando Benito Esparrow, siempre abstraído, se colocó la pasa en la boca y se la tragó. ¡ Corramos un velo de compasión sobre el dolor de Carlota !

—Era la media noche—dijo Benito Esparrow con la solemnidad que demandaba aquel hecho histórico—cuando se me ocurrió la idea de hacerme á *mí mismo*, y colocarme en la vidriera para atraer los parroquianos. Con grandes dificultades tropecé para formar y unir las diferentes partes de mi cuerpo, pero al fin logré completar la idea. Ahora vamos á emprender la tarea de construir *¡ un hombre !*, y si eres una buena niña, y te estás quietecita, verás mi verdadera efigie.

Carlota, cuyos conocimientos de literatura eran muy limitados, (apenas deletrear) y que ignoraba por completo la

terrible historia de Frankenstein, no se asustó ante la idea de ver realizado el proyecto de Esparrow, ni temió que de éste pudiera resultar un mónstruo. Por el contrario, si los sentimientos del viejo Esparrow fueran caritativos y le diera un higo, ó algunas pasas, ó un poco de azúcar candi, se hallaba dispuesta á gozar del espectáculo que aquel preparaba como si fuera la cosa más graciosa del mundo.

—Empecemos—dijo Esparrow dirigiéndose á Carlota, que sonreía como un verdadero diplomático.—Yo no sé por donde se empieza ; pero creo que debemos empezar por el estómago. Aquí está mi estómago.

Tomó una de las mitades de corteza de limón, y la colocó delante de sí, con la parte redonda para arriba.

—Tiene mucha azúcar—dijo, dirigiendo una mirada grotesca á Carlota ;—temo que sea demasiado pesado, y además, Carlota, no se parecería al original.

Desprendió un pedazo de la capa de azúcar que bañaba la corteza, miró á Carlota, observó sus atentos ojos y se la dió. Ella se apresuró á comérsela con tanta rapidez, que causó la admiración de Benito Esparrow, el cual dijo :

—¡ Carlota, no debes comer tan de prisa. Las niñas buenas no comen así !

Carlota tomó la advertencia en un sentido equivocado, y dijo, como enmendando la observación del abuelo, y con la boca llena :

—¡ Carlota es una buena niña !

Pero su pensamiento no estaba fijo ahora en las niñas buenas. Se parecía al salvaje que ha probado la sangre y está sediento de más.

—Este estómago es más abultado que el mío—prosiguió Esparrow, acariciándose el suyo propio.—Es más redondo y saliente. Más bien parece el de un Alcalde Corregidor ó un Concejal ; pero puede servir. Pasemos al cuello.—Tomó

un palito de canela, lo midió con la vista y lo partió en dos.

—No debo hacer el cuello ni muy largo ni muy corto ; pero tomaré la parte más gruesa porque tiene que sostener mi cabeza. Éste—hizo un agujero en un extremo de la corteza de limón y lo metió en el palito de canela asegurándolo firmemente.

—Pasemos ahora á colocar la cabeza, Carlota.

Escogió el más gordo de los higos y lo adhirió al cuello diciendo :

—¿Qué falta ahora ? Los ojos.—Tomó dos pasas de Corinto, y las introdujo en la superficie del higo, pareciendo verdaderos ojos. Con un clavo de comer formó la nariz, y haciendo una hendidura para la boca, colocó en ella un pedazo de nuez mozcada. Concluída esta parte con tan feliz éxito, la tomó en sus manos para la debida inspección y aprobación de él y de Carlota. Ésta sonaba las palmas de alegría y se reía, pero se quedó luego pensativa porque una idea culpable surgió en su imaginación. Pensó cuán agradable sería para ella poder comerse á su abuelo, pedazo á pedazo.

—¡ Esto va bien !—dijo el viejo Esparrow, dirigiendo una mirada de admiración á su aun no terminada efigie.—Hoy las gentes, Carlota, gustan de la novedad ; necesitan ver algo que no hayan visto antes. Dales eso y los verás contentos. Y esto es una novedad, y una cosa que no han visto nunca, y si esto no atrae los parroquianos, no sé qué es lo que los vá á atraer.

Carlota prestó un grave y silencioso asentimiento. No podía hablar porque se hallaba poseída de ideas de canibalismo. Quisiera despedazar á aquel viejo.

—Pero—continuó Benito Esparrow ageno á los terribles pensamientos que trabajaban la imaginación de aquella, en

la apariencia inocente criatura,—necesito continuar mi obra, si he de acabarla. Que yo sepa, no me he hallado en ninguna batalla, ni he nacido sin brazos, ni piernas. Procedamos pues, á formar los brazos.

Introdujo dos palitos de canela en los costados de la azucarada corteza de limón y aparecían tan desnudos que no pudo menos de exclamar :

—Estos brazos necesitan unas mangas.

Ensartó en ellos uvas, y en cada una de las últimas clavó cinco pedacitos de nuez moscada que figuraban los dedos.

—¡ Ahora las piernas !

Clavó dos palos de canela en la parte inferior del azucarado abdomen, que revistió también con uvas, formando las piernas, y hé aquí al viejo Benito Esparrow completo.

—¡ Creo que he acertado !—dijo con aire complacido.

En aquel momento una voz llamó en la tienda, y la hada, en forma de una muchacha descalza y andrajosa, golpeó en el mostrador. Benito Esparrow corrió á la tienda, y Carlota se quedó sóla con la efigie. Ya hemos dicho anteriormente que Carlota tenía un vicio, y era el de ser tan golosa, que no era capaz de resistir á la tentación, cuando ésta se le presentaba en la forma de dulces ó frutas, y sus nociones respecto al sagrado derecho de propiedad eran tan vagas que, no habiendo quien la observase, se despachaba á su gusto. Tenía, sin embargo, alguna conciencia, pues cuando hacía alguna rapiña, se volvía de espaldas, como para hacer creer á sí misma que lo hacía inconscientemente. Cuando, por ejemplo, se encontraba cerca de un cajón de pasas, y no había nadie que la pudiera ver, se aproximaba suavemente, y volviéndose de espaldas echaba atrás las manos y cogía un puñado, haciéndose la distraída, y como si estuviera pensando en otra cosa. Una prueba de que la moral de su conciencia no estaba enteramente dormida, es que, si después

de cometer el hecho era sorprendida por alguien, se defendería, aun antes de ser acusada, diciendo: “¡No! ¡Yo no he sido!” Ni podía dejar de hacer esta confesión de su culpabilidad, ni resistir á la tentación. En el caso presente, la dulce efigie de Benito Esparrow se hallaba á su alcance, sobre la mesa. Carlota cerró los ojos, extendió la mano y arrancando la pierna izquierda de su abuelo, del azucarado vientre, la devoró en un instante con canela, uvas, y todo, y apenas había concluído de tragar el último bocado, cuando Benito Esparrow, habiendo despachado á su parroquiana, se presentó en la sala. Echó una mirada de sorpresa á su desmembrada efigie y exclamó:

—¡Esto es bueno! ¡Juraría que había hecho mis dos piernas!—Después se volvió á Carlota que miraba el espacio distraidamente, con una intensa expresión en sus ojos, y que moviendo la cabeza con aire de compasión, gritó:

—¡Yo no he sido!

Benito Esparrow, asaltado por la duda, en vista de esta vehemente aseveración de inocencia, dijo tristemente:

—¡No, Carlota! ¡Yo no creo que hayas sido tú! ¡Comerme de ese modo!

Pero Carlota movía su cabeza todavía con más vehemencia, y seguía exclamando desesperadamente:

—¡Yo no he sido! ¡Yo no he sido!—con el convencimiento de que tenía dentro de sí la prueba de su culpabilidad, y que sólo abriéndole el estómago pudiera aquella ser producida.

Benito Esparrow, con rostro grave, se hizo otra pierna, poniéndose fuera del alcance de Carlota con cierto aire de resentimiento.

Como el muñeco tenía la parte superior muy pesada, no podía guardar el equilibrio sobre sus piernas, pero Benito Esparrow era hombre de ingenio, y cogiendo un palo de ca-

nela lo colocó detrás para formar trípode, y quedó resuelta la dificultad. Terminada la obra la contempló con admiración.

También los ojos de Carlota se hallaban fijos en aquella efigie que ejercía sobre ella una fascinación irresistible.

CAPÍTULO VIII.

ERA UN JARDÍN LLENO DE MALAS YERBAS, PERO EN EL QUE SE ENCONTRABAN ALGUNAS FLORES.



SAÚL FIELDING pasó toda la noche arrodillado al pie de su cama, absorto en el recuerdo de la mujer á quien tanto amaba y que á pesar del profundo amor que por él sentía, también lo había abandonado. Al principio su pena fué tan grande que le impedía coordinar las ideas ; pero después de un rato la intensidad del dolor se mitigó y todo empezó á tomar forma más tranquila en su mente. La noche era muy fría, pero él no sentía lo helado de la atmósfera. El viento gemía contra la ventana, pero él no lo oía.

Se quedó aletargado pensando en Juana, y la imagen del pasado, vino á su memoria. Las aspiraciones que acarició en su juventud ; su amor á los libros ; su deseo de elevarse sobre los que lo rodeaban ; sus razonamientos, sus teorías y sus conclusiones que, de realizarse, habrían de alterar tan radicalmente la marcha general de todo, como si pudiera reducirse en un momento á polvo la obra de tantos siglos ; su satisfacción cuando se apercibió de que era un orador y que podía conmover las pasiones de las muchedumbres ; sus entrevistas con Juana . . . ¡ Al llegar aquí no pudo continuar ! La memoria de aquella mujer tal cual era cuando la

vió por primera vez, bella, tierna y candorosa, paralizó en él todo otro pensamiento, y por un rato no se le apareció la visión de sus desgracias y su caída en el abismo hasta verse hecho casi un perdido. Pero pronto volvió á su imaginación en toda su desnudez, y el caos de ideas que cuando despertó bullían en su mente, podían condensarse en estas palabras : su vida era como un jardín descuidado, lleno de malas yerbas, pero en el que se encontraban algunas flores, todas las cuales llevaban el nombre de Juana.

La madrugada le sorprendió en aquel estado sin que hubiera podido resolver cómo empezaría su nueva vida. Carecía de armas para luchar. Su antigua confianza en sí mismo, su orgullo y su fuerza de voluntad se habían enervado en aquella naturaleza debilitada. Se levantó, rompió el hielo que cubría el agua de la palangana, y se lavó la cara. El agua fría pareció fortalecerlo. Echó una mirada alrededor del cuarto, y todo, dentro de aquellas humildes paredes le hablaba del amor de Juana y de sus tiernos cuidados con él. La chimenea conservaba los últimos pedazos de leña y de carbón. Las últimas hojas de té estaban en la taza, y sobre la mesa los restos del pan. Se puso á pasear lentamente esforzándose en discurrir el medio de adquirir un hogar para Juana, y con él obtenerla de nuevo y recompensarla. Comprendía que era inútil buscar trabajo en aquella localidad en donde era tan conocido y había descendido tan abajo ! ¿ Quién creería en sus promesas de enmienda ? Además, ¿ para qué intentarlo ? Jorge Naldret poseía el mismo oficio que él, y siendo mejor operario, tenía que emigrar para buscar fortuna en otra parte y poder casarse.

De repente se detuvo, agitado por un movimiento convulsivo. Había recordado las palabras de Juana : “ Creo que ha sido una bendición para muchos el descubrimiento

de aquellas lejanas tierras. Un hombre puede emprender allí una nueva vida sin verse agoviado por las desgracias ó faltas del pasado, si tiene valor y resolución ; y esa puede ser tu salvación.”

—¡ Una nueva vida en un país nuevo ! ¡ Todas las faltas y vergüenzas del pasado borradas porque allí nadie me conocerá ! ¡ Me sentiré un nuevo hombre, viendo renacer en mí la fortaleza y el valor !

Fué tan fuerte la impresión que le produjeron estas ideas que la excitación le hacía temblar. Pero, ¿ podría abandonar el país donde dejaba aquel ser querido ? Sí . . . ¡ podría y lo haría !

—¡ Es el único camino !—exclamó.—¡ No hay otro !

Pero, ¿ cómo realizarlo ? ¿ cómo obtener los medios para ello ? No tenía dinero alguno, ni amigos en situación de poderle ayudar. ¡ Las puertas del cielo parecían más accesibles para él que aquellos nuevos países á través de los mares ! Pero estaba resuelto á no desalentarse. El recuerdo de Juana y de sus palabras reanimaban como un bálsamo su casi desfallecido espíritu.

—¡ Adelante, Saúl !—se gritó resueltamente á sí mismo.—¡ Echa á un lado toda debilidad, y vuelve á sér lo que has sido !

Estas palabras, pronunciadas con la entonación de un hombre resuelto, le fortalecieron.

Volvió á pensar en Jorge Naldret.

—El señor Million le proporcionó el pasaje—se dijo.—¿ Querrá hacer lo mismo conmigo ?

Al hacerse esta pregunta, el curso de sus ideas se apartó, y se puso á pensar en las causas que pudieran haber ocasionado la generosidad del señor Million para con Jorge. ¿ Habría sido por amistad ? No. Entre el señor Million y Jorge no podía existir amistad. ¿ Bondad ? ¡ Tal vez !

aunque nunca el señor Million se había hecho notar por sus actos de bondad. Estas consideraciones le intranquilizaron algo con respecto á Jorge, aunque no podía explicarse porqué el hecho de que el señor Million hubiese proporcionado á aquél un pasaje gratis para ir al otro lado del mundo, le causaba aquella inquietud.

—No me lo explico—pensó.—Nunca he oído á Jorge hablar de emigrar, hasta que le fué ofrecido el pasaje. Y de todas maneras, si Jorge tiene algún derecho á esa protección, yo no tengo ninguno. Pero el señor Million es un hombre público y tal vez esté en favor de la emigración. Bien poco trabajo le costaría ayudarme. El gobierno tiene buques para los emigrantes á quienes, según he oído decir, transporta por casi nada. Una simple carta de recomendación del señor Million sería suficiente para mí. Probaré. ¡ Si supiera una oración para hacer que mi súplica fuese atendida, la rezaría !

CAPÍTULO IX.

EL VOLANTE Y LA RAQUETA.



COMO hombre público, el caballero Jaime Million, Miembro del Parlamento por Brewingham, consideraba una necesidad de su posición pasar dos ó tres horas todas las mañanas en su bufete, para hacer creer que estaba ocupado. Si se le hubiera preguntado qué era, él nunca hubiera contestado que era un cervecero ó un capitalista, sino que habría replicado, breve y enfáticamente, “Un hombre público.” Ahora bien, para ser un hombre público se necesita tener un volante y, sea porque el señor Million abrigaba verdaderas simpatías por la institución conocida con el nombre de “la clase obrera,” ó sea porque el obrero bebía grandes cantidades de la cerveza, marca Million’s Entire, y Million’s Triple X, es lo cierto que hizo del obrero su volante; y es igualmente cierto que lo hizo sin tener el menor conocimiento de ello, siendo, como era, muy mal jugador de toda clase de juego en que no estuviesen directamente envueltos sus particulares intereses.

Á todos nos es conocido desde la niñez el juego del volante y la raqueta; pero puede asegurarse que ningún observador de cosas curiosas ha calculado nunca cuántos volantes se gastan mientras dura una raqueta. Popular como es dicho juego entre los muchachos, lo es más entre los hombres

públicos quienes, raqueta en mano, están siempre dispuestos á lanzarse á los mayores extremos (en su entusiasmo y amor por el referido juego) cuando un nuevo volante, de brillantes plumas, es arrojado sobre ellos. Con tan superabundante energía emprenden la partida que, con frecuencia, sale, el pobre, tan lastimosamente maltratado y desfigurado, que á su misma familia le sería imposible reconocerlo. ¡ Cuántos pobres volantes no hemos visto en la condición más miserable, y con las plumas como las de una gallina vieja, de puro golpeados, maltratados y pisoteados! y dirigiéndoles una mirada lastimosa, no hemos podido prescindir de pararnos á reflexionar sobre los tiempos (¡ tal vez ayer!) en que con nuevas y brillantes plumas, dieron su primer vuelo por el aire.

Jaime Million, el eminente cervecero, era un hombre pequeño, endeble y de rostro muy blanco en que las carnes pendían flojas. Se decía de él que su moral era tan floja como sus carnes, pero esto sin duda fué invención de algún detractor, pues si algún reproche merecía era, á lo más, el ser un poco nebulosa. Tenía una especial costumbre: sus ojos eran grandes y claros, sin la menor mancha, como diría un comerciante en diamantes, pero cada vez que se ofrecía á su vista ó consideración un asunto de dudosa ó desagradable naturaleza, cerraba uno de ellos y miraba con el otro. Cuando andaba por la calle, siempre llevaba un ojo cerrado y otro abierto, lo que hizo decir á algún satírico ó burlón, ó ambas cosas á la vez, que el señor Million era de moral tan pura, que no gustaba de ver las maldades de este mundo, y al efecto cerraba un ojo, con lo que sólo podía ver la mitad de ellas, y así se ahorra la mitad de la pena.

Hallábase Jaime Million sentado en su bufete, cuando un criado, después de tocar ligeramente á la puerta para no

turbar las meditaciones del legislador, entró anunciando que un hombre deseaba ver al caballero Million.

—¿ Su nombre?—preguntó el señor Million.

—Saúl Fielding—contestó el criado—pero dice que cree que Vd. no le conoce.

—¿ Qué aspecto tiene?

El criado vaciló, pues no había formado su juicio. Aunque Saúl Fielding iba pobremente vestido, su traje estaba limpio, denunciando el esmerado cuidado de Juana por el guardarropa de Saúl, que lo llevaba todo encima. Además, había en su aire algo que no le permitía ser colocado, á los ojos del criado, en el bajo rango de los vagabundos.

—¿ Es algún pobre? ¿ Es algún obrero?—Preguntó el señor Million con impaciencia.

—Parece así, señor,—contestó el criado, no comprometiéndose de este modo su opinión respecto á la pregunta.

El señor Million tenía una hora disponible delante de sí, que no le disgustaba dedicar á la cuestión del obrero, y así dijo al criado que hiciera pasar al visitante.

—Espere Vd. un momento—dijo el señor Million á Saúl Fielding cuando éste entró en la habitación. Aquel sin duda, había encontrado, algún difícil problema que resolver en los papeles que tenía delante, pues se inclinaba sobre ellos con las cejas fruncidas y la mirada atenta, y los revolvía, y tomaba notas en otros pedazos de papel, diciendo: “psí!” y “¡psá!” y “¡muy bien!” y “¡esto es lo que deber ser!”, con otras mil pruebas de la abultada importancia del objeto que tenía embargada su atención. Después de la suficiente exhibición de este juego, que indudablemente debe infundir en el visitante una alta idea de la importancia del señor Million, y del interés que se tomaba en los negocios públicos, pone á un lado los papeles con aire aburrido y levanta la cabeza con un ojo cerrado y otro abierto. Lo que vió de-

lante de sí parece que no le produjo ninguna tranquilidad, pues es un hecho en los públicos jugadores del volante y la raqueta que, aunque profesan en teoría un alto respeto á sus volantes, tienen, en absoluto, un fuerte desafecto por ellos. Viendo Saúl Fielding que se esperaba á que hablase, comenzó. No le faltaban las palabras, pero hablaba más despacio que de costumbre, por consecuencia de la grave cuestión para él, de que iba á tratar en la entrevista.

—Me he decidido á venir á ver á Vd., señor—dijo—en la esperanza de que tomando algún interés en mi historia, tenderá una mano protectora á un desgraciado.

Con un tanto de mal gesto (pues por cuidadoso que ha tratado de ser Saúl Fielding, no ha estado acertado en su introducción que pudiera ser tomada en el sentido de implorar una limosna) el señor Million le interrumpió diciéndole:

—¿ Un obrero ?

—Así creo poder llamarme, aunque hablando estrictamente, muy poco trabajo he hecho en largo tiempo.

El señor Million miró al visitante con curiosidad y dijo con tono de propia complacencia, y algo insolente, como quien sabe de lo que se trata :

—Incapaz de conseguir trabajo, ¿ no es así ?

—Sí, señor, así es : no he podido encontrar trabajo.

—Pero por supuesto, ¿ muy deseoso de trabajar, si pudiera ?

—No sólo deseoso, sino que sería agradecido si lo encontrara.

Saúl Fielding conoció desde luego que había empezado á perder terreno, pero su voz era si se quiere, más respetuosa y humilde que al principio, aunque su carácter propio le hacía hablar con cierta confianza é independencia, que era eminentemente ofensiva á los delicados oídos de aquel amigo del obrero.

—¡ Por supuesto !—exclamó el señor Million, triunfante y desdeñosamente.—¡ El llanto de siempre ! ¡ Lo conozco ! Vd. dirá que no hay lugar para todos, que hay muchos que estan en la misma situación de Vd., queriendo trabajar y sin poder conseguirlo ?

Saúl Fielding no contestó. Las palabras afuían á su lengua, pero se guardaba de pronunciarlas. Pero el señor Million insistía en que le contestase, y repitió lo que había dicho, en un tono que Saúl no pudo evadirse.

—Yo creo, señor, que hay muchos hombres obligados á permanecer ociosos contra su voluntad, lo cual parece ser una necesidad en los países en que la población crece con la rapidez que en el nuestro. Pero no me quejo de ello.

—¡ Oh !—gritó el señor Million, abriendo los ojos desmesuradamente. ¡ Vd. no se queja de ello ! Vd. es, sin duda, uno de esos oradores que fomentan el descontento entre la clase obrera, diciéndola que se halla esclavizada y oprimida, y que los dueños están engordando á su costa ! No me extrañaría oír que Vd. es un libre pensador.

—No, señor, no lo soy—objetó Saúl Fielding, pensosamente afligido ante el giro que había tomado la entrevista. Nada absolutamente tengo de qué quejarme. Estoy demasiado abatido, como Vd. puede ver.

—Pero si Vd. no estuviera así—insistió el señor Million, que se enorgullecía á medida que Saúl se humillaba—si Vd. estuviera trabajando y recibiendo un jornal regular, sería otra cosa, ¿ no es verdad ? ¡ Entonces tendría Vd. indudablemente algo de qué quejarse ! Diría Vd. en alta voz, que el obrero está mal remunerado, y haría cuanto estuviera en su mano por avivar la llama del descontento, sostenida por algunos alborotadores y holgazanes, ¿ no es así ? Vamos á ver—añadió con arrogancia, viendo que Saúl se negaba á contestar. Vd. viene aquí como pidiendo una limosna,

¿no cree Vd. que sería mejor que contestase á mi pregunta ?

—¿Cuál es la pregunta á que Vd. quiere que conteste, señor ? Dijo Saúl con aire entristecido.

—La cuestión de jornales. Yo desco saber si Vd. es de los que opinan que las clases obreras están mal pagadas.

Saúl Fielding se detuvo un momento, pero pronto resolvió ser fiel á sí mismo. “Juana no querría que yo hiciera otra cosa,”—pensó.

—Yo creo, señor,—dijo firme y respetuosamente—que las clases obreras, por las que entiendo todo aquel que tiene que ganarse el pan diariamente con el trabajo de sus manos, no recibe, según van las cosas, la remuneración debida á su trabajo. Sus jornales son insuficientes para su sostenimiento. Creo que están arreglados bajo una base que el mantenerse con ellos es una tarea tan árdua como el trabajo mismo con que se ganan. El descontento del obrero no proviene del trabajo, que aquel ejecuta casi siempre con alegría, sino del hecho de que sus productos no le alcanzan para vivir con comodidad, y ciertamente no es para disipar la terrible ansiedad con que piensa en el porvenir, cuando, por enfermedad ó vejez, él y su mujer se vean incapacitados para trabajar.

—¡ Oh !—exclamó el señor Million—¡ Vd. le concede á cada uno una mujer!

—Sí, señor ; su vida sería una carga sin el amor de una esposa.

—¿ É hijos también, sin duda ?

—¡ Feliz el que los tiene ! Es una ley de la naturaleza, que nadie puede contrariarla.

El tema poseía una verdadera fascinación para Saúl Fielding, que continuó con calor :

—Rechazo, como notoriamente ultrajante, todo lo que

se ha dicho respecto á la locura ó inmoralidad del pobre obrero que se casa y tiene una larga familia. Este hecho, contra el cual los teóricos se revuelven indignados (los teóricos, entienda Vd., que tienen sus esposas y familias, y basan sus argumentos en la monstruosa teoría de que la naturaleza obra en la sangre de acuerdo con la dimensión del bolsillo del hombre) este hecho, repito, es el que ha hecho poderosa á Inglaterra, que de otro modo se vería enervada. Además, no se pueden colocar los sentimientos naturales del hombre al nivel de la teoría, ni, por lo que concierne á su felicidad individual, puede Vd. inducirle á creer en la verdad de proposiciones generales que, llevadas á cabo en su propia persona como una individualidad, le harían la existencia odiosa.

El señor Million abría los ojos más y más, atónito ante el lenguaje del haraposo hombre que tenía delante de sí.

—¿Qué más tiene Vd. que decir?—murmuró. ¿Desearía Vd. que la propiedad fuese dividida por igual . . ?

—No, señor, de ningún modo—interrumpió Saúl Fielding, temiendo sentirse indignado ante semejantes palabras, aun en la presencia de tan rico personaje—el hombre que honradamente se labra una fortuna por sí mismo, tiene perfecto derecho á poseerla y gozarla. Yo no soy socialista.

—Vd., de todas maneras—prosiguió el señor Million,—alimentaría al obrero con cuchara de plata, y abriría para él los lugares de recreo en el Domingo?

—Sí, señor, abriría esos lugares y cerraría otros.

—¿Cuáles?

—Abriría los museos y otros lugares de instrucción. Le facilitaría todas las oportunidades, á que tiene derecho, de elevarse durante las únicas horas de placer de que disfruta.

—¿Y profanaría Vd. de ese modo el Domingo?—preguntó el señor Million.

Saúl Fielding no pudo contenerse, y dijo :

—Otras profanaciones, mayores de lo que esa pueda parecer á los ojos de Vd., tienen lugar en Domingo, y en sitios abiertos en nombre de la ley.

—Vd. se refiere á . . .

—Á las tabernas. Si es permitido que estén abiertas, ¿qué argumento razonable puede hacerse contra la apertura de lugares cuya benéfica influencia es universalmente reconocida? La negativa de este justo derecho origina descontento y mala voluntad.

Esto era ya demasiado para el señor Million. Aquel hombre, roto y sin una peseta, tenía el descaro de decir al rico cervecero, en sus propias barbas, que él haría abrir las galerías de pinturas y museos en los Domingos, y haría cerrar las tabernas. El señor Million no encontraba palabras con qué expresar su indignación. Sólo pudo decir pausada y friamente :

—He oído bastante acerca de sus opiniones, caballero. Pasemos al objeto de su visita. Ya ve Vd.—dijo señalando á los papeles desparramados sobre la mesa—que estoy muy ocupado.

—He venido, señor,—dijo tristemente—en la esperanza de que Vd., viendo mi miseria, no rehusaría ayudarme—no con dinero, señor—añadió rápidamente, en contestación á una impaciente mirada de disentimiento por parte del señor Million—sino con una recomendación; pero tengo miedo de haber perjudicado mi causa con la expresión de mis opiniones.

—¿En qué espera Vd. que le pueda yo servir?—preguntó el señor Million con indiferencia, mientras revolvía los papeles de sobre la mesa.

—He sido notablemente infortunado en mi vida, señor. Según he dicho á Vd., estoy ansioso de trabajar é incapaci-

tado de encontrar trabajo. Si pudiera emigrar, si pudiera transportarme á un país nuevo, donde los brazos escasean, mi suerte pudiera ser otra.

El pobre era impotente á los piés de aquel rico, que jugaba con él como el gato con el ratón,

—Bueno,—dijo—¡emigre Vd.! El país ganará con verse libre de Vd.

Saúl Fielding tomó nota del insulto. No desistió, sin embargo de su propósito, aunque comprendía perfectamente que había errado el tiro.

—No tengo medios de hacerlo, señor; soy un pobre, y sin recursos de ninguna clase.

—¿Cómo, pues, se propone Vd. llevar á cabo su proyecto?

—He oído decir que el Gobierno tiene buques para los emigrantes, á quienes transporta por muy poca cosa, por casi nada. Dos letras de recomendación de Vd. serían suficientes para que yo pudiera obtener mi pasaje.

—Sin duda ninguna,—dijo con una sonrisa,—pero siendo Vd. un hombre de alguna percepción, y habiendo observado cuan completamente disiento de sus opiniones, que considero abominables y perjudiciales en el más alto grado, difícilmente puede Vd. esperar que le de la recomendación que me pide. ¿Puedo yo preguntarle á mi vez, siendo Vd. una persona completamente extraña para mí (pues no tengo la menor memoria de Vd.), á qué debo el honor de haber sido elegido por Vd. para que le recomiende?

—Vd. es un hombre público, señor, y, según he oído, un amigo del obrero; y como Vd. ha facilitado á un amigo mío los medios de emigrar, proporcionándole pasaje gratis en el buque que sale esta semana . . .

—Páre Vd., si gusta. ¿Que yo he facilitado á un amigo suyo los medios de emigrar, dándole un pasaje gratis? Yo creo que Vd. está equivocado.

—Si Vd. lo dice, señor, debo estarlo, pero esto es lo que Jorge Naldret me ha dado á entender.

—¿Y quién es Jorge Naldret?—preguntó altaneramente el señor Million—¿y qué razones tiene para emigrar?

—Jorge Naldret—contestó Saúl con perplejidad—es, se puede decir, el único amigo que tengo en el mundo, y su propósito al emigrar es crearse una posición que le permita casarse más pronto de lo que podría hacerlo permaneciendo aquí.

—Puesto que me está Vd. presentando á sus amigos—dijo el señor Million con un aire de supremo desdén—tal vez querrá Vd. presentarme también á la señorita, pues no dudo que será una señorita—añadió con sorna—con quien se va á casar.

—Su nombre es Isabel Esparrow, nieta de un viejo tendero de comestibles.

El señor Million se sintió de repente interesado, y echando á un lado los papeles, dijo con una exclamación de ira:

—¿Qué nombre ha dicho Vd.?

—La señorita Isabel Esparrow.

El rico cervecero se quedó meditando por un momento, evidentemente contrariado. De pronto tocó una campañilla y apareció un criado.

—¿Está en casa mi hijo?

—Sí, señor.

—Dígale Vd. que venga inmediatamente.

Saúl Fielding esperaba con gravedad. Evidentemente, él también había encontrado motivo para meditar. Al poco rato apareció el joven señor Million.

—¿Me mandó Vd. buscar, señor?

—Sí, Jaime. ¿Conoces á este hombre?—dijo señalando con un ligero movimiento de la mano en la dirección de Saúl Fielding, como hacia una cosa de poca importancia.

Saúl Fielding conoció que su misión había fracasado por completo ; pero no se dió por ofendido por la desdeñosa referencia á él, y permaneció respetuoso y observador ante el padre y el hijo.

—Lo he visto antes de ahora—dijo el joven señor Million—y no considero apetecible su presencia en esta casa.

—Esa es mi opinión, precisamente. Con el pretexto de un cuento fantástico, viene aquí á solicitar mi ayuda para emigrar. Yo estoy seguro de que el país ganaría con verse libre de él, pero, por de contado, no debo dar á semejante persona una recomendación para los comisionados de la emigración.

—No debe nadie dar, debería Vd. decir—contestó el joven señor Million.—¿ Qué cuento fantástico es ese ?

—Dice, lo cual es nuevo para mí, que yo he proporcionado pasaje gratis á un amigo suyo, Jorge . . . Jorge . . . ¿ cómo dice Vd. ?

—Jorge Naldret, señor—dijo Saúl Fielding con un aire perfectamente respetuoso.

—¡ Eso es !—Jorge Naldret. Semejante aserción es, por de contado, una falsedad. Aun suponiendo que yo conociese á Jorge Naldret, lo cual no es cierto, y desease ayudarlo, que no es cierto tampoco, el hecho de saber que está comprometido para casarse con una que lleva el apellido Esparrow, cuyo nombre, como tú sabes, significa desgracia para nuestra firma, sería suficiente para que yo no lo hiciera.

El joven señor Million dirigió una mirada á Saúl Fielding, cuya fisonomía era una máscara, y con voz insegura dijo :

—Yo creo que puedo aclarar este asunto ; pero no creo necesario que esta persona permanezca aquí. Vd. ignora, sin duda, que él fué el principal promovedor de una huelga efectuada hace algunos años y que amenazó causar mucho daño.

—No me sorprende oír eso—dijo el rico cervecero.—Las opiniones que ha expresado me tenían preparado para semejante aserción con respecto á él. Dice que profanaría el Domingo abriendo los museos y galerías de pinturas, y coartaría la libertad individual cerrando las tabernas y privando al obrero de su cerveza. ¡Monstruosidad! Supongo que nada tendrá que agregar en su defensa.

—No, señor—respondió Saúl Fielding levantando la cabeza y mirando fijamente al joven señor Million—excepto que creo en la verdad de cuanto he dicho, y que no sé si sentir ó alegrarme de haberle hecho mi súplica.

El rico cervecero había ya hecho sonar la campanilla y un criado entró en el cuarto.

—Enséñele Vd. á este hombre la puerta de la calle—dijo con altanería el señor Million;—y si se presenta otra vez, mande Vd. por un policía. Es una persona peligrosa.

Saúl Fielding hizo con los labios un gesto de desdén, pero salió de la habitación, y de la casa, sin pronunciar una palabra de queja. Aquella prueba le había salido mal. ¿Cómo intentar otra? Caminó lentamente hasta verse lejos de la morada del rico cervecero, y entonces se detuvo, dirigiendo miradas inciertas á su alrededor, y pensando en el abandono en que se hallaba, cuando cruzó cerca de sí una mujer que no le vió. Levantó la cabeza y exclamó:

—¡Isabel Esparrow!

Ella iba muy de prisa, y parecía que no veía, ni quería ver nada. Sin ningún propósito definido, sólo impelido por un irresistible é indefinible impulso, Saúl Fielding se volvió, y la siguió con la vista. Una exclamación de dolor se le escapó al verla detenerse delante de la casa del señor Million. Tocó la campanilla, y la puerta se abrió; alargó una carta al criado y pocos momentos después entró en la casa, desapareciendo de la vista de Saúl Fielding. El temblor

que se apoderó de él fué tan grande, que le parecía que la calle y el firmamento se movían ante sus ojos, y tuvo que apoyarse contra el poste de un farol para sostenerse.

—¡ Oh, Jorge !—sollozó.—¡ Oh, amigo mío ! ¡ Cómo soportarás esto ! ¡ Gran Dios ! ¡ Cuánta amargura encierra esta vida, aun para aquellos que no han caído como yo !

CAPÍTULO X.

EL SUEÑO DE CARLOTA.



NO es extraño que cuando Carlota fué á acostarse, se viera visitada por la dulce efigie del viejo Benito Esparrow, y que aquel estómago de azucarado limón, y aquella cabeza de ricos higos y pasas, se presentasen en su imaginación bajo las formas más seductoras. Acos-

tada en la cama, y mirando á la lamparilla que se hallaba colocada en la palangana, la efigie se le representaba punto por punto, guiñando uno de sus ojos de pasa de Corinto, é inundada de una aureola de gloria. Dirigiendo su mirada hacia la chimenea, vió la efigie desprenderse de la pared y pararse en el centro ; dirigirse luego hacia la mesa y sentarse cómodamente debajo, con sus piernas de canela y uvas, cruzadas á estilo de sastre. Si cerraba los ojos, la veía en el centro de un dilatado arco iris, que al tomar mayores proporciones, abrillantaba los colores de su disco, como para hacer más vívida la atracción de la figura. Si los abría soñolientos, veía al viejo descender por la chimenea, y desvanecerse en las parrillas, aparecer y desaparecer otra vez, y continuar así como si fuera un regimiento en marcha. Donde quiera que Carlota volvía los ojos, le veía, hasta que todo el cuarto le parecía lleno de él y su dulzura ; y con todas estas imágenes en su mente, se quedó dormida.

Carlota é Isabel dormían en el mismo cuarto. El sueño de Carlota empezó mucho después de haberse acostado, tanto que Isabel estaba acostada también. De repente se despertó. El cuarto estaba á oscuras y ella no podía ver nada, pero sí oía la suave respiración de Isabel. No tuvo miedo, como solía tenerlo cuando se veía en la oscuridad, porque su imaginación estaba fija en un solo pensamiento. Se apoderó de ella un deseo vehemente, que iba creciendo por grados, que tenía algo de terrible, y del cual, sin embargo, no se daba cuenta exacta. En el cuarto inmediato dormía el viejo Benito Esparrow que, según el sueño de Carlota, no era de carne y hueso, sino de limón, higos, uvas y pasas.

Carlota no entendía de teología ni del valor del alma que, sin titubear hubiera cambiado por aquellos deliciosos dulces que se hallaban en la habitación inmediata. ¡ Si pudiera penetrar allí ! Tal vez el viejo Esparrow no echaría de menos la falta de un brazo ó de una pierna ; pero, ¡ comerse aquel viejo que era tan bueno para ella ! Tenía una vaga idea de la perversidad de su deseo, pero no se podía ver libre de él.

—Él no lo notará—pensó—pues está dormido, y tal vez no le lastimaré. Yo sé que eso me haría mucho bien.

La boca se le hacía agua, le relucían los ojos, los dedos le brincaban, y el estómago le gritaba fuertemente. No podía resistir la tentación. Lenta y temblorosamente abandonó la cama y, á gatas, se dirigió hacia la puerta. Isabel dormía. Todo estaba en silencio. Todo favorecía la perpetración de aquel horrible hecho.

—Nadie lo sabrá—pensó Carlota.

Poseída de aquel desesperado impulso de canibalismo, y chocándole los dientes unos con otros, levantó el picaporte y abrió la puerta ; pero al mirar al oscuro corredor, la puerta del cuarto de Benito Esparrow se abrió y una luz bri-

llante se derramó sobre Carlota que, deslumbrada y aterrizada, volvió precipitadamente á gatas á su cama, encarándose en ella con el corazón palpitante y el rostro pálido como el de un muerto. Sentada allí y mirando hacia la puerta, que con el susto había dejado medio abierta, vió la luz todavía en el cuarto, y la efigie del viejo Esparrow volando en el centro. Esta no era del tamaño natural, pero sí de dulce y delicioso aspecto. Se cernió por unos momentos en el aire, y luego se detuvo; permaneció recta, avanzando después con solemnidad, adelantando una pierna con cuidado y afirmándola en el espacio antes de mover la otra. De esta manera se acercó á Carlota y se sentó en su cama. Carlota estaba tan asustada, que no podía hablar. Contenia la respiración y esperaba, con los labios cerrados á que la efigie hablase. Tenía más apetito que un ratón de iglesia, y su anhelo sólo podía verse satisfecho de un modo. Extendió con timidez la mano hacia el rostro de la efigie que no se movió; le tocó un ojo con un dedo, y no pestañeó, pero saltó hacia afuera y cayó en su mano. Su corazón palpitó, y apartando la cabeza, puso el terrible bocado en su boca. Estaba delicioso. Lo mascó y tragó con deleite, y cuando lo hubo concluido, anhelaba el compañero. Dirigió una mirada tímida al viejo, cuyo rostro de higo tenía una rara expresión, producida indudablemente por la pérdida de un ojo.

—No parece que lo he lastimado—pensó Carlota.

Sus dedos se aproximaron al ojo que aun quedaba, y que pronto saltó y sufrió la misma suerte que su compañero. Carlota no había sabido ciertamente hasta ahora cuán sabroso era el viejo Esparrow. Mucho lo había querido, pero nunca tanto como ahora. Aquella cara sin ojos tenía una expresión lúgubre, y parecía decir con tristeza: “¿Por qué no acabas de comerme?” Carlota lo agarró con desesperación. El viejo se movía, y de sus labios de nuez moscada

parecían salir estas palabras: “¡ Oh, Carlota ! ¡ Carlota !, ¡ en qué estado me has puesto !” Pero Carlota era voraz, y habiéndole probado, y encontrado cuán dulce era, el miedo á las consecuencias no era bastante para contenerla. Sin embargo, para la ejecución de su sanguinario proyecto, cerró los ojos, arrancándole la cabeza que se comió con raro y espantoso deleite. Cuando volvió á mirar la decapitada figura del pobre viejo, una de las piernas se movía vivamente, y señalaba hacia ella como diciendo: “Cómeme á mí ahora.” Pero Carlota, que ambicionaba el vientre, despreció la invitación. Fué tarea difícil desprender el estómago, que estaba fuertemente adherido á las piernas. Cuando lo consiguió, los brazos vinieron con él, y ella los rompió por junto al hombro, pareciéndole oír un gemido cuando practicó esta operación ; pero su corazón estaba empedernido, y continuó su tarea sin remordimiento. ¡ Qué rico estaba ! Por largo rato estuvo comiéndolo, porque era grande, pero al fin se lo comió sin dejar un átomo. Mirándose los dedos con el deleite de un salvaje, se apoderó de ella un sentimiento del acto de ferocidad que había cometido. ¡ Su abuelo, que tan bueno había sido siempre para ella ! Ante esta idea comenzó á temblar y á llorar. Pero aun quedaban las piernas y los brazos. Era preciso comerse los también. Algo terrible le hubiera sucedido si hubieran sido descubiertos en la cama, de modo que, se apresuró á devorarlos con febril rapidez. Ni el más pequeño vestigio del pobre viejo quedaba. Lo había devorado de pies á cabeza, y nunca más volvería á verlo. ¡ Nunca ! ¡ Qué triste parecería la mesa sin él ! ¡ Cuánto hubiera deseado Carlota no haber hecho aquello ! Se espantó ante la contemplación de su crimen, y ante la idea del castigo si era descubierta. En medio de estos temores, la luz del cuarto se desvaneció y el olvido se apoderó de Carlota en la oscuridad que siguió.

CAPÍTULO XI.

ME PARECE ESTARTE VIENDO BESAR SUS PIECECITOS . . .



El día siguiente, último de permanencia de Jorge en su casa, fué de luto para todas las humildes personas interesadas en su porvenir. Debiendo salir para Liverpool en el primer tren del inmediato día, iba á pasar la última noche en casa de Benito Esparrow, con el buen viejo, Isabel, Carlota y los padres de Jorge. Había decidido despedirse de Isabel en casa de su abuelo. Isabel deseaba permanecer levantada toda la noche ; pero él le dijo con cariño :

—Yo creo, Belita, que mi madre deseará estar sola conmigo los últimos momentos. Tú sabes como son las madres. Pronto serás tú la que tendrá el primer derecho sobre mí ; pero ahora mi madre me mira como cosa propia, y esto la consolará.

En los ojos de Jorge brillaban las lágrimas al mirar á su novia, y su corazón casi desfallecía ante la idea de separarse de ella.

—¿ Me quieres, Belita ?—le preguntó por la milésima vez.

—Con toda mi alma y mi corazón—contestó Isabelita estrechándolo en sus brazos ; y así, con sus cabezas apoyadas una contra otra, permanecieron silenciosos por unos minutos.

Se hallaban sentados en la salita de Benito Esparrow, donde éste los había dejado solos, yéndose él á la tienda, donde se hallaba ocupado en la contemplación de su efigie, y en pesar algunos cuarterones de azúcar. En la cara de Benito Esparrow se reflejaba la tristeza. Los tiempos eran fatales para él, y el cajón del mostrador estaba vacío.

—¡ Belita, alma mía !—dijo Jorge despertando de su ensueño. Ella levantó hacia él sus ojos humedecidos por las lágrimas, que él besó.

—Del mismo modo que beso tus lágrimas ahora, querida mía, procuraré alejar de tí toda pena y aflicción cuando comience nuestra nueva vida.

—Lo sé, Jorge, lo sé—dijo ella, y lloró más.

—Pero no es eso lo que te iba á decir ; es otra cosa. Óyeme, amor mío. Si no fuera por tí, no me iría ; permanecería en casa, y viviría contento. Amo mi hogar, mi país, á mis padres, y hasta al viejo gato negro, y la pequeña casita en que nací. Sólo por tí voy á alejarme de todos estos objetos queridos. Voy á ganar dinero para hacer una casa para tí y para mí ; ¡ para hacerte más pronto mía, mía propia ! ¡ Cómo se inquietará por tí mi corazón cuando me vea en esos mares ! Pero durará poco, querida mía ; trabajaré y ahorraré para volver pronto, y entonces . . .

La ternura de su tono y el silencio que se siguió, eran una conclusión de la frase, más expresiva que lo que las palabras hubieran podido ser.

—Cuando me vea en el buque, me diré : “Estoy aquí por mi Belita.” Cuando me vea rodeado de extraños, pensaré en tí ; si tengo que sobrellevar contratiempos, pensaré que los sobrellevo por mi adorada Belita, y esto los suavizará y los endulzará. No podré dormir mucho, y ésto me proporcionará más horas para el trabajo, que haré por tí y para tí, querida mía ! Mira : aquí, colgada á mi cuello está

la bolsa que tú hiciste para mí. Descansa sobre mi corazón, y nunca me abandonará. Besaré cada moneda de oro que deposite en ella, y pensaré que te beso á tí, como hago ahora, corazón mío! ¡Viviré del porvenir! El tiempo pasará pronto y volveré con el bolsillo lleno. Mi querida muchachita me estará esperando, ansiando tenerme entre sus brazos como yo ansiaré tenerla entre los míos. Y entonces, cuando yo llegue, y tú saltes de la silla al abrir yo la puerta . . . ¡Piensa en aquel momento, Belita, piensa en eso! —¡Oh, Jorge, Jorge, tú me haces feliz!

En este dulce diálogo pasaron una hora más, hasta que Jorge tuvo que retirarse para recoger algunas herramientas que había de llevar consigo. Pero si no quería que se oxidasen, preciso era que no las aproximase á sus ojos, pues sus pestañas estaban humedecidas por las lágrimas.

Tarde como era ya para una clase de gente como era la nuestra, Carlota aun no había hecho su aparición en el piso bajo. El primero que se levantaba en la casa era Benito Esparrow, y mientras abría las puertas, barría la tienda y la ponía en orden, Isabelita se levantaba y vestía, y preparaba el almuerzo. Cuando éste ya estaba casi listo, Isabelita subía, y vestía y lavaba á Carlota. En la mañana de que nos ocupamos, al acercarse Isabel á la cama de Carlota, la encontró llorando y sollozando, y fingiendo tener dolor de cabeza, y como no tenía por costumbre quedarse hasta tarde en la cama, Isabelita creyó que le haría bien dejarla descansar. Además, astuta como el resto de su sexo, Isabelita se inclinaba á favorecer el antojo de Carlota, porque estaba segura de que Jorge vendría temprano, y si Carlota se hallaba levantada, no podrían ella y su amante tener la sala á su entera disposición. Pero después que se fué Jorge, no hubo una razón para que Carlota permaneciera en la cama, y así, Isabel la vistió, y la lavó y no fué poca su sorpresa

cuando, tomándola de la mano para llevarla abajo, vió que se resistía y suspiraba y lloraba, diciendo que no quería ir.

—Sé buena niña, Carlota. Abuelito está abajo y quiere jugar contigo.

Al oír esto, Carlota sollozaba más y movía la cabeza con vehemencia porque sabía muy bien que era imposible que Benito Esparrow estuviera abajo, cuando ella se lo había comido íntegro la noche anterior. Su miedo era tan grande, que hasta se figuraba que podría sentir los movimientos del viejo dentro de sí misma. Pero aunque era rebelde, era débil, y así, apretando los ojos bien cerrados bajó á la sala con Isabelita. Una vez allí, corrió á un rincón, y puso la cara contra la pared, cubriéndose la cabeza con el delantal. Isabelita, teniendo otras cosas que hacer, la dejó allí.

Cuando Carlota oyó la voz del viejo que la llamaba, sollozó aterrorizada :

—¡ No ! ¡ Yo no he sido !—y hubiera querido que se la tragara la tierra ; y cuando la alzó en sus brazos para besarla, fué necesario que transcurriera un buen rato antes de que ella reuniera valor suficiente para abrir los ojos, y tocándole la cara, los brazos y las piernas, convencerse de que aquel era realmente su abuelo.

Benito Esparrow estaba demasiado preocupado aquel día, para pensar en jugar con Carlota, y á juzgar por la ansiedad pintada en su rostro, muy graves debían ser los cuidados que lo embargaban. Por la tarde se apareció el joven señor Million, elegante y hermoso como de costumbre. El joven *dandy* no era un visitante raro en la pequeña tienda, pues siempre encontraba una hora de que disponer para acudir allí, y sentándose en la salita á charlar y reír con el viejo Esparrow como si ambos fueran iguales. Isabel no estaba en casa cuando aquel llegó, y esto parece que le contrarió algo, pero hizo su visita como de costumbre, y cuando

se retiró, el viejo Esparrow parecía muy animado, y como si le hubieran aliviado de un gran peso sobre su corazón; pero Isabelita no correspondió á esta alegría cuando entró, poco rato después. Una vecina le había dirigido unas palabras, al parecer ligeras y sin importancia, que lo habían mortificado profundamente. No hay arma tan penetrante como la lengua de una mujer cuando ésta se propone herir. La mujer que había usado aquellas palabras era una joven, un año mayor que Isabel, de quien se sabía que en un tiempo había tratado de conquistar á Jorge sin haber podido conseguirlo, porque éste pertenecía en cuerpo y alma á Isabel, sin ocuparse de ninguna otra mujer, de acuerdo con una sentencia de su madre que decía que: “Un hombre tiene bastante con una mujer, y á veces demasiado.”

—¿Conque se va mañana Jorge?—fueron las palabras que aquella dirigió á Isabel, cuando ésta se encaminaba de prisa á su casa con el corazón oprimido.

—Sí,—suspiró Isabel—mañana por la mañana.

—¡Buena pena tendrá!—replicó la otra.—¡Algo bueno daría por poder llevar á alguien consigo!

—No lo dudo—dijo Isabel—creyendo que aquel alguien se refería á ella.

—¡Oh!, yo no me refiero á tí—añadió la otra, notando el sentido que á sus palabras había dado Isabel.

—¿Á quién te refieres, pues?—preguntó Isabel mirándola fijamente.

La mujer se sonrió y se encogió de hombros.

—¡Bien!—exclamó.—¡Algunas muchachas parecen ciegas! ¡Afortunadamente no hay hombre en el mundo, capaz de cegarme de ese modo!

—¿Qué es lo que quieres decir con eso?—preguntó Isabel agitada, y palideciendo.—¿Qué tienes que decir de Jorge?

La mujer se rió otra vez.

—No hay motivo para que estés celosa, Isabel,—dijo— se trata solamente de una niña. Pero si Jorge fuera mi novio . . . —Isabel torció el labio desdeñosamente, y esto exasperó á su interlocutora, que prosiguió :

—Si Jorge fuera mi novio—dijo con insolente énfasis— ¡ oh !, no es necesario que tuerzas el labio, Isabel—le preguntaría . . . quién es . . . ¡ el padre de Carlota ! Una mujer no merece el nombre de tal si no tiene dignidad.

Y la desdeñada por Jorge, dejó á Isabel pálida y temblorosa, con aquella herida en el corazón.

Isabel la miró, y al principio se sintió como aturdida ante la acusación que envolvían aquellas palabras ; después, lo que sintió fué indignación, y que la sangre se le cargaba al rostro y á la garganta. Todo lo comprendió, y sufrió horriblemente, dirigiéndose con precipitación á su casa.

Benito Esparrow no notó al principio la agitación de Isabel ; se hallaba muy contento porque se había quitado de encima un gran peso. Por la mañana, la ruina se veía retratada en su semblante. Un pequeño acreedor le había dado veinticuatro horas de término para pagar una suma que, aunque pequeña, él no la tenía. Pero el joven Million lo había salvado, y se hallaba en disposición de pagar á aquel inflexible acreedor.

—Me considero dichoso—había dicho el joven caballero al tener la oportunidad de prestar este servicio al abuelo de Isabelita.

Cuando se marchó, el viejo Esparrow saltaba de alegría y agradecimiento, ante el peligro de que había escapado.

—Isabel—dijo á su nieta cuando entró,—el joven señor Million ha estado aquí.

Isabel hizo un movimiento con la cabeza, pero apenas escuchó lo que aquél le decía.

—Es un cumplido caballero al olvidar el pasado, como él lo hace.

—¿Qué pasado?—preguntó Isabel—¿olvidar qué?

—¡Oh! nada, nada—dijo Esparrow apresuradamente, y tosiendo como si se le hubiera atravesado algo en la garganta.—Lo que quiero decir es que es un cumplido caballero.

—Ya dijo Vd. eso antes, abuelito.

—¿Lo dije? ¡Ah! ¡sí! Pero estoy tan viejo que es preciso que me perdones. No todos tenemos la frescura y lozanía de mi querida Isabelita, y somos felices como ella.

Isabel lo besó, y reclinó su cabeza sobre su hombro.

—¿Feliz yo, abuelito? ¿Soy yo feliz?

—Por supuesto que lo eres, mi querida niña, y es natural que lo seas. Un poco afligida por la marcha de tu novio . . . pero volverá pronto, no tengas cuidado, y hablaremos de él á todas horas, y el tiempo volará. ¡Ay! ¡hija mía! sólo los viejos sabemos lo de prisa que pasa el tiempo.

Isabel no contestó; pero se aproximó más y más á aquel viejo que había sido el escudo que la había protegido desde su niñez.

—Y ahora mira—dijo el viejo—lo que el joven señor Million ha traído para tí. Dijo que te los pusieras en seguida, y yo digo lo mismo, y le prometí que así lo harías, pues va á volver esta noche, y me va á hacer un servicio que sólo pudiera hacer el corazón más bondadoso del mundo.

Benito Esparrow sacó de su bolsillo una cajita, la abrió y sacó de ella un papel fino en que estaba envuelto un par de bonitos aretes de turquesas montadas en oro. Isabel apenas los miró, y se dejó quitar por el viejo los antiguos pendientes de oro que por tantos años había usado, y reemplazarlos por el bonito regalo del joven señor Million.

—¡Pareces una princesa!—dijo el viejo Esparrow, reti-

rándose un poco para contemplarla mejor—y en mi concepto vales tanto como la mejor de ellas.

Cogió un pedazo de espejo, y se lo presentó delante para que se mirase. Isabel, por complacerlo, dijo que eran muy bonitos, pero volviendo á lo que era su fija preocupación, dijo de repente :

—Abuelito, necesito hablar con Vd. acerca de Carlota.

—¿Acerca de Carlota, querida mía?—dijo Esparrow, asombrado.

—Sí—replicó Isabelita sentándose.—Acerca de Carlota. Todo lo que de ella sé, es que una vez vino Vd. preguntándome si tendría inconveniente en que Vd. trajese á vivir con nosotros, una niña desamparada, y si yo querría hacerme cargo de cuidarla.

—Y tú contestaste que sí, con alegría, porque nos acompañaría y haría esta casa más agradable. Estoy seguro de que ni tú ni yo estamos arrepentidos de ello. Si Carlota fuese de nuestra propia familia, no la querríamos más. Yo no podría vivir sin ella. Ya te contaré otro día esa historia, Isabelita, cuando Jorge se haya marchado . . .

—No ;—le interrumpió Isabel, con tal impetuosidad que hizo saltar al viejo Esparrow—; yo necesito saberlo ahora ! y Vd. ha sido siempre tan bueno conmigo, abuelito, que bien puedo permitirme esta tiranía . . .

—¡ Tú tirana !—gritó Esparrow, levantando las manos como en actitud de apelar á las paredes y á los muebles para protestar de semejantes palabras.—¡ Bueno ! tú necesitas saberlo ahora mismo, y como según dices, eres una tirana, (no puedo contener la risa) voy á complacerte. Hace ahora tres años, Isabel, antes de que empezaran tus relaciones con Jorge, vino éste un día y me contó la historia de una pobre niña que había venido al mundo en el mayor desamparo. “ ¡ Tan bonita !,—dijo Jorge,—y sin más amigo que yo para

cuidar de ella !” “Quisiera encontrar una persona,” añadió Jorge, “que se hiciera cargo de ella.” Yo le pregunté si la niña no tenía parientes. “Sí,” me contestó,—“tiene dos, pero en una condición tan triste, que no pueden cuidarla.” Entonces yo pensé en tí, mi querida Isabel, y en que la niña podía ser una compañía para tí y para mí, y que si llegábamos á tomarle cariño, no nos arrepentiríamos de haber hecho esta buena obra.

Así se lo dije á Jorge, y éste me contestó que pensaba lo mismo y que por esta razón me había hablado de ello, esperando que yo no me negaría. Para abreviar; una noche llegó á la puerta una mujer con la pequeña Carlota en sus brazos, la besó muchas veces, y se la entregó á Jorge y él la trajo aquí. Yo no pude ver la cara de la mujer, pero me pareció que estaba llorando. Con frecuencia he deseado después haber visto la cara de aquella pobre criatura que parecía estar en tan grande aflicción. ¿Te acuerdas, Isabel, cuando llegaste una hora después, y me encontraste sentado delante del fuego, con Carlota en mis rodillas, calentándole sus pequeños pies, y cómo sentiste cariño hacia ella inmediatamente, y qué felices nos ha hecho, alegrando esta casa como nunca lo había estado? ¿Recuerdas los hoyuelos de sus mejillas cuando sonriendo, nos miró como alegrándose de verse entre nosotros? Me parece estarte viendo besar sus piececitos, y oír sus gritos y carcajadas cuando besabas su garganta tan gordita ! ¡ Querida Isabel ! esta niña ha sido un consuelo para nosotros, y bendigo el día en que vino á esta casa ! Luego me dijo Jorge : “No es justo que Vd. se haga cargo de Carlota, de balde, señor Esparrow. Recibirá Vd. cuatro pesetas cada semana, y cuando la niña sea mayor, tal vez podremos aumentar esta suma.” Desde entonces ha pagado con regularidad aquella cantidad, y de cuando en cuando le ha traído

algunas cositas, como vestiditos, sayitas de franela ó algún par de zapatos. Y ahí tienes toda la historia, Isabel.

Ésta, que había escuchado atentamente la narración de la historia de Carlota, dijo, después de una pausa, con un extraño temblor en su voz :

—Abuelito : ¿ Nunca Jorge dijo á Vd. quién era . . . el padre de Carlota ?

—No, querida mía. Recuerdo que una vez se habló de eso, pero Jorge cambió la conversación, diciendo que eso no le interesaba á Carlota, que era muy feliz por entonces . . . como lo es hoy.

En este momento se oyó que llamaban en la tienda, y Benito Esparrow corrió á servir al parroquiano, interrumpiéndose la conversación.

CAPÍTULO XII.

UN BESO POR LA ESPERANZA, OTRO POR LA FELICIDAD Y
OTRO POR EL AMOR.



ABÍAN concluído de cenar en la pequeña salita, y el viejo Benito Esparrow é Isabelita estaban contemplando tristemente el fuego. Carlota estaba con ellos, sentada en su silla de brazos ; pero sus pensamientos no eran nada tristes. Se estaba regocijando con anticipación ante lo que veía sobre la mesa, pues, aunque de acuerdo con la humildad de aquella familia, se habían hecho preparativos para celebrar la última noche que Jorge iba á pasar con ellos. Había una botella de Jerez y otra de Oporto, que el viejo Esparrow había comprado en un gran almacén cerca del puente de Westminster, por el precio de tres pesetas las dos botellas ; y que el vino era añejo lo probaban el polvo y telarañas que cubrían las botellas. Había seis vasitos de diferentes tamaños y modelos, un plato de uvas y almendras, otro de higos, algunos pastelillos, y cuatro naranjas partidas, formando todo el conjunto la apariencia de un festín. No había, sin embargo, nada de festivo en los semblantes de Isabelita y de su abuelo, que aparecían tan tristes como sus pensamientos. Era natural ; pero ni uno ni otro se hubieran confesado recíprocamente el verdadero objeto de sus meditaciones. Un

ruido en la tienda hizo al viejo Esparrow levantarse de la silla.

—Abí están los Nadret—dijo, y corrió á abrir la puerta y á saludarlos.

—¡Ola! Belita—dijo la señora Naldret.

—Buenas noches, hija mía,—dijo Jaime; y ambos la besaron, estrechando la mano de Benito Esparrow que se paseó por el cuarto mientras Isabel ayudaba á la señora Naldret á quitarse el sombrero y el abrigo. Ésta echó una mirada de aprobación á los preparativos del festín.

—¡Bonitos aretes! exclamó la señora Naldret, admirando las turquesas en las rosadas orejas de Isabelita.

—¡Este Jorge es un pícaro!—dijo Jaime Naldret, pellizcando aquellas bonitas orejas.

—No ha sido Jorge el que se los ha regalado,—dijo Benito Esparrow frotándose las manos—ni yo tampoco, que no soy bastante rico para poder hacerlo, pues si pudiera, hace tiempo que Isabelita tendría un par de aretes como ese, y también un reloj de oro con su cadena.

—Es bastante bonita para merecerlo—dijo Jaime Naldret.

—Y buena también—añadió Benito Esparrow.—¡Bueno! Mucho me alegro de ver á Vds. aquí; pero más me gustaría que esta reunión fuese para celebrar la bienvenida de Jorge, que no para despedirlo. ¿Es así, Isabel?

—Sí, abuelito—contestó aquella con un suspiro.

La señora Naldret no decía nada. Estaba pensando en quién podía haberle regalado á Isabel aquellos pendientes de turquesas, que en su concepto no podían haber costado menos de veinte duros.

—¡Ahí está Jorge!—dijo Jaime Naldret oyendo abrirse la puerta de la tienda.

Isabel se volvió ansiosa hacia la puerta, pero Benito

Esparrow se interpuso, y le dijo con tono rápido y agitado :

—Quisiera hablar un corto rato á solas con Jorge, querida mía, y no es fácil que se me presente otra mejor oportunidad. ¿Supongo que la señora Naldret no se opondrá á ello ?

Esta buena señora hizo un movimiento de despedida con la cabeza, y Benito Esparrow, dirigiéndose á la tienda, detuvo á Jorge antes de que entrase en la sala.

—Un momento—le dijo—necesito hablar contigo dos minutos.

—Muy bien, abuelito ; pero permítame que le de antes un beso á Isabelita. ¡ Belita !

La muchacha corrió á la tienda al oír que Jorge la llamaba, y cayó entre sus brazos por un momento.

—¡ Bueno ! ¡ bueno !—exclamó el viejo Esparrow—cogiendo con dulzura la mano de Isabelita.—Vé adentro, hija mía. Eso es todo lo que Jorge quería. Nosotros iremos allá en seguida.

Isabel se volvió á la sala, y Jorge se quedó como el nido de donde se escapa el querido pajarillo. Aquel abrazo de Isabel, tierno, dulce y suave, había sido de tanta felicidad para él, que casi le había hecho daño.

—Sólo te detendré dos minutos—dijo Benito Esparrow.—Ven hacia la puerta para que nadie pueda oírnos.

Se dirigieron á la puerta de la tienda, salieron á la calle y se pusieron á pasear lentamente, mientras conversaban.

—Cuando hace un rato me hallaba sentado junto al fuego, Jorge—dijo Esparrow—pensé en una cosa de que creo debo hablarte antes de que te marches. Ello trajo á mi memoria antiguos recuerdos. Tú ves, mi querido Jorge, que soy un viejo, y que no sé lo que el día menos pensado puede suceder. Es un consuelo para mí pensar que Isabel

va á tener por marido un hombre de bien, porque yo creo, Jorge, que tú eres bueno, y todo un hombre.

—Crea Vd., señor Esparrow, que cumpliré con mis deberes, y que mi mayor felicidad será hacer á Isabelita feliz.

—Te creo, Jorge, y por eso me considero dichoso al pensar que va á ser tuya. Nada tengo que darle, Jorge, nada absolutamente. Soy tan pobre, que algunos días no sé ni cómo atender á mis pequeños gastos.

—Yo no quiero nada más que á ella, señor Esparrow. Para mí no habrá mayor fortuna que poseerla.

—Ella es digna de ser una princesa—dijo Esparrow con orgullo—y hasta una reina.

—Ella es mi princesa y mi reina—replicó Jorge—y siendo como es, una buena muchacha, será una buena esposa, y esto es mejor que todo.

—Así es, así es. Pero no me interrumpas, Jorge. Yo esperaba hallarme hoy en mejor posición; pero me sobrevinieron serios contratiempos, y perdí todos mis pequeños ahorros. Desde entonces he venido descendiendo, y algunas veces creo que ya no puedo descender más abajo.

El pobre viejo se detuvo, y antes de terminar su historia, cerró los ojos y se puso una mano sobre ellos, como queriendo hacer un esfuerzo de imaginación para mirar hacia el pasado.

—Jorge, te voy á hablar del padre de Isabel . . . ; de mi hijo! Debo hacerlo porque puedes encontrarte con él.

—¿Encontrarme con él, señor Esparrow?

—Sí,—respondió el viejo con pausado tono. Supongo habrás oído decir que hace años se ausentó de aquí, perseguido por la desgracia. Entonces Isabelita era muy pequeña, y no creo que haya habido nadie tan cruel que la haya hablado de eso. Para decirte la verdad, Jorge, ella cree que su padre se ha muerto, y yo considero conveniente que

no sepa la verdad. Y quizás se haya muerto, Jorge, pues yo no he vuelto á saber de él. Estaba aquí empleado de cobrador del viejo señor Million, y dispuso de dinero que no le pertenecía. Dispuso también del mío, y hasta suplantó mi firma, de modo que cuando se huyó, para evitar el castigo que le pudiera sobrevenir, yo tuve que pagar, lo cual me hundió completamente, Jorge. Este es un secreto que debe permanecer entre nosotros, y que nunca debe salir de tus labios.

—Lo comprendo, señor.

—Pero he creído que debías saberlo antes de tu partida. Supongo que ello no alterará tu opinión respecto á Isabel, ¿es verdad, Jorge?

—¡Alterar mi opinión con respecto á Isabel!—exclamó Jorge con vehemencia.—Eso le da más derecho á mi cariño, y la quiero aun más, comprendiendo cuán infeliz la haría saber la verdad, que, por supuesto, debemos ocultarle!

—¡Querido Jorge, Dios te bendiga!, ¡Dios te bendiga, mi querido hijo!—dijo el viejo Benito Esparrow, sintiendo rodar las lágrimas por sus mejillas.—Ahora, Jorge, si algún día logras reunir algún dinero, y vuelves para hacer feliz á Isabel, conténtate con él. No ambiciones las riquezas como hizo mi hijo, ni dejes nunca de ser un hombre honrado. La felicidad está en contentarse cada uno con lo que tiene.

Desde que se fué no he recibido carta alguna suya; pero he oído decir que le habían visto en Australia, y, si está vivo, puedes encontrarte con él, pues creo que allí no hay mucha gente. ¡Qué cosas tan raras suceden á veces, Jorge! Tú puedes encontrarlo y conocerlo. Debe parecerse á mí, aunque es más alto y de aire más distinguido. ¡Ah! eso causó su ruina, ¡el deseo de ser un caballero! Bien; si lo encuentras, Jorge—y el viejo le cogió la mano y entrelazó sus dedos con los de Jorge, nerviosamente—si lo encuentras,

recuérdale mi cariño . . . mi eterno cariño, y díle que me escriba, y que su viejo padre lo perdona! Sí, Jorge, que lo perdono! Háblale de Isabelita, y de lo mucho que ha crecido . . .—Aquí el pobre viejo se conmovió tanto, que Jorge le echó un brazo al cuello y acariciándole la espalda le dijo :

—Bueno, bueno, señor Esparrow, comprendo á Vd., y haré cuanto desea. Y ahora que recuerdo, ¿ cómo podré encontrarlo? ¿ En qué punto de Australia cree Vd. que puede hallarse?

—Yo no sé Jorge; pero la Australia no debe ser muy grande. Ahora, creo que he hecho bien en contarte todo esto, no es así?

—Sí, señor, ha hecho Vd. muy bien.

En esto entraron en la casa y se reunieron con la familia en la sala. La alegría allí no era grande que digamos, y el objeto principal de la conversación consistía en tiernos recuerdos y anticipadas esperanzas. Jorge trataba de aparecer alegre, pero no podía, y á no haber sido por el viejo Esparrow, que de cuando en cuando entonaba con voz cascada alguna canción, hubiera sido empresa difícil prolongar aquella fiesta.

Un incidente vino á romper la monotonía de la velada, y fué la llegada del joven señor Million que venía, según dijo, á dar un apretón de manos á Jorge y á decirle adiós. Jorge estaba sentado en una esquina, con Carlota en sus rodillas. La niña se hallaba en estado de plenitud por haber disfrutado á sus anchas de los placeres de la mesa, y acurrucada entre los brazos de Jorge estaba casi dormida. Isabel, sentada cerca de Jorge (que á pesar de Carlota podía disponer de un brazo para rodear con él la cintura de aquella) dirigía extrañas miradas á su amante y á la niña, y su corazón brotaba sangre por la herida que había recibido al

oir lo que había oído aquella tarde. Cada vez que Jorge se inclinaba y besaba á Carlota, la herida se abría, y la duda, la pena y el amor ponían á aquella casi frenética. El joven señor Million estaba alegre y animado ; era un rayo de sol alumbrando aquellas tristes nubes. Dirigió una rápida ojeada á los pendientes en las orejas de Isabelita que se ruborizó al levantarse para permitir á Jorge dar la mano á aquel. Nadie observó aquella ojeada, á excepción de la señora Naldret que miró á Isabelita con gravedad. El joven señor Million fué profuso en sus buenos deseos hacia Jorge, le deseó toda clase de dichas, y manifestó sus esperanzas de que pronto estaría de vuelta. Todos se mostraron satisfechos de la sinceridad de aquellos buenos deseos, menos la señora Naldret ; pero es verdad que nada parecía complacerla en aquella noche.

—Es preciso que yo beba hoy á la salud de Vd., Jorge —dijo el joven cervecero.

Benito Esparrow le preguntó ceremoniosamente si quería Jerez ú Oporto, á lo que contestó que prefería Jerez, y que deseaba que fuese la señorita Esparrow quien llenase el vaso. Isabel lo hizo así, y se lo alargó ruborizada ; su mano temblaba, y se derramaron algunas gotas de vino sobre la mesa, lo que, dijo el joven señor Million alegremente, era un buen agüero.

—¡ Buena suerte, Jorge, y buen viaje !—dijo estrechando otra vez la mano de Jorge, y luego la estrechó á todos los demás en la habitación. El viejo Benito Esparrow lo miró con gran ansiedad, y cuando el elegante joven, dirigiéndole una mirada significativa, propuso que la señorita Esparrow le abriese la puerta de la tienda, Benito se apresuró á decir :—Sí, señor, ciertamente,—y casi empujó á Isabelita dentro de la tienda. ¿Porqué entónces la señora Naldret abrió la puerta de la sala y se colocó de modo que

podía verla en la tienda? Bien pudo haberlo hecho inconscientemente; pero es lo cierto que viendo pasar algo de las manos del joven señor Million á la de Isabelita, al tiempo de despedirse, dió un grito como si hubiera sido acometida por un espasmo. Isabelita corrió para adentro al oír el grito, y entonces la señora Naldret, con la rapidez del relámpago vió lo que ningún otro pudo ver, (pues Isabelita lo deslizó en su faltriquera) ; vió una carta en las manos de aquella! La buena señora dijo que no había sido nada, sino una simple punzada en un costado, y se volvió de la muchacha hacia su hijo, alrededor de cuyo cuello echó los brazos, besándolo repetidas veces.

—¿Qué es eso, madre mía?—exclamó Jorge al ver que aquella empezaba á sollozar convulsivamente—ármese Vd. de valor, ó pronto haremos todos lo mismo que Vd.

La señora Naldret contuvo los sollozos, lo estrechó más fuertemente contra su pecho, y murmuró:

—¡Ay!, Jorge; podrá haber muchas mujeres para tí en el mundo, pero no hay más que una madre!

Á lo que él le contestó en voz baja:

—En el mundo no hay más que una mujer para mí, que es mi adorada Isabelita; y no hay más que una madre, que es tan buena como ella, y esta madre es la que yo tengo ahora entre mis brazos.

Todo lo que ella pudo replicar fué:

—¡Ah! Jorge, Jorge! ¡Mi hijo querido!—con un mundo de amor y de compasión en su voz.

Y así transcurrió aquella triste noche, hasta que Jorge dijo:

—¿No sería mejor que se fueran Vds. á casa? Yo pronto estaré con Vds.

Comprendiendo que él necesitaba despedirse á solas de Isabelita, que pálida y llorosa, estaba sentada á su lado, se

levantaron para retirarse diciéndole que los encontraría aún sin acostarse cuando fuese á casa.

—Ya lo sé—dijo Jorge ; y les acompañó hasta la puerta volviendo á la sala, con el rostro humedecido por las lágrimas.

—Oye, Jorge—le dijo al oído el viejo Benito Esparrow—es mejor que te despidas de Carlota y de mí y que vayamos á acostarnos ; tú puedes quedarte con Isabel, pero no estés hasta muy tarde, Jorge.

Carlota estaba profundamente dormida hacía más de una hora, y Jorge la tomó en sus brazos sin despertarla.

—Adiós, Carlota—le dijo—adiós, querida mía—y la besó muchas veces. La niña se agitó con aquellas caricias, y extendió sus pequeñas manos hacia el rostro de Jorge que le besó los dedos, entregándosela después al viejo Esparrow. Éste, con aquella pequeña carga en sus brazos, estrechó fuertemente la mano de Jorge, y le dijo :

—¡ Adiós, y buen viaje . . ! y no te olvides—añadió con una mirada hacia Isabelita.

—No tenga Vd. cuidado, señor Esparrow—contestó Jorge.—Tendré presente todo lo que Vd. me ha dicho.

—Dios te bendiga, y te traiga pronto de vuelta.

Con esto, el viejo Esparrow ascendió las escaleras con Carlota en sus brazos, volviendo de cuando en cuando la cabeza para dirigir á Jorge una mirada de despedida.

Cuando todo se quedó en silencio en la sala, Jorge se volvió hacia Isabel que se precipitó en sus brazos reclinando la cabeza sobre el pecho de aquel. Un largo silencio se siguió. Los latidos de los corazones de ambos se oían más distintamente que el tic-tac del antiguo reloj que permanecía como un fantasma en un rincón de la sala. Ningún otro ruido se oía. Isabel pensó en aquel momento si sería generoso por su parte hacer á Jorge pregunta alguna acerca de Carlota. Una simple pregunta podía implicar una duda. Una

voz oculta parecía que le decía al oído : “No desconfíes de él : el verdadero amor significa confianza completa.” Pero las palabras que había escuchado de aquella mujer, no se apartaban de su imaginación. Ella no podía admitir la idea de nada que fuera deshonoroso para Jorge, pero el aguijón de la duda laceraba su corazón. ¿No sería mejor para ella hacer una simple pregunta á Jorge, á la que él podría contestar con facilidad, que permanecer atormentada por la duda durante los largos meses que iba á durar la ausencia de aquél? ¿No sería esto un acto de justicia hacia Carlota, puesto que de otro modo hasta podía llegar á cobrar aborrecimiento hacia la niña? Isabel quería sinceramente á aquella linda niña abandonada. El instinto maternal estaba en ella, á manera de la semilla de una flor, que permanece en la tierra esperando el verano que la madure, y desarrolle toda su belleza. Isabel amaba los niños.

Y aquí diremos una palabra, venga ó no venga al caso. Desconfiad de la mujer que no ama los niños. Es indigna de todo amor.

Cuánto tiempo permanecieron en silencio aquellos amantes, ellos mismos no lo supieron ; pero pasó muy dulcemente y la solemne campana de Westminster proclamó una hora. Cada campanada parecía un clamoreo fúnebre. Era media noche. ¡ Media noche ! ¡ Á qué solemnes reflexiones se presta este momento ! ¡ Si el mundo se extendiera ante nosotros como un mapa, ¡ qué variadas emociones y sentimientos, cuantas luchas indignas, cuantos sufrimientos no merecidos, cuantas nuevas vidas nacidas para el dolor, cuantas otras consumidas por él, cuantos pensamientos oscuros y brillantes, cuantas flores de tierno amor, cuanta zizafia, cuantas almas nacidas en el fango y sugetas allí, cuantas esperanzas, cuantos remordimientos, cuantas quejas de dolor, y cuantos angélicos y divinos rasgos de compasión se

desplegarían ante nuestros ojos en el breve espacio de sonar aquella hora ! Y aquella campana sonará noche tras noche, generación tras generación, tal vez por cien años más, hasta que todos los corazones que hoy palpitan y se agitan con tan distintas pasiones, y todos los vanos mortales que se pavonean y se ostentan con brillantes proyectos de engrandecimiento, se hallen sepultados en la tierra ó en el mar !

¡ Ante semejantes consideraciones deberíamos ser más humildes !

La campana despertó de su sueño á los amantes y hablaron en voz baja del porvenir y de las esperanzas que encerraba para ellos.

—Cuando yo vuelva con un poco de dinero, querida mía—dijo Jorge—continuaré trabajando en mi oficio, y seremos felices. No podemos casarnos sin tener antes con qué instalar nuestra casita, y esto es lo que yo voy á buscar. Me parece estarte viendo, sentada al lado del fuego, ó esperando á la puerta á que yo llegue de mi trabajo, para recibirme con un beso. Entonces veré yo realizado el dicho de mi madre, de pan, queso y besos, y con eso tendré yo bastante, querida mía, si los besos son tuyos.

Así continuaron hablando hasta que la campana del reloj de Westminster sonó la una, sin que durante todo este tiempo Isabel se encontrara con valor para hablar de lo que tenía en su imaginación. Jorge había reparado en los aretes ; más no había hablado de ellos en la esperanza de que Isabel lo hiciese, pero la herida de ésta estaba demasiado fresca, y la pena y turbación que le causaba iban en aumento. No pensaba en nada más que en eso.

—Creo que debo irme ya—dijo Jorge levantándose—porque mis padres estarán esperándome.

Le cogió la cara y la besó, diciendo : ¡ Uno por la esperanza, otro por la fidelidad, y otro por el amor !

Isabel acercó otra vez su cara y dijo besándolo á su vez:

—¡ Y otro por la confianza !

—¡ Y otro por la confianza !—repitió él con toda la sinceridad que su tristeza le permitía.

—No debe haber secretos entre nosotros, mi querido Jorge.

—Ciertamente que no, vida mía—replicó él—aunque tú, picarilla, has guardado uno para mí toda la noche.

—¿ Yo ?

—Sí, tú, que no me has dicho una palabra acerca de esos lindos aretes.

¡ De cuán débiles hilos penden á veces nuestras más queridas esperanzas ! Isabel pensó en exigir confidencia por confidencia, y dijo :

—Deja eso ahora, Jorge. Necesito yo primero preguntarte algo.

En aquel momento se oyó una música que se aproximaba y que hacía oír la antigua canción “ ¡ Hogar, dulce hogar ! ”

—Ese es Saúl.—pensó Jorge.—¡ Pobre muchacho ! ¡ qué será de él durante mi ausencia !—y enlazado á Isabel en un estrecho abrazo, sentían penetrar en sus corazones aquellos suaves acordes.

—¡ Nunca habrá secretos entre nosotros, Jorge, en nuestro hogar, dulce hogar !

—¡ Ninguno, vida mía !

—¿ Y tú no te enfadarás si te hago una pregunta ?

—¿ Qué puedes tú decirme ahora, ángel mío, capaz de incomodarme ?

—Pues entonces Jorge, dime algo acerca de Carlota.

—¡ Pobre niña ! ¿ Qué quieres que te diga acerca de ella ?

—¿ Jorge . . . es huérfana ?

¡ Qué largo le pareció aquel intervalo, mientras esperaba la respuesta !

—¡ No, Isabel !

¡ Qué extraña era la entonación de su voz !

La abrazó más estrechamente, hasta el punto de ser imposible para ella desprenderse de él. De otro modo, y si él la hubiera soltado, indudablemente se hubiera desplomado en el suelo.

—No te incomodes conmigo, Jorge—murmuró lenta y debilmente.—¿ Tiene su padre vivo ?

Otra prolongada pausa de Jorge, y después un “ sí ” en el mismo extraño tono.

—Díme su nombre, Jorge.

Él la apartó de sí repentinamente, y poniendo las manos en sus hombros, la miró con fijeza á la cara.

—No puedo, Isabel, no debo decirlo. Cuando estemos casados te lo diré todo. Ningún secreto habrá entre nosotros en nuestro hogar, dulce hogar ; pero mientras tanto, es preciso que esperes.

El suave eco de la antigua canción sonó de nuevo en los oídos de Isabel ; pero su significado había desaparecido para ella y se apartó de Jorge un tanto airada.

—Yo no creí que me rehusaras eso, Jorge.

Más prudente y más juicioso que ella, dijo Jorge.

—No hagas que esa trivialidad sea causa de un disgusto entre nosotros—y pretendió abrazarla otra vez, pero ella lo apartó.

—¡ Trivialidad !—pensó ella para sí.—¿ Habrá perdido de ese modo su honor, y su amor por mí ?

Algo de estos pensamientos se traslució en su semblante, que hizo exclamar á Jorge, interiormente :—¡ Gran Dios ! ¡ Será posible que dude de mí !—Trató de acariciarla de nuevo, pero ella se opuso. Permanecía silenciosa y pálida,

sintiendo en su corazón el dardo de la duda. Comprendía el dolor que le estaba causando á él, por el que ella sentía, pero no quería decirle : “ Sé que me eres fiel, estaré tranquila y esperaré.” Todos los esfuerzos de Jorge fueron inútiles, y el reloj sonó las dos, sin que aquella agonía hubiese terminado. El sonido de la campana recordó á Jorge que sus padres estaban levantados esperándolo, y dijo apresuradamente :

—Tengo que irme. ¡ Adiós, Isabelita querida ! ¡ Confía en mí, y cree que no hay mujer en el mundo que tenga un amante más fiel que el que tú tienes !

Apesar de la frialdad de ella, la volvió á estrechar contra su pecho y á asegurarla de nuevo de su amor y de su fidelidad, y apartándose luego la dejó casi desmayada en la tienda en lucha con el amor y la duda.

CAPÍTULO XIII.

¡ SÓLO TÚ Y MI MADRE ME SON FIELES ; EL RESTO DEL MUNDO ES FALSO . . !



A noche estaba muy fría, pero Jorge sentía un consuelo en aquel viento penetrante. Se quitó el sombrero, y miró á su alrededor. La calle estaba desierta y tranquila. Las últimas notas del “Hogar, dulce hogar” se habían extinguido y los músicos se habían dispersado. Uno sólo esperaba al fin de la calle á que Jorge pasara por allí.

—¡ Saúl !

—¡ Jorge !

Ambos se saludaron y estrecharon las manos.

—Mucho me alegro de verte, Saúl. Me hubiera disgustado irme sin despedirme de tí.

—Yo te estaba esperando, Jorge, porque sabía donde estabas. ¿ Supongo que tus padres te estarán esperando ?

—Sí. ¡ Dentro de pocas horas partiré, y me encontraré bien sólo !

—Como lo estoy yo, Jorge.

—No, Saúl, tú tienes á Juana.

—Se ha alejado de mí y tal vez no la vuelva á ver más. Lo ha hecho por mi bien. ¡ Tú no sabes, Jorge, cuanto hemos sufrido ! ¡ Hubo días en que materialmente no tenía-

mos qué comer ! Las cosas no podían continuar así, y ella se ha acomodado para servir de criada en el campo. Creo que ha hecho bien ; pero sufro mucho cuando en mi mísera guardilla, mis ojos desolados la buscan y no la encuentran ! Acerquémonos á este farol y leerás la carta que me ha dejado escrita.

Jorge leyó la carta y se la devolvió á Saúl diciéndole :

—Sí, tiene razón. ¿Y qué piensas hacer?

—¡ Sólo Dios lo sabe ! Trato de encontrar algún camino, pero todo es oscuridad delante de mí, Jorge.

—Quisiera poder ayudarte, Saúl.

—Lo sé, lo sé. Tú eres mi único amigo. ¡ Si pudiera yo algún día pagarte lo que has hecho por mí . . . !

Enjugó las lágrimas que corrían de sus ojos, y permaneció silencioso por unos momentos, estrechando la mano de Jorge.

—Jorge,—dijo al cabo de un rato, con la voz temblorosa—hemos pasado juntos horas felices en otro tiempo, y hemos hablado de muchas cosas. Todas aquellas conversaciones vienen en este momento á mi imaginación.

—Y á la mía, también, Saúl.

—Recuerdo—continuó Saúl en el mismo tono—que hablábamos una vez acerca de la amistad, y recuerdo hasta la noche en que esto sucedió. Nos paseábamos por el puente de Westminster, y nos deteníamos de cuando en cuando, mirando las luces reflejarse en el agua. Hay algo de grandioso y solemne en aquella vista, Jorge. Yo no sé porqué, siempre trae á mi imaginación una remota idea de la muerte y de la inmortalidad. Aquellas luces prolongándose indefinidamente, haciéndose cada vez más pequeñas hasta que la oscuridad las envolvía, como la muerte hace con la vida . . . Pero las luces permanecen allí, Jorge, aunque nuestra vista es demasiado limitada para poder verlas . . . ¿ Recuerdas aquella conversación, Jorge ?

—Como si tuviera lugar esta misma noche, Saúl. Me parece ver las luces y la obscuridad que se siguió.

—Nosotros convinimos en cuanto á las cualidades de la amistad, y hablamos de muchas generalidades.

Saúl se detuvo por un momento, y después añadió pausadamente :

—Estoy pensando, Jorge, si yo entiendo bien los deberes de la amistad.

—¡ Fidelidad y confianza !

—Sí ; y alguna cosa más. Supongamos que tienes un amigo, y que has sabido ó visto una cosa que él ignora y que debe saber ; supongamos que tú le ocultases esa cosa . . .

—Sería un traidor á la amistad—le interrumpió Jorge con calor.—Si fuera un verdadero amigo, le buscaría y le diría todo cuanto había sabido y visto.

—¿ Aunque fuera doloroso, Jorge ? ¿ Aunque le lastimara saberlo ?

—Sí ; aun en ese caso. La amistad, como el amor, tiene sus dolores. ¡ Tú los has sentido por tí mismo, Saúl, y yo también, mi querido amigo ! Con frecuencia en medio de las dulzuras y ternezas de la vida se oculta el dolor, sin que sepamos muchas veces por donde entró.

Al decir esto Jorge, con un tono muy suave, pensaba en Isabelita.

—Ven acá, Saúl,—dijo, viendo que aquel titubeaba.—Tú tienes algo que decirme. Si eres, en efecto, un amigo fiel, dímelo.

Viéndose apremiado de este modo, Saúl dijo :

—Primero, contéstame á una pregunta. ¿ Cuándo pensaste la primera vez en emigrar ?

—Yo no pensé en ello hasta que me lo metieron en la cabeza.

—¿ Quién ?

—El joven señor Million. Una noche, no hace mucho tiempo, me encontré, y entabló conversación conmigo. Mi oficio había estado un poco pesado en aquellos días y yo había pasado algunos sin trabajo. Esto me tenía intranquilo, porque pensaba que de continuar las cosas así, pasarían años antes de que yo pudiera ahorrar el suficiente dinero para casarme con Isabelita. Así se lo dí á entender en mi conversación al joven señor Million, que simpatizó conmigo y dijo que aquello era vergonzoso, y que si él se viera en mi lugar, en menos de un año se buscaría una posición que le colocara en aptitud de casarse con su novia.—¿Cómo? le pregunté.—Emigrando.—Esto me trastornó, como puedes suponer, Saúl. Nunca había entrado en mi cabeza la idea de emigrar. Agregó que su padre se tomaba un gran interés por los obreros, y también por la emigración; y que casualmente aquella misma mañana había hablado de mí, y había dicho que tenía un billete de pasaje gratis, para el buque que va á salir mañana del río Mersey, Saúl, y que si yo estaba resuelto á mejorar mi suerte, me daría aquel billete. Yo le dí las gracias y le dije que lo pensaría. Lo pensé, leí lo que se decía acerca de los jornales allende los mares, y ví que muy bien podría hacer lo que aquel me había dicho. Me dió el billete, y . . . ya lo sabes todo.

—Jorge—dijo con lástima Saúl, para quien aparecían claras las cosas que eran oscuras para Jorge,—el señor Million nunca ha oído hablar de tí hasta esta mañana.

—¡Alto!—exclamó Jorge, pasándose la mano por los ojos, con aire extraviado. Habla despacio. Creo que no te he entendido bien. Repítemelo otra vez.

El señor Million repitió Saúl :—Nunca ha oído tu nombre hasta esta mañana. Yo fuí á su casa creyendo que, del mismo modo que te había ayudado á tí, me ayudaría á mí, y se burló de mí y me insultó de la manera más grosera.

La misma intervenció'n tuvo él en conseguir tu billete, que yo. Cuanto te dijo el joven señor Million respecto al pasaje y respecto á su padre, es completamente falso.

—¡ Gran Dios !—exclamó Jorge—¿ y cuál puede ser entonces el motivo que haya tenido para hablarme de ese modo y para facilitarme el pasaje ?

—Piensa, Jorge—dijo Saúl—que nada hay más malo que una falsa benevolencia. Bien puede tener un motivo para desear alejarte. Algo más pudiera decirte, pero la lengua se me resiste á proferirlo.

—¡ Dímelo, Saúl, es preciso que me lo digas !—gritó Jorge con una voz que resonó en toda la calle. Habían caminado según iban hablando, y se encontraban á la puerta de la casa de la madre de Jorge.

—¡ Es preciso que me lo digas ! ¡ Por la amistad que te he tenido ! ¡ Por la memoria de lo que he hecho por tí !

La puerta de la casa se abrió en aquel momento. La madre de Jorge había oído su voz y su acento de aflicción, y corrió hacia la puerta. Jorge la vió allí, mirándolo con ansiedad, y dijo á Saúl :

—¡ Espérame aquí hasta que salga ! ¡ Por el cariño que tienes á Juana, espérame aquí ! Mi madre debe saber . . . ella tiene penetración, y tal vez yo he estado ciego . . .

Corrió hacia su madre, y ambos entraron en la casa. Saúl esperó suspenso por más de media hora, al cabo de cuyo tiempo salió Jorge tambaleándose como si estuviera borracho. Su cara era la de un cadáver. Saúl le sugetó.

—Algo he oído—dijo temblando de pasión y de dolor.—Hace tiempo que mi madre dudaba. Ella recibió de él ocultamente un papel esta noche. Los aretes que tenía puestos se los regaló él. ¡ Oh, Dios mío ! ¡ Ahora dime tú qué más sabes ! Por la memoria de lo que más quieras, dímelo, Saúl !

—Mi querido Jorge,—dijo Saúl con voz entrecortada— momentos después de salir yo de casa del señor Million, la ví entrar allí.

Un prolongado silencio siguió á estas palabras. Las estrellas y la luna brillaban en todo su esplendor, pero todo era tinieblas para Jorge que sollozaba inconsolable.

—¡ Por Dios !—exclamó Saúl.—¡ Por tu madre que en este momento está sufriendo tanto como tú, modérate ! ¡ Si pudiera dar mi vida por aliviar tu pena, la daría !

—Lo sé, Saúl. Tú solo, y mi madre me sois fieles ; el resto del mundo es falso ! ¡ Quiso verse libre de mí, y éste fué el ardid de que se valió !

—¡ Falso, infame ! ¡ Pero yo me veré con él . . . ! ¡ Mira ! este es el billete que me dió. Si lo tuviera delante de mí ahora, haría con él lo que hago con este papel . . . dijo estrujándolo entre sus manos y rompiéndolo frenético en dos pedazos.

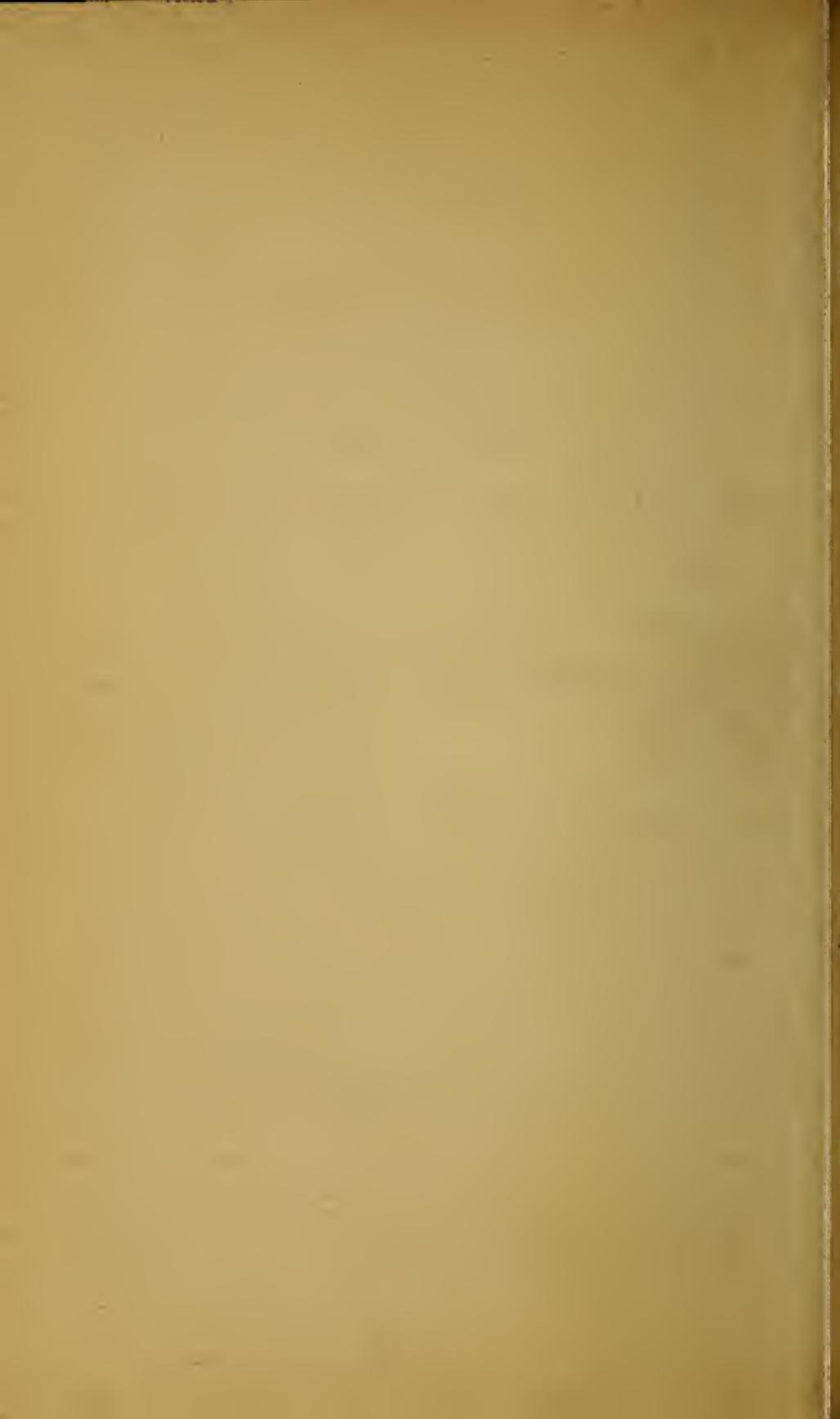
—No, Jorge—dijo Saúl sugetándole el brazo y evitando su completa destrucción.—¡ No lo rompas ! ¡ Dámelo, ¡ oh ! dámelo ! ¡ Recuerda la carta de Juana ! ¡ En ese papel está mi salvación ! ¡ Déjame ir en tu lugar ! ¡ Si vivo te lo pagaré con usura ! ¡ Sálvame, Jorge, por Dios !

Jorge murmuró :

—Tómalo ! ¡ Para nada me sirve, y que él te proporcione la felicidad que yo he perdido !

Saúl se arrodilló y besó la mano de su amigo que desapareció rápidamente. La luz del firmamento que Jorge no pudo ver, alumbró el rostro de aquel hombre arrodillado.

SEGUNDA PARTE.



SEGUNDA PARTE.

CAPÍTULO XIV.

SOBRE UNO DE LOS PICOS CERCANOS, VIERON UN HOMBRE EN PIE Y RODEADO POR LOS BRILLANTES COLORES DE LA PUESTA DEL SOL.



OS encontramos en el país de las mil colinas de alturas escalonadas. Las blancas crestas de las montañas forman cortadas líneas en el claro y frío espacio, y los pocos árboles desparramados de trecho en trecho, parecen centinelas en observación. En una de las alturas, algunos de aquellos formados en línea, se asemejan á soldados que han hecho alto para descansar, y los grupos de matorrales que yacen en los valles y en las laderas de las colinas parecen fatigados regimientos entregados al sueño.

En la querida vieja Inglaterra las rosas florecen y brilla el sol, pero aquí es de noche, y las sombras de la nieve dominan las montañas y los barrancos. En las interminables hileras de alturas, picos helados resplandecen como ojos de diamante. En las inmediaciones del sitio en que nos hallamos, no abundan los bosques, pero á lo lejos, más allá del alcance de la vista, hay selvas de cuyas ramas penden fantásticamente guirnaldas de carámbanos de hielo, y en el fondo yacen los lindos helechos escarchados por la nieve.

Nos hallamos en el Nuevo Mundo.

Se podría decir que la creación allí databa de ayer. Ni las tiendas de campaña armadas en el fondo de las laderas de las sierras, eran bastante á disipar la ilusión. Aquellas se hallaban agrupadas en la falda de una hondonada, casi ocultas por una elevación del terreno. Mirando al interior de ellas se podía ver que el Viejo Mundo se introducía en el Nuevo. Hombres robustos, tendidos sobre camas de lona, descansan de su trabajo. Algunos de ellos proceden de la antigua Devon, el jardín de Inglaterra; otros, de las minas de Cornwall; y otros, de las populosas ciudades de la madre Patria. ¡Descansad, fatigados obreros! ¡Dormid un rato, hombres bravos y fornidos! ¡Tal vez sobre vuestros espíritus, mientras soñáis, y á veces sonreís, se cierne el ángel de una nueva infancia!

¿Pero qué grito es ese que llega á nuestros oídos? ¡Es la voz de un niño! Y se oye también el suave canto de la madre que lo duerme con una de las antiguas canciones de la niñez. ¡Palabras queridas! ¡Dulces memorias! ¡Suaves hilos de la vida! ¡Cuando estos se rompen, el mundo se oscurece, y su ternura y su belleza abandonan nuestras almas! El dulce canto de una madre es como el arroyuelo que se desliza por una colina al resplandor del sol. ¡Qué dulce es su sonido! ¿Pero qué es lo que ha traído á estos desiertos aquellos hombres, mujeres y niños? Oigamos lo que dice, no una leyenda, sino una verídica historia del Nuevo Mundo.

Dos hombres, aventureros de la vieja Europa, atraídos por las nuevas de los descubrimientos de minas de oro, penetraron en el país en busca de "El Dorado," donde creían poder labrarse una fortuna. Cruzaron montañas y llanuras, é investigaron aquí y allí, por semanas y meses sin obtener resultado, hasta que, casi desfallecidos, y exhaustos de todo recurso, se encontraron en las orillas de un rápido torrente

que ancho por unas partes, y estrecho por otras, ya encerrado entre precipicios de rocas, ya extendiéndose por el llano, presentaba extraños contrastes durante el año. En el invierno, las nieves de las montañas aumentando su caudal, le hacían lanzarse furiosamente contra las rocas, y entonces las aguas se precipitaban por los desfiladeros inundando las llanuras; mientras que en el verano la paz reinaba allí; el ardiente sol lo tranquilizaba y adormecía, y enroscándose en el centro de su lecho dejaba las orillas desnudas y secas. Pero los torrentes de nieve derretida que venían de las montañas, traían en su seno algo más que agua . . . ¡ traían oro ! El precioso metal se abrigaba en las rocas, y cuando las enfurecidas aguas lo arrancaban de su seno y lo arrastraban hacia el río, se depositaba en el fondo y en las orillas, enriqueciendo cada grieta y cada hendidura en su fondo de piedra. Cuando los dos aventureros acamparon allí, era en verano, y por consiguiente las orillas estaban secas. Se pusieron á buscar oro y lo encontraron. En pocas horas reunieron veinte onzas de él, y se miraron uno á otro con ojos espantados ante aquel resultado. Ni un alma se veía por allí en muchas millas alrededor; sólo los pájaros y los insectos conocían su secreto. Pero no podían trabajar sin comer. Como á veinte millas de distancia había un hato de pastores. Caminaron en aquella dirección toda la noche, evitando ser vistos, y aparentando suma pobreza, compraron allí solamente un poco de carne y harina, y al amanecer se marcharon en dirección opuesta. Esperaron á que cerrara otra vez la noche, y entonces, volviendo sobre sus pasos, y ocultándose como si fueran ladrones, caminaron hasta verse otra vez en las preciosas riberas. Por semanas y meses trabajaron secretamente, haciendo una vida miserable, y no atreviéndose á encender fuego por miedo de que el humo los delatase; ¡ hasta en el viento creían ver un enemigo !

Se pusieron flacos y macilentos, con los ojos hundidos y el pelo enmarañado, y cuando al cabo de muchos meses de sufrimientos, lograron reunir tanto oro puro como podían cargar, abandonaron aquel lugar caminando penosamente por montes y llanuras más de ciento sesenta millas, hasta que llegaron á una población de escasos habitantes, donde, pareciendo esqueletos vivientes, contaron su historia, y, por primera vez, enseñaron su tesoro. El delirio se apoderó de la población, y al día siguiente, la mitad de los habitantes estaban haciendo preparativos para emprender el camino en dirección á Tom Tiddler. Positivamente las orillas del río abrigaban una verdadera mina de oro, de la que algún tiempo después se hicieron nuevos descubrimientos. Un día llegó un hombre casi muerto de cansancio, procedente de las montañas nevadas, con grandes trozos de oro en sus bolsillos, pero los peligros que se corrían en aquellas regiones eran tan grandes, que era preciso pensarlo antes de aventurarse á ir allá, pues, después de todo, la vida es más preciosa que el oro. Algunos aventureros que se atrevieron á ir, nunca más regresaron para contar su historia. Se dijo que, más que por la inclemencia del tiempo, habían muerto de hambre, pues no carecían de tiendas de campaña, abrigos y armas. Entonces algunos, haciendo provisiones y cuanto pudieran necesitar, para muchos meses, y cargando hasta con sus mujeres los que la tenían, pues una mujer allí valía más de lo que pesaba en oro, emprendieron, en el verano siguiente, el camino en dirección de las montañas de Campbell donde acamparon. La población más cercana á aquellas montañas estaba á muchas millas de distancia, y se componía de unos doscientos habitantes albergados en unas cuarenta ó cincuenta chozas y tiendas de campaña. Un día se fijaron con extrañeza, en un hombre que se presentó con todas las apariencias de proceder del Viejo Mundo, alto,

robusto y de ojos azules. Nadie permanece por mucho tiempo desconocido en el Nuevo Mundo, y así, aquel viajero, pronto supo por un carnicero la historia de los aventureros que parecían dos esqueletos cuando regresaron de las orillas del río.

—¿Pero lograron extraer oro?—exclamó el recién llegado.

—Más del que podían cargar—contestó el carnicero.

El hombre miró á su alrededor con impaciencia. El mayor anhelo de su alma era el oro, aunque no con un deseo insaciable.

—¿Serán accesibles esas montañas ahora?

—Algunos han ido que no han regresado.

—¿Están hacia allí?—dijo el extranjero señalando hacia las colinas.

—Sí, señor,—respondió el carnicero.—Aquellas son las Sierras de Campbell, y allí se encuentra ahora una partida, según he oído decir. Es seguro que obtendrán oro, pero es empresa que requiere mucho valor.

—¡Valor!—exclamó el hombre, no con arrogancia, sino con dulzura. El que no se aventura no merece recompensa; y cuando esa recompensa es grande . . .!—¡Gracias, amigo, y quédese con Dios!

Y se encaminó en dirección de aquellas montañas, deteniéndose tan sólo para comprar un poco de harina. No podía comprar mucho, pues sus recursos eran muy escasos.

Con frecuencia hablaban los toscos mineros de cómo aquel hombre se presentó ante ellos la primera vez. Se hallaban trabajando en unas zanjas que eran ricas en oro. Algunos cavaban en el fondo, mientras otros con la grúa, extraían la preciosa tierra. Estaban trabajando desde el amanecer hasta la puesta del sol, y sus corazones rebosaban alegría, porque el porvenir se les presentaba con los brillantes

colores de la aurora. Aquel grupo de toscos mineros con sus pechos medio descubiertos y sus brazos desnudos, trabajando con tanto afán, presentaba un golpe de vista pintoresco. Las mujeres, en el interior de las tiendas, se hallaban ocupadas en encender el fuego para preparar la cena ; tres ó cuatro muchachos jugaban con una cabra, un perro y un gato, pues hasta un gato había allí, salió de una de las tiendas, mirando cautelosamente á su alrededor. Á ambos lados, y por muchas millas, se extendía la larga cordillera de montañas. Aquella era una vida admirable, en medio de un paisaje admirable también. El íntimo contacto con la grandiosa naturaleza, y su sublime influencia habían suavizado aquellos hombres toscos, é infundido en ellos ideas de respeto mútuo y de ternura. Las montañas estaban llenas de ecos, y cuando retumbaba el trueno, aquellos huecos titánicos transmitían la nueva y la repetían como la voz de Dios hablando con su eterna majestad. Al dejar el trabajo aquel día, los mineros vieron un hombre, de pie en uno de los picos cercanos, bañado por los rayos del sol poniente.

CAPÍTULO XV.

MÁS PRECIOSAS QUE EL ORO, Y MÁS PURAS QUE EL DIAMANTE, SON LAS BUENAS ACCIONES.



U primer pensamiento fué: “¿Estará solo?, ¿Habrá alguien detrás de él?”—Porque se sentían temerosos de alguna invasión. El hombre dirigió una mirada á los atareados mineros, y descendió lentamente de la colina hasta el valle en que aquellos se encontraban. Pálido, fatigado, con las ropas destrozadas y los pies adoloridos, se detuvo ante ellos y preguntó humildemente :

—¿ Son estas las montañas de Campbell ?

—Estas son, amigo—le contestó uno que acababa de vaciar un cubo de tierra recién sacado de la mina.

El reciénvenido echó una mirada á las partículas de oro que contenía aquella tierra, no de codicia, sino que más bien parecía una plegaria.

—¿ De dónde viene Vd. ?—le preguntó el minero.

El desconocido dijo el nombre de la población de donde venía.

—¿ Viene Vd. en busca de nosotros ?

—Oí que una partida se hallaba trabajando en estas montañas, y que había mucho oro en ellas, y por eso he venido.

—¿ Viene Vd. solo ?

—Sólo. No conozco á nadie. Hace muy poco tiempo que estoy en la colonia.

—¿Trae Vd. tienda de campaña?

—No he tenido dinero conque comprarla—dijo en un tono tan bajo que los mineros no pudieron oírlo.

—¿Y mantas?

—Tampoco, por la misma razón.

—¿Ni herramientas de ninguna clase?

El viajero movió tristemente la cabeza, é iba á retirarse, cuando el minero le dijo :

—Bueno, amigo, este lugar está abierto para todo el mundo, pero necesitamos permanecer tan tranquilos como sea posible.

—Yo no diré nada á nadie—contestó el viajero.

Volvió la espalda y se sentó en el suelo á corta distancia, y fuera del alcance de la conversación de los mineros. Éstos hablaban entre sí y lo miraban, pero no se acercaron á él. Las mujeres le dirigía miradas curiosas, y él por su parte dirigía las suyas con interés á donde aquellas se encontraban, y á los muchachos que estaban jugando. El sol se ocultó detrás de las montañas, y el crepúsculo borró de los picos los bellos colores que los matizaban. Antes de que cerrara la noche, los mineros dejaron el trabajo, y contra su costumbre se llevaron á las tiendas todas las herramientas, y hasta las cuerdas de las grúas. Había un extraño entre ellos.

—Parece decente—decían las mujeres.

—No hay que fiarse de las apariencias—contestaban los mineros, moviendo la cabeza con aire de duda.

De cuando en cuando salían de las tiendas para ver si el desconocido estaba allí todavía. No se había movido. No era por falta de caridad si no lo llamaban y le ofrecían comida y alojamiento. ¿No podía aquel desconocido perte-

necer á una partida de malhechores cuyo objeto fuese el pillage? Por de pronto, descargaron sus armas y las volvieron á cargar.

¡ Pero si hubieran conocido los sentimientos de aquel hombre! ¡ Si hubieran sabido que se encontraba sin recursos de ninguna clase, sin amigos, con los pies destrozados, y sin haber comido nada desde la noche anterior! ¡ Si hubieran sabido las penas que embargaban su alma, y la vaga esperanza que abrigaba y que era lo único que lo sostenía! . . . entonces es seguro que no hubieran titubeado un momento en ejercitar con él el acto de la Samaritana! Las sombras de la noche se extendieron por el valle, ocultando aquel hombre y su miseria, de la mirada de aquellos moradores. ¿ Qué pensaba en aquel momento?

—Desconfían de mí, y es natural—se decía. Si yo puedo conservar mis fuerzas y encontrar algún oro mañana, tal vez me vendan algún alimento! Si no, entre ellos hay mujeres, y es posible que consiga conmover su corazón.

Miró á su alrededor y al firmamento, y pensó:

—Por mi parte me consideraría feliz muriendo aquí, ahora mismo, pero ella . . . ella! Dadme fuerzas, Dios mío, sostenedme!

Se arrodilló y ocultó la cabeza entre las manos; y cuando, un rato después, salió la luna, lo bañó con su suave luz. Una mujer parada á la puerta de una tienda, fué la primera que lo vió en aquella actitud. Corrió á donde estaba su marido, que tenía una pequeña niña en sus rodillas y le dijo:

—¡ David, el hombre está rezando! No debemos temer nada de él, y el pobre no tiene albergue. ¡ Tal vez tenga hambre!

—¡ Pobrecito!—exclamó la niña.

El padre la bajó de sus rodillas, y salió sin decir una

palabra. Se acercó al forastero y poniéndole una mano sobre el hombro, y mirándolo fijamente á la cara :

—¿ Qué está Vd. haciendo?—le preguntó.

—Rezando.

—¿ Para qué ?

—Para pedir á Dios fuerza y conformidad. Ambas cosas necesito. No me mire Vd., pues ya casi me falta el ánimo.

David apartó la cara, y permaneció en silencio por más de cinco minutos, al cabo de los cuales volvió á ponerle la mano sobre el hombro, y le dijo :

—Venga Vd. conmigo. Yo puedo darle alojamiento esta noche. Mi esposa me manda á buscar á Vd.

—¡ Dios la bendiga !

—Venga Vd.

El hombre se levantó, y se encaminaron juntos hacia la tienda, donde la mujer y la niña los esperaban. El forastero se quitó la gorra y las miró, besando á la niña que poniéndole una mano en la cara le dijo con lástima :

—¿ Tiene Vd. hambre ?

—Sí, hija mía.

David y su mujer volvieron la espalda para no presenciar aquella escena, y fingieron ocuparse en algo, mientras el forastero murmuró interiormente, conmovido.

—¡ Bendito sea Dios ! ¡ Aun hay mucho bien en el mundo !

Más preciosas que el oro, y más puras que el diamante, son las buenas acciones.

—Vamos, David—dijo su esposa alegremente—la cena está lista.

Apesar de haber cenado una hora antes, ambos se sentaron á la mesa con el forastero, y comieron y bebieron con él. Cuando la cena hubo terminado, dijo David :

—No hablaremos mucho esta noche, pues Vd. debe estar cansado. ¿Supongo que la noche anterior la pasaría Vd. al raso?

—Sí, señor.

—¿Y sin manta, por supuesto?

—Sí, señor.

—Un buen descanso esta noche le hará mucho bien.

La esposa trajo unas mantas y se las dió al forastero. Ella, su marido y la niña durmieron en la parte posterior de la pequeña tienda, separada con una división hecha con una cortina de bayeta verde. Antes de retirarse, dijo David al forastero :

—Será bueno que Vd. por la mañana dé su vuelta para reconocer estos terrenos ; yo le prestaré un pico y una pala. Mi nombre es David.

—El mío es Saúl Fielding.

Con su paciencia y su bondad, muy pronto se captó las simpatías de todos los residentes de la pequeña colonia. Los muchachos lo querían, á lo que, como era natural, siguió el afecto de las madres ; y al cabo de un mes, todos los hombres eran sus amigos. El cariño no es difícil de conseguir. Que pruebe el que lo dude ; y que pruebe con la bondad, la dulzura y la amabilidad.

Han transcurrido tres meses desde que Saúl Fielding se presentó en la pequeña colonia de las montañas de Campbell. Aquella se componía de cincuenta almas. Cuatro mujeres, casadas, siete niños, y treinta y nueve hombres. De otra clase de seres vivientes había como una docena de perros, que allí eran necesarios, tres cabras, inteligentes como todas las de su clase, un considerable número de aves, (algunas de ellas todavía casi en el cascarón), y un gato.

La sombra de Whittington, el famoso corregidor de Londres, se regocijaría si supiese que aquel gato había costado más de una onza de oro nativo.

Estamos en Junio y en invierno, y la estación de las nieves está en su apogeo. Los mineros se hallan aprisionados entre ella ; y en las cumbres de las montañas de alrededor, tiene la altura de un hombre. Pero aquella gente no tiene miedo. Se han parapetado convenientemente para hacer frente al enemigo, y hasta ahora han escapado ilesos. Tienen leña y provisiones para más de seis meses, y no les arredra la idea de estar incomunicados con el resto del mundo. Su valor es el de los antiguos Espartanos. Han logrado en su empresa un éxito superior á todas sus esperanzas, pues casi todos tienen más de cien onzas de oro macizo recogidas. Algunos tienen más, y muy pocos, menos. Saúl tenía ya ochenta onzas, que guardaba cerca de su corazón, cosidas á su camisa de sarga azul. La esposa de David lo reprendía una vez por llevar aquel peso encima.

—Son casi cinco libras de peso, que deben molestar á Vd. mucho, Fielding.

—¡ Molestarme, señora ! Me pesa como una pluma. Al contrario, me reanima. ¡ Este dinero no es mío ; pertenece á la mujer que más quiero en el mundo ! ¡ Este pequeño saquito contiene mi salvación !

David y Saúl eran camaradas y socios, y éste vivía con la familia de aquél.

Con frecuencia decía Saúl á la esposa de David cosas que la hacían derramar lágrimas.

—Cuando regrese á mi país y me una á aquella querida mujer, rezaremos todos los días para que Dios bendiga á Vds.

—Nosotros también iremos y la veremos.

—¡ Dios lo quiera !—y murmuraba entre dientes:—“ Ven pronto, tiempo feliz !”

Durante aquella época su corazón se hizo aun más sensible, y no cesaba de bendecir á Dios.

Consiguió suavizar aquellos hombres rudos, que por las noches se sentaban á su alrededor mientras les leía ó les hablaba. Desde que llegó allí, no se pasó un Domingo sin que rezasen ; y así pasaron el estío y el otoño, siempre trabajando y sacando oro, y alabando á Dios. Habían construído fuertes chozas para resguardar á las mujeres y á los niños contra los rigores del invierno, y vivían felices. Empezó la estación de las nieves que al principio caía en menudos copos, alfombrando el suelo alrededor de las chozas, como mensajeros del cielo azul. Se alegraban á su vista, porque traía á sus corazones recuerdos de la patria querida y de los días de la infancia.

—Tras la nieve, la primavera—decían ; y soñaban con las flores de su querido país. Los muchachos jugaban con ella, arrojándose bolas, y hasta los hombres participaban de la diversión. Las cabras brincaban alegremente por las colinas. Las mujeres contemplaban á sus hijos con deleite ; y el pequeño valle rebosaba alegría y algazara que los ecos repetían. Por la noche se reunían alrededor del fuego y hacían proyectos para el porvenir. Hablaban del oro, no con codicia, sino con agradecimiento, y bendecían la tierra que voluntariamente les ofrecía sus tesoros. En sus sueños veían la querida Inglaterra y los seres queridos que allí habían dejado, y que pronto, Dios mediante, volverían á ver. Y mientras así soñaban, con sus corazones alegres, en medio de aquella paz producida por la tranquilidad del espíritu, la nieve caía sin cesar. Día tras día, y semana tras semana, no cesaba de nevar.

Una noche Saúl se despertó sobresaltado sin saber explicarse la causa. ¿ Sería una pesadilla ? Le parecía que la voz de un espíritu le hablaba. Se incorporó y escuchó, pero

no oyó nada. Todo á su alrededor estaba envuelto en la tranquilidad y el silencio. Se vistió con cuidado para no despertar á los que dormían y salió de la tienda. La nieve caía espesa y brillaba en las cimas de las montañas que parecían unirse á lo lejos con el firmamento. Tomó un bastón y caminando con cuidado se dirigió á la colina próxima, enterrándose en la nieve, primero hasta los tobillos, luego hasta las rodillas, y por último hasta la cintura, y eso que aun no había caminado más de unas quinientas yardas. El terror se apoderó de él cuando se hizo cargo de su situación. Estaba en una prisión de nieve. La naturaleza había formado una barrera entre él y Juana. ¿Estaría destinado á no verse nunca libre de aquella prisión? ¡Si la nieve continuase cayendo por semanas y meses!

—¡Juana!—gritaba; y sólo el eco le contestaba tristemente, aumentando su terror. Entonces le volvió la razón. Todo lo que tenían que hacer era apartar la nieve de las tiendas y vivir en continua vigilancia. Se fortaleció algún tanto con esta idea y despacio y trabajosamente volvió sobre sus pasos hacia su tienda, donde entró y se abrigó con las mantas. Cuando se acostó le pareció oír un gemido. ¡El más pequeño ruido lo asustaba! Era el viento; pero el gemido aumentaba, convirtiéndose en un grito, al cruzar sobre la tienda como un espíritu enfurecido, y arrastrando montones de nieve. Saúl, sin embargo, no se daba cuenta del nuevo peligro que le amenazaba.

—¡Dios te proteja, querida mujer!—murmuró al quedarse ligeramente dormido—y me lleve pronto á tu lado!

El viento rugió toda la noche, silbando al cruzar las tiendas, sin embargo de lo cual, los mineros, rendidos por los esfuerzos que habían hecho, no se despertaron; pero sí las mujeres que temblaban en sus lechos.

—¡ David !—dijo la esposa de éste, despertándose ; pero David no la oyó.

—¿ Qué ocurre, madre ?—murmuró la niña.

—Nada, hija mía, nada. Es el viento. Cállate, para no despertar á tu padre, y duérmete.

Á la mañana siguiente, el sol tardó en salir, y el cielo apareció cubierto por un velo rojo que hizo creer á algunos que aun no había amanecido. Los mineros vieron con espanto que la nieve alrededor de las tiendas medía más de tres pies de altura.

—Podemos dominar la nieve—se decían unos á otros—pero los torbellinos acabarán por rendirnos.

Mientras hablaban así, el viento que se había calmado, volvió á rugir de nuevo, y antes de una hora de estar trabajando en apartar la nieve, la tempestad se desencadenó con tal fuerza que los cegaba, y los obligó á buscar refugio en las tiendas, porque no podían sostenerse en pie.

—Confiemos en que esto no durará mucho—se decían ; y aprovechaban el más pequeño intervalo de calma para volver á combatir al enemigo, no como hombres, sino como héroes.

—¿ Qué es lo que le hace á Vd. estar tan pensativo, Saúl ? —le preguntó David que aun no había empezado á perder el ánimo.

Saúl miró en silencio á la mujer y á la hija de David, que se hallaban á un extremo de la tienda.

—¿ Yo supongo, Saúl, que no estará Vd. asustado ?—dijo David.

—No por mí—contestó Saúl.

—Pero dígame. ¿ Quiere Vd. mucho á su mujer y á su hija ?—Una mirada de Saúl fué suficiente contestación.

—¡ Pues yo también quiero á una mujer, David ! Si la tuviera á mi lado, como tiene Vd. la suya y su hija, lo so-

portaría todo. ¡ David, creo que nos amenaza un gran peligro, y que nunca más volveremos á salir de aquí !

Los labios de David temblaban, pero trató de alejar el temor, y dijo :

—No hay que desmayarse, Saúl, y tratemos de disimular el peligro á los ojos de mi mujer y de mi hija. ¡ Tenemos ante nosotros un trabajo de hombres, y debemos portarnos como hombres !

—Cuenta Vd. conmigo, David—dijo Saúl.—Mi brazo obedecerá á mi corazón.—Nada más dijo.

El huracán continuó todo el día con tal violencia, que aquellos hombres no pudieron trabajar. Según fué avanzando el día, el velo rojo que cubría el cielo se fué disipando, y al llegar la noche salió la luna, clara y cruel, brillante y despiadada.

Rendido por la fatiga y la ansiedad, Saúl se acostó y procuró dormir.

—¡ Es preciso amanecer mañana con fuerzas !—pensó.

La violencia del viento había aminorado algo, y se oía en las colinas como el quejido de un niño. Saúl se sonrió con satisfacción, considerándolo como de buen agüero. Estrechó el saquito de oro contra su pecho y juró no arriesgarse á pasar otra estación semejante en aquel peligro.

—Aunque no logre conseguir una onza más, me daré por satisfecho. Lo que ya tengo es bastante para la casa y para Juana.—¡ Juana !—¡ mi querida Juana !—Su nombre se le aparecía como una plegaria, y con él en los labios y en el corazón, se quedó dormido y soñó con ella. Soñó que él y los demás compañeros habían escapado de aquella prisión de nieve y que se encontraban en camino para la patria. Ondas azules abajo, y brillantes nubes arriba, una fresca brisa les empujaba, y el barco se balanceaba como un dios de las aguas. Miró á través del inmeso espacio y vió á

Juana en la lejana orilla, mirándole, con el gozo en el semblante.

—¡ Allá voy, Juana !—gritaba él, mientras ella sonreía y le tendía los brazos.

Se aproximaba al puerto de sus esperanzas, y aunque les separaban todavía muchas millas de agua, él le podía hablar y oír su voz.

—¡ Mira !—gritaba, y le enseñaba el saco de oro. Al levantar los ojos agradecidos al cielo, la mujer y la hija de David se aparecieron de repente á su lado.

—¡ Estos son los amigos que me han salvado Juana ! David está abajo durmiendo, y esta es su mujer que sabe tu historia y la mía. ¡ Quiere ser tu hermana, y es muy buena ! ¡ La vergüenza del pasado ha desaparecido !

Al pronunciar estas palabras una terrible ráfaga de viento sopló repentinamente, y las nubes se amontonaron en el espacio ocultando á Juana de su vista. Todo cambió en un momento. El buque parecía que iba á romperse en mil pedazos, las aguas se encrespaban, y los gritos de los marineros apenas se oían en medio del fragor de la tempestad.

—¡ Gran Dios !—oyó decir á la mujer de David ; y en aquel momento se despertó sobresaltado, y poniéndose precipitadamente de pie, vió á la esposa de David parada, con sus ropas de dormir, al lado de la cortina que dividía la tienda.

—¡ Gran Dios !—volvió á gritar.—¡ Estamos perdidos !

La tempestad que Saúl había visto en su sueño era una realidad, y el viento rugía con más fuerza que nunca en las colinas.

En menos de un minuto se vistió, y entonces David corrió la cortina y le dijo :

—¡ Saúl, esto es terrible !—y bajando la voz añadió,—si continúa un poco más, esta será nuestra sepultura.

Saúl se dirigió á la puerta de la tienda y trató de abrirla, pero no pudo. El viento había arrastrado de las cumbres miles de toneladas de nieve que se habían amontonado alrededor de la tienda hasta la altura de un hombre. Sólo la débil lona de la tienda les preservaba de ser enterrados vivos. Saúl comprendió al momento la gravedad del peligro.

—¡ Al árbol!—gritó como guiado por una inspiración repentina.—¡ Al árbol!

Precisamente en la parte exterior de la tienda, entre ésta y la inmediata, se ostentaba un corpulento pino, el único entre las tiendas. Muchas veces habían pensado en derribarlo para hacer leña, y siempre David se había opuesto á ello, diciendo :

—Esperemos á necesitarlo más. Cuando la leña escasée, y no podamos obtenerla con la facilidad que ahora, echaremos mano de él.

Así aquel pino se había salvado del hacha, y permanecía como un gigante, desafiando la tempestad. Saúl hizo un montón con las sillas y mesas que componían el mobiliario de la tienda, y trepando al extremo de él, hizo un agujero en el techo. Fuera estaba claro, y la nieve caía espesamente. Saúl vió el noble árbol manteniéndose firme en medio de la tormenta ; con un desesperado esfuerzo agarró una de las ramas y se encaramó sobre ella. Desde allí pudo ver la terrible escena de la nieve amontonada contra las débiles tiendas, casi enterrándolas, y su corazón latió con violencia. Pero no había tiempo que perder. Se aseguró bien sobre el árbol y gritó :

—¡ David ! Este es nuestro único recurso—y hablaba despacio y con claridad para que los que estaban dentro de la tienda le oyeran.—Aquí podemos estar seguros mientras la tempestad se calma y la nieve se aminora. Oígame bien, y haga exactamente lo que le digo. Reuna algunas provi-

siones y agua, y el poco *brandy* que queda. Haga con todo ello un bulto, amárrelo con una cuerda y alcáncemelo, pero pronto.

Antes de que acabara de hablar, la esposa de David estaba obedeciendo sus instrucciones.

—Dígame Vd., Saúl,—gritó David,—¿qué vé Vd. de nuestros compañeros ?

—No me pregunte Vd. eso ahora,—contestó Saúl.—Demos gracias á Dios por haber conservado este árbol.

David brincó sobre la mesa á los pocos minutos, con el bulto de las provisiones en sus manos. Estaba alargándose á Saúl, cuando la pila de muebles sobre que estaba encaramado, se desmoronó, y David vino al suelo con todo su cuerpo.

En aquel instante, un movimiento en la otra tienda inmediata al árbol, llamó la atención de Saúl. Uno de los hombres que la habitaban había pensado también en el árbol, y había adoptado el procedimiento de Saúl, de abrir un agujero en el techo, por donde asomaba la cabeza. Vió á Saúl, pero estaba muy lejos para poder alcanzar el árbol.

—¡Ayúdeme Vd. compañero!—gritó.—¡Ayúdeme Vd., por Dios!

—Espere Vd. un poco—contestó Saúl, afectado profundamente por la suerte de David, porque había oído el lamento del generoso minero, y los sollozos de su esposa.—Sujétese Vd. y espere un poco, no corre Vd. peligro por un rato, y tengo que atender antes á los de mi tienda.—Luego gritó:

—¡David! ¡David! ¿Se ha lastimado Vd.?

La esposa de aquel le contestó llorando.

—¡No se puede mover, Saúl! ¡Se ha roto una pierna, y se queja de fuertes dolores en la espalda!

—¡ Qué hacer, Dios mío ! ¡ Qué hacer !—Pero al mismo tiempo que hacía esta pregunta atendía al herido con tierna solicitud, sin pensar en sí misma.

—¡ Dios nos ampare !—gritó Saúl, extendiendo sus brazos á la tempestad—¡ Dios nos ampare !

La nieve continuaba cayendo sin interrupción.

De pronto gritó Saúl :

—¡ La niña, señora, la niña !

—Déjame,—dijo David—me siento ahora un poco mejor. Reune otra vez las sillas y asegúralas con firmeza. Despacio. Yo puedo esperar. No me duele nada ahora. Alcanza la niña á Saúl, y después las provisiones.

Ella obedeció, apilando las sillas unas sobre otras. Después acercó la niña á David que la tomó en sus brazos, besándola repetidas veces.

—¡ Hija mía !—suspiró.—¡ Besa á tu padre !

Y aquel hombre tosco, la oprimía contra su corazón y le besaba las manos, los labios y la garganta.

—Tómala—dijo entregándosela á su esposa. Ésta permaneció en silencio por unos momentos, con la niña en sus brazos, y murmurando una plegaria sobre ella, la bendijo, y ocultando su inmensa pena, como una heroica mujer, trepó á la altura, y alargó sus brazos á Saúl con la niña en ellos. Sólo sus brazos desnudos podían verse en la parte exterior del techo de la tienda.

—Ven, chiquita—dijo Saúl ; é inclinándose con riesgo de su vida, tomó la niña de los brazos de la madre, y oyó los sollozos que salían del afligido corazón de ésta.

—¿ Está en salvo, Saúl ?

—Sí, señora, en salvo.

De los techos de otras tiendas salían cabezas que miraban á su alrededor con desesperación, sin encontrar amparo. Estaban en su sepultura.

La esposa de David alcanzó á Saúl las provisiones, y volvió á atender á su marido.

—¡ Esposa mía !—dijo aquél—déjame, y mira si puedes salvarte con Saúl. No lo creo fácil, pero tal vez puedas alcanzar el árbol.

Ella le miró con ternura.

—Mi sitio está aquí, David,—contestó—y aquí permaneceré. Nuestra hija está en salvo, y al cuidado de un hombre de bien . . .

David trató de persuadirla, pero ella movía tristemente la cabeza, y sólo decía.

—Yo sé cual es mi deber.

El pobre hombre no pudo decir más, porque se desmayó por lo intenso de los dolores. Su esposa se arrodilló á su lado y le tomó la cabeza que colocó en sus rodillas.

Mientras tanto, el hombre de la tienda inmediata, que había implorado el auxilio de Saúl, no había permanecido ocioso. Buscó una tabla que subió al techo de la tienda, con el objeto de apoyarla contra una rama del árbol, y cuando con fuerzas sobrenaturales la estaba empujando hacia adelante, Saúl oyó un ruido debajo de sí, y mirando hacia el punto de donde provenía vió que las paredes de la tienda donde David y su esposa se hallaban se habían desplomado, y que la nieve las envolvía. Horrorizado, volvió la cabeza. Estaba incapacitado de prestarles ayuda. Las lágrimas corrían por sus mejillas, y estaba sobrecogido de terror. Le pareció oír la voz de la esposa de David que gritaba :

—¡ Adiós, hija mía, Dios te ampare !—Con voz conmovida, dijo solemnemente á la niña :

—Dí, hija mía, “ Dios os bendiga, padres míos ! ”

La niña repitió aquellas palabras, y se estrechó más contra Saúl, diciendo :

—¡ Tengo mucho frío ! ¿ Donde están mi padre y mi madre ? ¿ Porqué no vienen ?

Saúl, temblando, miró para abajo, y nada pudo ver de David ni de su esposa. La tienda había desaparecido por completo bajo la nieve que continuaba cayendo y amontonándose :

El minero de la tienda inmediata había conseguido fijar la tabla. No había un momento que perder. Su tienda se estaba abriendo. Arrastrándose á lo largo de la tabla con la fuerza nerviosa de la desesperación, y agarrándose á ella como un gato, logró alcanzar el árbol y verse en salvo, al menos por algún tiempo. Tan pronto como dejó la tabla, esta resbaló por la nieve que seguía cayendo, y subiendo más y más. Los mineros se hacían señales de una tienda á otra, y pedían á Dios les amparase, porque presentían que á menos que el torbellino cesase instantáneamente, no había esperanza para ellos. Pero seguía nevando, y la nieve fué penetrando por los agujeros de los techos de lona, y de los costados, invadiendo el interior, pulgada por pulgada, y envolviendo el amarillo oro y los cuerpos humanos en blancos sudarios, y ocultando la luz del día á aquellos desgraciados aventureros.

Sólo tres seres sobrevivían. Saúl y la pequeña hija de David, en las ramas superiores del árbol, y el minero de la tienda inmediata, en una rama más abajo.

Este hombre era conocido con el nombre de Eduardo Beaver. Reservado en extremo, no inspiraba confianza á primera vista. Su rostro se hallaba cubierto por una barba que con rapidez se estaba volviendo gris. Entre él y Saúl había mediado muy poco trato. Saúl no había sentido atractivo por los modales de aquel hombre, aunque á veces, cuando le miraba, sentía como la impresión de que conocía aquella cara. Saúl le habló una vez, y le preguntó de don-

de había venido, pero Beaver le contestó con aspereza, y Saúl no le volvió á hablar. En aquella hora suprema, sin embargo, la lengua de Beaver se soltó.

—¡Esto es terrible!—dijo mirando para arriba, donde estaba Saúl.

Saúl miró aquel palido rostro que estaba vuelto hacia él, y otra vez sintió la misma extraña impresión de serle familiar. En la expresión de Beaver se retrataba un miedo espantoso. Estaba débil además, porque se hallaba convaleciente de unas fiebres, y necesitaba de todas sus fuerzas para sostenerse en el árbol.

—¿Crée Vd. que moriremos aquí?—preguntó.

—No veo esperanza ninguna—contestó Saúl, oprimiendo contra su pecho la pequeña niña que se había quedado dormida. El espíritu de Saúl estaba demasiado perturbado para conversar, y así, se pasó casi toda la mañana en silencio. Saúl alargó á Beaver algún alimento y bebida.

—Tengo muy poco brandy—dijo—pero lo dividiremos.—Y como Beaver le pidiese más, le contestó :

—No, amigo, no, todavía tengo que economizarlo, porque como Vd. ve, tengo en mis brazos otro ser de quien cuidar.

El día avanzaba y la tormenta seguía. No se veía el más pequeño vestigio de las tiendas, ni de los que se hallaban sepultados en ellas. ¡La nieve cruel había convertido aquel valle de oro en un triste cementerio !

Llegó la noche y con ella la oscuridad, y Saúl tembló de pronto porque sintió que algo se arrastraba hacia él. Oyó la voz de Beaver que se deslizaba por el árbol como una tétrica sombra.

—Saúl Fielding—dijo, ha llegado mi hora. ¡Las ramas están cediendo, y yo estoy demasiado débil para sostenerme !

—¡ Dios le ampare !—dijo Saúl con lástima.

La niña murmuró en sueños :

—¿ Qué es eso, madre ?

Saúl la acalló cantándole una tierna canción de la infancia, y la niña se sonrió en la oscuridad, apretando con sus brazos el cuello de Saúl. Era bueno para ambos el estar juntos, pues se comunicaban calor mutuamente, y esto les consolaba algo.

Cuando terminó Saúl su canción, oyó á Beaver sollozar.

—Yo también solía cantar esa canción—dijo con débil tono—á mi pequeña hijita.

—¿ Dónde está ahora ?—preguntó Saúl, pensando en los seres que le eran queridos.

—¡ Belita ! ¡ Belita !—dijo Beaver, debilmente—¿ dónde estás ? ¡ Oh, Dios mío, si yo pudiera volver á vivir !

Saúl pensó en la Belita de Jorge, y preguntó :

—¿ De dónde ha venido Vd. ? ¿ De qué punto es Vd. ?

Pasó un rato antes de que aquel contestara, y sus palabras salían débiles como si se le estuvieran extinguiendo las fuerzas.

—De Londres . . . de Westminster.

—¡ De Westminster !—repitió Saúl, y las facciones de Beaver se pintaron en su imaginación.

—Debo decírselo á Vd. todo—añadió el moribundo.—Debo decírselo todo, antes de morir. Vd. se salvará y llevará noticias á mi familia.

—Así lo haré, si me es posible—dijo Saúl en un tono que no revelaba esperanza.

—¡ He sido un mal hijo y un mal padre ! Mi nombre no es Beaver, sino Esparrow, y mi padre si vive, está en Westminster.

—¡ El viejo Benito Esparrow !—exclamó Saúl con sorpresa.—¡ Le conozco ! Le ví pocas semanas antes de Pas-

cuas. Vd. es el padre de Isabelita Esparrow. ¡Yo bien decía que su fisonomía me era familiar!

—¡Mal hijo y mal padre!—murmuró el hombre.—¡Oh, Dios mío! ¡El árbol se hunde! ¡La rama se desgaja! ¡Dígame Vd., pronto, por piedad!—¿Mi hija vive?—Dígame Vd. algo de ella . . .

—Estaba muy buena la última vez que la ví—respondió Saúl con un suspiro, pensando en Jorge y en sus perdidas esperanzas.

—¡Está hecha una hermosa mujer!

—¡Gracias, Dios mío!—Si la vuelve Vd. á ver, háblele de mí . . . ¡pida Vd. á mi padre que me perdone! ¡Llévele Vd. el cariño de un hombre moribundo! Tengo sobre mí algún oro que es para ellos. Dícales que intenté volver y pedir perdón, pero que me ha sido negada esta dicha. ¡Dios me ha castigado! ¡No puedo más!

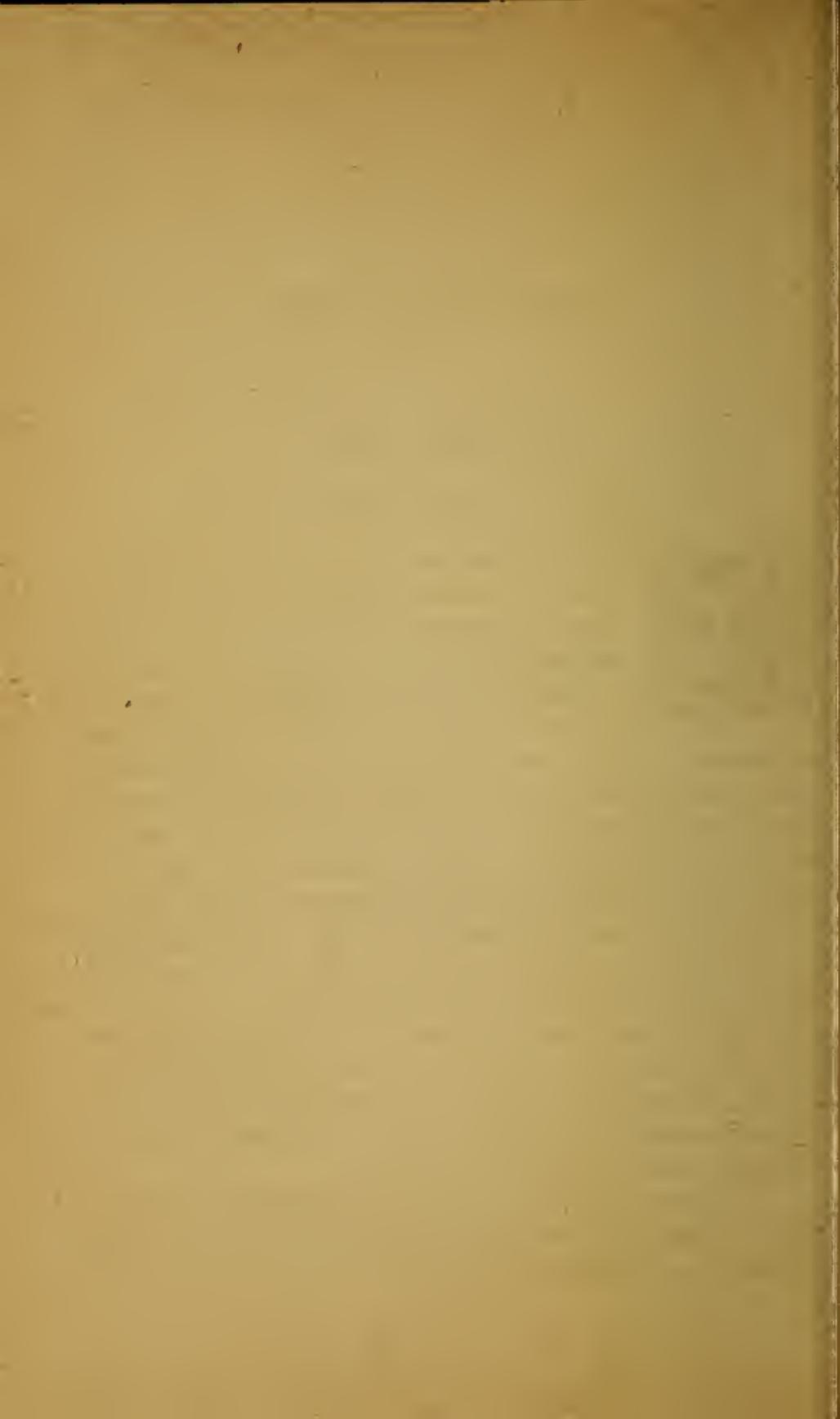
Siguió un grito de agonía, que el viento se llevó hacia las montañas. Después todo quedó en silencio, y el extraviado hijo y padre no volvió á hablar más.

Saúl rezó una oración por él, y esperó tristemente que le llegara su turno.

Según iba avanzando la noche, el viento iba calmando, y parecía como que suspiraba y gemía, arrepentido de la desolación que había causado. ¡Qué noche tan larga! Al fin apareció la luz del día, y pudo ver Saúl que él y la pequeña hija de David eran los únicos que sobrevivían. Aumentó la claridad, y Saúl extendiendo su vista por el blanco espacio, comprendió que no había esperanza para él, y empezó á desvariar. Incidentes de su infancia, olvidados por mucho tiempo, vinieron á su memoria; vió á su padre y á su madre, muertos largo tiempo hacía; vió á un hermano que había muerto cuando él era aun muy niño; vió á Juana tal cual era cuando por primera vez la encontró, y tal cual

estaba la noche en que le dijo los deberes que tenía que cumplir ; vió á Jorge, y las luces del puente de Westminster ! Todas estas visiones salieron para él de la nieve. Campos y flores se presentaban ante su vista, en los que se paseaba cogido de la mano de Juana, como acostumbraba hacerlo en pasados felices días. Y no le extrañaba que todas aquellas cosas no tuvieran color ; no le extrañaba que todos aquellos seres queridos, y aquellos campos, y aquellas flores, perfectos en la forma y el tamaño, fueran completamente incoloros, ó blancos y puros como la nieve que le circundaba en todas direcciones. ; Todas eran memorias queridas, emblemas de pureza ! ; Y en aquellas terribles circunstancias envejeció, pareciéndole cada hora un año ; y en medio de su terror, oprimía contra su pecho la tierna niña y encomendaba sus almas á Dios ! Pasó aquel día y la noche, y volvió á salir el sol con todo su esplendor. Bajo sus rayos, las blancas montañas parecía que se ruborizaban, como doncellas sorprendidas. Con ojos espantados y el alma desfallecida, Saúl miró á su alrededor, y de repente un rayo de gozo se extendió por su rostro. En una montaña lejana estaba Juana que le gritaba : “ Ven,” y caminando por las cumbres nevadas se le aproximaba, y él esperaba, y esperaba, hasta que la tuvo á su lado y cayó en sus brazos, quedándose dormido.

TERCERA PARTE.



TERCERA PARTE.

CAPÍTULO XVI.

HE VENIDO PARA DEVOLVERTE UNA COSA.



EN la tarde del día en que *La Reina del Sur*, (á cuyo bordo se suponía iba Jorge Naldret) dejaba el río Mersey, con dirección á los mares meridionales, el joven señor Million, con un ramo de escogidas flores en la mano, hacía su aparición en la tienda del viejo Benito Esparrow. Éste, que se hallaba sentado detrás del mostrador, dió un salto cuando vió entrar á aquél, se frotó las manos sonriendo y tomó la actitud de quien se ve honrado con la presencia de un superior. El joven señor Million lo saludó con amabilidad y con los modales más correctos.

—¡ Es un cumplido caballero !—pensó el viejo Esparrow.

—Cruzaba por aquí—dijo el joven Million—y entré para tener el gusto de saludar á Vd. y á su nieta.

—Es Vd. muy amable, señor . . .—replicó Esparrow.

—Un poco disgustado, como es natural, con la marcha de Jorge y todo anda revuelto, pero esto durará pocos días. Isabelita está allí—añadió señalando á la sala—está muy afligida y triste, ¡ la pobre !

—Es preciso que no la dejemos entristecerse, señor Esparrow—dijo el joven Million, estableciendo una especie de sociedad con el viejo tendero.

—No, señor,—asintió Esparrow—es preciso que no la dejemos. Eso no es conveniente para los jóvenes, ni para los viejos tampoco. Pero es natural que lo sienta un poco. Ya Vd. vé—añadió en tono confidencial.—Jorge es el único novio que ha tenido. Ella no es como otras muchachas que andan cambiando á cada momento, sin saber lo que hacen.

—Necesitamos animarla, señor Esparrow. Sería bueno que la lleváramos á dar algún paseo en coche por el campo en los días agradables. El aire fresco le hará mucho bien.

—Indudablemente, señor ; pero yo no puedo dejar la tienda. Los negocios no pueden ir peor, y yo no puedo desperdiciar la más pequeña ocasión de ganar algo . . . aunque según van las cosas, bien poco provecho se saca en el día. Hay efectos que es preciso darlos por lo que cuestan, el azúcar, por ejemplo. Yo creo que no gano un centavo en cada libra que vendo.

El joven señor Million le expresó sus simpatías, y le dijo que era preciso ver de hacer algo, á cuyo efecto hablaría á su padre, “que es un amigo del obrero, como Vd. sabe,” añadió.

—No sé cómo agradecer á Vd., señor . . .—dijo Esparrow.—Y, á propósito, aun no he dado á Vd. las gracias por la bondad que . . .

—Yo no necesito gracias—le interrumpió vivamente el joven señor Million.—Detesto eso ; y siempre tendré sumo placer en hacer á Vd. cualquier pequeño servicio, si está en mi mano. Voy á saludar á Isabelita, si Vd. me lo permite . . .

—¡ Permitirle, señor !—exclamó Esparrow.—Vd. siempre es bien venido en esta casa.

—Traigo para ella este pequeño ramo de flores. Las flores escasean hoy, y su vista reanima. Aunque, señor

Esparrow, su nieta es una flor más brillante que cuantas hay en este ramo . . .

—Así es, señor, así es—dijo Esparrow con deleite, añadiendo interiormente,—¡ Es un cumplido caballero! Sus bondades para con Jorge y para conmigo son verdaderamente asombrosas.

El joven Million pasó á la sala donde encontró á Isabelita muy pálida y afligida. Estaba aun más afligida por el modo cómo se había despedido Jorge la noche anterior; y completamente desgraciada por el envenenado puñal que habían clavado en su corazón.

—Pasaba por *Covent Garden*—dijo Million galantemente—pensando en lo bonita que estaría Isabelita aun en medio de su tristeza, y viendo estas flores, creí que no tendría inconveniente en hacerme el favor de aceptarlas.

Isabel le dió las gracias, y tomó las flores negligentemente. Carlota, que estaba jugando á las tiendas en un rincón de la sala, pesando arena en una balanza de papel, y despachándola á sus imaginarios parroquianos como la mejor azúcar, se acercó para ver y oler las flores. El joven Million agarró á Carlota como un pretexto para sentarse, y colocándola en sus rodillas, la permitió jugar con la cadena del reloj, y hasta abrió éste para que lo viera y se lo aplicó al oído para que oyera el tic-tac, de cuyo acto nunca aquella se hubiera visto cansada. Los modales del joven Million para con Isabelita eran perfectamente discretos y atentos, y aquella se consideraba en el deber de mostrarse agradecida por las bondades de aquel, para con su abuelo y para con su amante. Ciertamente, él era un hombre en extremo agradable, y pronto se ganó el corazón de Carlota, regalándola una moneda de plata, la más nueva que pudo encontrar en su bolsillo. Carlota se bajó al instante de las rodillas de aquél, y corrió á su rincón á frotar la moneda con arena, á

imitación de lo que el viejo Esparrow solía hacer, cuando, frotando una de cobre hasta dejarla brillante, se la regalaba como si fuera de oro, y ella la apreciaba tanto como si realmente lo fuera.

El joven Million no permaneció allí mucho tiempo. Conocía el valor de dejar tras de sí una buena impresión, y así, transcurrido un cuarto de hora de grata conversación, se levantó para despedirse de Isabelita, y cuando se hallaba de pie, con una mano de aquella entre las suyas, y sonriendo dulcemente, la puerta de la sala se abrió de pronto, y apareció en ella Jorge Naldret.

Su rostro estaba pálido y huraño, y en sus ojos se revelaban señales de un gran sufrimiento. La agonía en que pasó la noche anterior, parecía haberle envejecido en pocas horas. Permaneció en silencio, mirando á Isabel y al joven Million con las manos cogidas. Isabel lanzó un grito y apartó su mano de la del joven Million, y la expresión que se reveló en el rostro de Jorge, como una nube negra, parecía la de un hombre que ha perdido toda fe y creencia en la pureza y en la virtud.

Isabel adivinó aquel pensamiento, y lanzó un suspiro de agonía, pero no pronunció una palabra.

—¡Jorge!—exclamó el joven Million con una mirada intranquila, que no se escapó á los ojos de Jorge.—¿Qué ha sucedido?

Jorge rechazó con el más absoluto desprecio la mano que aquél le extendía, dirigiendo su vista á las flores que estaban sobre la mesa, y á Isabel, cuya cara se puso lívida ante aquella mirada, y á los aretes que llevaba puestos, y una amarga sonrisa asomó á sus labios, sonrisa que inspiraba compasión.

—¡Bonitas flores!—dijo tomando el ramo de sobre la mesa, y estrujándolo en sus manos hasta casi destruirlo; pero se contuvo y las dejó caer diciendo :

—Perdona . . . no son más ; pues aunque te pertenecen, como supongo, ningún derecho tengo sobre ellas ya.

Isabel no le contestó. Nunca había visto su rostro como en aquel momento, y comprendía que aquello significaba la pérdida de todo amor.

—He venido á devolvete esto—dijo arrancando de su pecho una bonita bolsa de seda. Estaba pendiente de su garganta por un cordón negro y no lo podía desprender con facilidad. Parecía que no quería ser separado de aquel lugar.

Cuando lo tuvo en su mano sintió que toda su felicidad estaba allí, y que le iba á abandonar, y á la imaginación de Isabel vinieron las palabras que aquél había pronunciado la noche anterior. “Mira—había dicho—aquí, colgada á mi cuello está la bolsa que hiciste para mí. Descansa sobre mi corazón, y nunca me abandonará. Besaré cada moneda de oro que deposite en ella, y pensaré que te beso á tí, como hago ahora, corazón mío !”

—Toma—dijo Jorge.

Ella extendió la mano con melancolía, y cuando Jorge tocó sus fríos dedos, se estremeció. Ambos comprendían que aquella acción significaba que todo había concluido entre ellos.

El viejo Esparrow entró en la sala y presencié aquella escena, poseído de la mayor sorpresa. No podía darse ni la más remota cuenta de lo que estaba pasando. Pero veía á Isabelita sufrir, y se colocó á su lado. Al entregar Jorge la bolsa á Isabel, le cogió le mano, pero ella la rechazó con dulzura. Un sentimiento de lo que se debía á sí misma en presencia del joven Million, le sobrevino, y su orgullo de mujer ante la acción de Jorge delante de un extraño, le devolvió las fuerzas por un momento.

Jorge se dirigió á la puerta, cuando el joven Million,

que se sentía mortificado por la conducta de Jorge con él, y que al mismo tiempo consideró un deber de galantería colocarse de parte de Isabel, le agarró por la manga, y le dijo :

—Venga Vd. acá ; me debe Vd. una explicación.

—¡ No me toque Vd. !—gritó Jorge con ademán descompuesto, y centelleándole los ojos, de ira.—¡ No me toque Vd., hombre indigno ! ¿ Qué debo una explicación ? Yo se la daré, y muy cumplida, cuando estemos solos ! Y ya puede Vd. calcular qué clase de explicación será, cuando anticipadamente le digo que es Vd. un falso, mal nacido ! ¡ Tenga Vd., pues, cuidado cuando nos encontremos !

Y cada nervio de Jorge vibraba de ira y de despecho.

—Vd. no puede asustarme con bravatas—contestó el joven Million, que no era cobarde—aunque trate Vd. de hacerlo con las señoras ; y como mi presencia aquí puede ser molesta á una señorita á quien distingo—añadió dirigiendo á Isabel una mirada que hizo á Jorge enterrarse las uñas en las palmas de los manos—me retiro, á menos que el señor Esparrow considere necesario que me quede para la protección de él y de su nieta.

—No, señor, muchas gracias—contestó Benito Esparrow con pena.—Jorge no puede hacer á mi nieta más daño del que ya le ha hecho.

—Entonces, me retiro—dijo dirigiéndose á la puerta—pero no sin hacer constar antes, que he tratado de ser amigo de este hombre—dijo señalando á Jorge con un movimiento despreciativo de mano—que he tratado de ser su amigo . . .

—¡ Miente Vd. !—gritó Jorge.

—Creyendo—continuó el joven Million con desdén—que era mejor que los demás de su clase ; pero me he equivocado. ¿ Señor Esparrow, supongo que Vd. no me culpará por nada de lo que aquí ha tenido lugar ?

—Absolutamente, señor—dijo Esparrow con voz turbada.

—Deseo que Vd. y su nieta sigan bien, y cuenten con mi mas sincera simpatía.

Con estas palabras, y dirigiendo una mirada de triunfo á Jorge, el joven y altanero señor Million tomó la puerta.

Transcurrido un breve espacio, dijo Jorge :

—Mi presencia aquí es ya innecesaria.

Y se disponía á partir, cuando Carlota corrió á su lado y agarrándole por la levita le miró diciéndole :

—No te vayas ; ven á jugar conmigo.

—No puedo ahora, querida mía—dijo Jorge, tomándola en sus brazos y besándola.—Necesito irme. ¡ Adios, hija mía !

La puso en el suelo, y contuvo las lágrimas que se le agolpaban á los ojos.

—Un momento, Jorge—dijo Benito Esparrow, tratando de aparecer sereno, pero completamente postrado.—¿ Mi querido Jorge, qué quiere decir todo esto ?

—No tengo ninguna explicación que dar, señor Esparrow—contestó Jorge.

—Jorge, querido hijo mío, piensa un momento. ¿ Crées tener razón en lo que has hecho ? Mira á Isabel, Jorge, mira . . .

—¡ Abuelito !

Esta palabra salida de los lívidos labios de Isabel como un esfuerzo en su agonía, tenía un sonido extraño que llevaba envuelto lo que significaba, que era suplicar á su abuelo que no intercediera por ella con ningún hombre.

—Tienes razón, querida mía—sollozó Esparrow.—Tienes razón ; pero como ninguno de Vds. quiere hablar, yo estoy medio trastornado. Pero, ¿ es que ya no te vas, Jorge ?

—No, señor Esparrow ; ya no necesito irme.

Á Isabel le empezaban á faltar las fuerzas. Orgullo, humillación, amor ofendido, sospecha de la fe de su amante, todo se apoderaba de ella. Extendió sus temblorosas manos hacia su abuelo, y gritó :

—¡ Jorge ! ¡ Jorge ! ¡ Me estás rompiendo el corazón !

—¡ Tú has roto el mío !—dijo Jorge, volviéndose ; y sin más palabras, salió del cuarto, ciego de pena y desesperación.

Un suspiro que más bien parecía un gemido, brotó del herido corazón de Isabelita que cayó desmayada en los brazos de su abuelo.

CAPÍTULO XVII.

¡EA, MARTA! ¿NECESITAS UN LAVANDERO?



A presencia de Jorge Naldret en las calles de Westminster, causó la sorpresa que puede imaginarse. Sus vecinos lo suponían en camino para el otro mundo, y casi sentían verlo entre ellos, porque, en cierto modo, se consideraban engañados. Había prometido escribir á algunos, contándoles cómo le había ido por los mares; y dos ó tres habían ya resuelto, si Jorge les enviaba buenas noticias, vender todos sus trebejos, y lanzarse á un nuevo país en busca de mejor fortuna. Se hubieran considerado satisfechos, hasta cierto punto, si Jorge hubiera dado alguna explicación de su conducta, pero éste se negó absolutamente á ello.

—He cambiado de idea—fué lo único que pudieron obtener de él.—Yo creo poder hacer lo que me parezca, siempre que no sea en perjuicio de Vds.

Pero algunos consideraron que habían sido perjudicados, y de tal manera lo estrecharon para que se explicase, que se vió obligado á mandarlos enhoramala, lo cual, en vez de resolver la dificultad, la empeoró. Jorge era demasiado delicado para mezclar el nombre de Isabel en el asunto, y cuando algunos se atrevieron á mencionarlo, se volvió airado contra ellos. El hecho causó una verdadera conmoción en el vecindario.

Al principio, la señora Naldret trató de persuadir á Jorge para que no se presentara en público, pero él le contestó :

—No, madre, es mejor enseñar la cara desde luego.

Su padre era de la misma opinión. Cuando resolvió ésto, se encerró en su cuarto, y después de serias y tristes meditaciones decidió que lo primero que debía hacer era ir á ver á Isabel, y relevarla de su compromiso con él. Por eso se encontró con el joven señor Million en la sala de la tienda del viejo Esparrow, donde tan felices horas había pasado. Llevaba resuelto lo que había de decir. Pensaba mostrarse tranquilo, al par que firme con Isabel, y al dirigirse á casa de Esparrow, desentendiéndose de las miradas de asombro que su primera aparición en las calles atraía, iba ensayando en su imaginación las exactas palabras que pensaba decirle. Pero cuando llegó allí y vió al joven Million estrechando sonriente la mano de aquella, y el ramo de flores sobre la mesa, fué tal el choque que recibió, que todos sus planes se desbarataron, y habló con toda la amargura que brotaba de su corazón.

Cómo cundió la nueva, fué un misterio, y cómo creció hasta tomar exageradas y gigantescas proporciones, fué un misterio mayor. Pero, ¿quién es capaz de trazar su curso á un rumor que excite la atención y que, cual las aguas de un torrente, crece y se desborda, exaltando las imaginaciones vivas, hasta que la razón y los hechos se pierden en el torbellino? Corrían toda clase de rumores ; que Jorge había cogido miedo al agua ; que tenía deudas ; que había cometido alguna mala acción en el taller donde trabajaba, y no le permitían embarcarse sin aclararla. Estas y otras mil cosas por el estilo, se decían y se comentaban. Lo peculiar en esta clase de rumores es que, tan luego como brota una nueva teoría, es aceptada como un hecho, y desmenuzada y

discutida en todos sus aspectos. Jorge era un fecundo tema para los vecinos en la noche de aquel sábado, y en el siguiente día. Se lo servían caliente, como un nuevo y apetitoso plato, y tanto lo sazonaban y adornaban, que es seguro le hubiera hecho hervir la sangre el haberlo sabido. Pero no lo sabía ni lo sospechaba siquiera. Cuando Jaime Naldret fué el domingo á la panadería á buscar su pierna de carnero asada, con patatas, oyó algunos rumores que no le gustaron; pero no dijo nada á Jorge, y padre, madre é hijo pasaron la tarde tristes y silenciosos, y fueron á acostarse más temprano que de costumbre.

El lunes siguiente corrió de boca en boca la estupenda noticia de que Jorge Naldret é Isabelita Esparrow habían roto sus relaciones. Se decía que Isabelita lo había despachado; que habían tenido una espantosa pelea la noche anterior á la partida de aquél para Liverpool. No creemos necesario estampar aquí todas las razones que se daban para explicar aquel rompimiento. Unas eran perversas, y todas eran falsas. Pero en el curso del día, brotó un arroyuelo que fué creciendo é hinchándose hasta que absorbió todas las demás aguas. Una varilla fué arrojada, que tomando vida instantáneamente, se convirtió en una serpiente que se tragó todas las demás. Se dijo que Isabelita había descubierto que Jorge tenía otra novia. Quién era, dónde vivía, y cómo aquello había estado secreto durante tanto tiempo, eran cosas de poca importancia; pero al principio se dijo bajito, y luego se comentó en voz alta, que aquella novia había sido algo más que una novia de Jorge . . . que debía haber sido su mujer. La razón de esto era que Jorge era padre. ¿Pero dónde estaba la criatura? El rumor lo decidió al instante. La criatura no era otra que la pobre Carlota; y Jorge había engañado villanamente al viejo Benito Esparrow y á Isabelita, haciéndoles que se

encargaran de cuidar aquella niña, contándoles el hábil y perverso cuento de que Carlota era una huérfana sin un amigo en el mundo. ¡Aquí sí que hubo pasto para los habladores! ¡Qué bien sazonado y condimentado fué este nuevo plato!

Llegó á oídos de Jorge, que se apresuró á escribir á Benito Esparrow. Le decía que había oído ciertos rumores que afectaban su honor. No mencionaba qué rumores eran; pero sí decía que eran mentiras indignas, y repetía estas palabras. Añadía que pudiendo haber llegado aquellos rumores á oídos del señor Esparrow, y afectar la felicidad de una pobre criatura inocente (tan inocente como era él en aquel asunto), estaba dispuesto á retirar la niña del cuidado del señor Esparrow. Nada más decía, concluyendo así, casi bruscamente. La respuesta no se hizo esperar. Benito Esparrow había oído aquellos rumores, que lo habían lastimado; creía lo que Jorge decía en su carta; pero la niña, decía, era un consuelo para *ellos*. Este *ellos* significaba él é Isabelita, pero no nombraba á ésta. Añadía que aquella niña era la parte principal en la felicidad de aquella casa, y que su separación les causaría la mayor pena. La carta era también corta y terminante. La niña permaneció con el viejo Esparrow y con Isabelita, que se mostraron con ella más cariñosos, si se quiere, de lo que habían sido antes. Estas cartas, después de todo, fueron un gran consuelo para Jorge y para Isabel.

Pero los habladores y los noticieros no los dejaban en paz. Decían que la otra novia de Jorge había declarado su intención de irse con él, si se marchaba, y que lo seguiría hasta el fin del mundo. El nombre de Isabel fué traído también. Ella tenía otro amante, que le gustaba más que Jorge, y, ¿quién podía ser sino el joven señor Million? Él le había regalado, por supuesto, aquellos bonitos aretes, y

la habían visto entrar en la casa del viejo Esparrow con lindos ramos de flores en la mano, y salir sin ellos. Benito Esparrow la protegía también. De este modo, tanto Jorge como Isabel eran condenados, y los bondadosos habladores hacían cuanto estaba en sus manos para que nunca se reconciliaran.

Jorge y el joven Million se encontraron una vez. Éste iba solo, y aquél acompañado de su padre. La vista del elegante y sonriente joven señor Million, volvió furioso á Jorge que se separó de su padre y corrió á encontrar á su enemigo. Un policía se hallaba cerca. El joven Million le hizo una seña, y el brazo de la justicia lo saludó y se le acercó. Jaime Naldret se apercibió al momento del estado del negocio.

—Vámonos, Jorge—le dijo agarrándolo por un brazo, y casi arrastrándolo.

Cuando llegaron á casa, la señora Naldret hizo á Jorge prometerle que no se volvería á meter con el joven señor Million, ni siquiera á dirigirle la palabra.

—Nada bueno te puede resultar de eso, Jorge—le dijo. —No merece ese mal hombre que te ocupes de él, y que por su causa tengas un disgusto. Ya encontrará su merecido algún día.

Pasó tiempo, y el mundo siguió su curso regular. Jorge volvió al trabajo en su antiguo taller, y trabajó de firme durante la siguiente primavera y verano. En esta época empezaron á notarse señales de descontento entre los maestros de obras y los carpinteros, y no sólo entre ellos, sino también entre los obreros de casi todos los demás oficios. La huelga se generalizó por todo el país, siguiendo pronto unos el ejemplo de otros. El mismo Jaime Naldret empezó á murmurar. Se preguntaba qué sería de él cuando llegase á viejo y no pudiera trabajar, porque le había sido imposible ahorrar dinero alguno para los malos tiempos.

—¡ Tendré que irme á un asilo !—se decía con amargura. Pero la señora Naldret le replicaba :

—Déjate de eso, Jaime ; ¿ á qué conduce mirar al porvenir ? Nosotros seríamos felices, sino fuera por las desgracias de Jorge. ¡ Pobre muchacho ! ¡ No parece sino que el mundo se ha acabado para él !

En el verano ocurrió la huelga en el oficio de Jaime, y un día se presentó en casa con las manos en los bolsillos, y dijo á su mujer :

—¡ Ea, Marta ! ¿ necesitas un lavandero ? Estoy en huelga.

—¡ Jaime !—gritó aquella.—¿ Qué has hecho ? ¡ Acuérdate de Saúl Fielding !

—Saúl Fielding no estaba tan equivocado, después de todo—dijo Jaime. Creo que fuí demasiado duro con él. No lo he podido evitar, mujer ; me he visto obligado á seguir á mis compañeros.

Tuvieron la suerte de que Jorge había hecho algunos ahorros, pero, aunque les dió hasta el último centavo, y aunque empeñaron casi todas las cosas de valor que había en la casa, se vieron entrampados cuando terminó la huelga.

—Llegará la primavera antes de que nos desenredemos, Marta—decía Jaime—pues son muchas cosas las que tenemos que pagar.

La señora Naldret lo comprendía demasiado y se dedicó á economizar y á ahorrar cuanto le fué posible. Aquella pequeña familia libraba bravamente la batalla de la vida.

El viejo Benito Esparrow, sufría, por supuesto, como los demás. Los negocios continuaron malos, y por consiguiente, su situación fué cada vez peor. Pasó el otoño, y llegó el invierno para hacer temblar á los pobres, pues el carbón alcanzó un precio exorbitante. El viejo Esparrow estaba abatido, y su semblante revelaba una profunda tristeza. Un

día, poco antes de la Pascua, y precisamente al cumplirse un año de la época en que Jorge estuvo para emprender su viaje, Isabel oyó voces descompuestas en la tienda. Corrió allí, y vió á su abuelo temblando detrás del mostrador. El hombre que usaba aquel lenguaje irritado, estaba embargando la tienda. Isabel preguntó qué era aquello.

—¡ Es el dueño de la casa, hija mía! —suspiró el viejo Esparrow.—Estoy atrasado en el pago de la renta, desde hace mucho tiempo, habiéndole entretenido con promesas, en la esperanza de que los negocios mejorarían, hasta que por último, aquí lo tienes, furioso, jurando que mañana mismo pondrá aquí un depositario que se haga cargo de todo.

—¿ Y no puede Vd. pagarle, abuelito ?

—No, hija mía,—contestó Esparrow con un sollozo— hay treinta y seis centavos en la casa, y tengo otras muchas deudas. ¡ Estoy arruinado, Isabel! ¡ Estoy arruinado! ¡ Qué va á ser de nosotros !

Y el pobre viejo le pedía que lo perdonase, como si él fuera la causa de sus desgracias. No hay para qué decir que Isabel lo consoló y trató de animarlo. Lo llevó á la sala y lo halagó y acarició, alborotándole los pocos pelos que le quedaban, olvidando sus propias penas hasta casi hacer olvidar al pobre viejo las suyas. Aquella noche, cuando Isabel se hallaba sentada en una silla baja á los pies del viejo, le dijo éste con tristeza :

—¡ Ay, Isabelita ! No me preocuparía esta desgracia, y hasta me reiría de ella, si . . . si . . .

—¿ Si qué, abuelito ?

—Si tú y Jorge estuviérais unidos, hija mía.

Ella no replicó. Apoyó su cabeza en las rodillas de aquél, y se quedó mirando con tristeza al mezquino fuego. ¡ No vió en él ningún cuadro halagüeño !

CAPÍTULO XVIII.

EL DEPOSITARIO.



El viejo Benito Esparrow tenía fundado motivo para estar triste. La ruina no le amenazaba, sino que lo tenía aprisionado con sus feroces garras. El dueño de la casa fué fiel á su palabra. Á la mañana siguiente, se presentó á cobrar la renta, y no habiéndosela pagado, formó un inventario de todo, y puso allí un depositario. Éste era un tipo especial, con barba y cabellos blancos como la nieve, y que parecían no haber sido cortados en un año. Las caras del viejo Esparrow y de Isabelita no estaban menos blancas cuando seguían al endurecido casero, de cuarto en cuarto, como llorones en un funeral. Primero se revistó la tienda que tenía muy pocas existencias, y éstas en mala condición. El casero dijo :

—¿ Cómo un hombre puede esperar hacer buen negocio y pagar honradamente sus obligaciones con semejante surtido ?

—Sí, señor—contestó el viejo Esparrow.—Vd. tiene razón. Yo debía haberlo reconocido así. La culpa es toda mía, Isabelita.—Y ponía una cara como si en vez de estar bajo el peso de una ejecución, fuera á ser ejecutado inmediatamente.

—¿ Cómo llama Vd. á ésto ?—preguntó el casero con desprecio—¿ higos ? Tienen la misma cara que Vd. . . .

—Sí, señor, la misma. Vd. tiene razón. No servimos para nada ; debemos ser arrojados.

De la tienda pasaron á la sala, adornada con los mismos muebles con que, cuarenta años antes, el viejo Esparrow la amuebló para su casamiento.

—Un sillón de brazos, viejo y desvancijado—dijo el casero.

—El sillón favorito de tu abuela . . .—dijo el viejo Esparrow á Isabelita, con un suspiro.

Pasaron después á la cocina, y al dormitorio del viejo Esparrow, y este suspiró otra vez cuando oyó decir al casero :

—Una cama vieja de madera . . . desbaratándose . . .

Por último pasaron á otro cuarto, que era el dormitorio de Isabelita y de Carlota.

—¿ Qué está Vd. buscando?—preguntó el casero con enojo al depositario.

—Estaba pensando que la niña puede estar ahí—contestó humildemente el depositario, y dirigiéndose al viejo Esparrow, añadió :

—¿ No está ahí la niña ?

—¡ Y aunque esté !—replicó el casero.—No la vamos á vender. No hay mercado para niñas.

—Ese es, efectivamente, el cuarto de la niña—dijo Esparrow.—¡ Pobre Carlota ! pero pensando que Vds. vendrían, la hemos mandado á casa de un vecino.

—¿ Y creía Vd. que la podríamos asustar, eh ?—dijo el casero, que al poco rato se retiró, dejando al depositario con orden expresa de no dejar sacar absolutamente nada de la casa.

—¡ Vd. es responsable, no lo olvide !—fueron sus últimas palabras.

Isabel y su abuelo se quedaron como si la casa se hubiera convertido de pronto para ellos en una prisión, y aquel

hombre de tan extraña cara y blancos cabellos fuera su carcelero. Como éste parecía no ocuparse de ellos, Benito Esparrow hizo una seña á su nieta, y se escurrieron hacia la tienda, asustados como si se vieran bajo la acusación de un nefando crimen. Allí respiraron con más libertad.

—¿Qué haremos con él, Isabel?—preguntó Benito Esparrow á su nieta.—¿Qué es lo que se acostumbra hacer con los depositarios? Creo haber oído que se les dá tabaco y cerveza. ¡Ay querida mía! ¡No lo siento por mí, que ya estoy demás en el mundo, sino por tí! ¿Qué he hecho yo, ¡Dios mío!, para merecer ésto? ¿Qué he hecho yo?

—¡Abuelito!—dijo Isabel con firmeza—es preciso que no continúe Vd. así, y que nos armemos de valor. Ya yo he pensado lo que he de hacer. Desde hoy en adelante, voy á cuidar de Vd., como Vd. ha cuidado de mí hasta ahora. Sé coser, y voy á buscar trabajo. Vd. me enhebrará las agujas, abuelito. Con muy poco tenemos bastante para vivir . . .

Sus pálidos labios temblaban al besar la mano de su abuelo, y se echó en sus brazos llorando, sin duda para demostrar lo valiente que era.

—¿Se puede pasar?—dijo una suave voz detrás de ellos.—¿Me permitirán Vds. que les diga cuatro palabras en la sala?

Era el depositario.

Por nada del mundo se hubieran atrevido á contrariarlo, y así, le siguieron, temblando.

—Reconozco—les dijo cuando se pararon allí delante de él, como unos criminales—que estoy desempeñando aquí un penoso deber, y que mi presencia debe serles muy poco grata . . .

—Nada de eso, señor—dijo Esparrow, sintiendo que su suerte y la de Isabelita estaban en manos de aquel hombre.

No diga Vd. tal cosa. Todo lo contrario . . . ¿no es verdad, Isabelita?—Y trató de sonreír para demostrarle que estaba muy complacido con su compañía.

—Pero aseguro á Vds.—continuó el hombre—que no deseo molestarlos ni afligirlos. Yo también he pasado penas amargas, como pueden Vds. ver!—añadió señalando á sus blancos cabellos.

—¿Qué es lo que quiere Vd. que hagamos, señor?—dijo Esparrow.—Disponga Vd. de nosotros y de todo lo que hay . . .

—Lo primero que deseo es que no se ocupen Vds. de mí, y que se hagan cuenta de que no estoy en la casa. Yo sé, por ejemplo, que esta es la salita donde Vds. acostumbran estar, y no quiero que por mí se priven de ello, pues si es preciso me iré á sentar á la cocina.

—No . . . no, señor—dijo Esparrow.—Por nada en el mundo permitiríamos semejante cosa—¿verdad, Isabelita? ¡Esta es mi nieta, señor, la nieta querida de mi corazón!

Al oír esto el depositario, le puso una mano sobre el hombro, y lo miró con tales muestras de simpatía, que el viejo Esparrow, sin darse cuenta de lo que hacía, le tendió su mano, como si fuera un verdadero amigo.

—Está bien—dijo el depositario—podemos acomodarnos todos aquí, y si Vd. y su nieta no hacen uso de esta sala, como si yo no estuviera en ella, me voy á la cocina.

Después de esto no pudieron menos de mirar aquella sala como si otra vez les perteneciera. Isabel se mostró muy agradecida á la simpatía que por su abuelo demostraba aquel hombre, y sacando su cesta de costura se puso á remendar unas medias de Carlota.

—El modo que tiene esta niña de hacer agujeros en las puntas y en los talones de las medias, es verdaderamente pasmoso—había dicho con frecuencia el viejo Esparrow.

El depositario echó una mirada á las pequeñas medias, y luego miró á Isabelita con una expresión de bondad tal, que ésta no pudo menos de sonreírle dulcemente, y él dijo con cariño :

—¡ Gracias, hija mía !

Llegada la hora de comer, y antes de que pudieran pedirle que las acompañase para participar de su humilde comida, fué á la puerta de la calle y llamó á un muchacho, el cual, obedeciendo sus instrucciones, le trajo un poco de carne, fiambre y pan, que compró en una tienda inmediata. Todo lo que pidió á Isabelita fué un vaso de agua fresca, y con éste, la carne y el pan hizo su comida. Con sorpresa Isabelita y el viejo Esparrow, notaban que iban tomando afecto á aquel hombre. Después de comer pareció soñoliento, y sentándose en el rincón de la sala que se había destinado, y que no era, por cierto, el más abrigado, cerró los ojos como si estuviera dormido. Isabelita y Esparrow hablaron al principio bajito, como para no perturbarlo, pero al cabo de un rato, convencidos por la regularidad de su respiración, de que estaba profundamente dormido, Isabel volvió á hablar de sus planes.

—Cuando seamos desalojados de esta casa—dijo—tomaremos un cuarto y allí viviremos tranquilos y felices con sólo hacer la intención de serlo. Yo trabajaré para los tres, para Vd., para Carlota y para mí.

La muchacha se mostraba tan persuasiva y confiada en su lenguaje, que el viejo Esparrow casi empezaba á convenirse de que lo que les ocurría no era, después de todo, una desgracia irremediable.

—Parece extraño que su cabello esté tan blanco—dijo Esparrow mirando al depositario dormido. No aparenta tener edad para ello. Y por cierto que no está muy atento á sus deberes,—añadió bajando la voz y en un tono casi ale-

gre—pues fácilmente nos podríamos escapar, si quisiéramos.

Pero pronto le asaltaron de nuevo sus tristes pensamientos, y dijo suspirando :

—¡ Ay, Isabelita ! ¡ Qué dirá Jorge de todo ésto ! Ellos también tuvieron sus disgustos durante la huelga, hija mía, y á menudo deseé en aquella época acompañarlos y consolarlos ; y tú también lo deseaste, ¿ no es verdad, Isabelita ?

—Sí, abuelito—contestó Isabel con tono tranquilo—yo también lo deseé, pero Jorge pudo haberlo interpretado mal.

—Díme, Isabelita . . .

—¡ No, no !—gritó aquella, poniendo las manos en actitud de súplica, porque presumía lo que su abuelo íba á decir, —¡ no me pregunte Vd. nada, abuelito ! ¡ Nunca podrá ser ! ¡ Oh ! he tratado de olvidar, y no he podido.

Se detuvo, porque las lágrimas no le permitían continuar, y al cabo de un rato añadió :

—Yo sería mucho más feliz si él pensase mejor con respecto á mí ; aunque nunca podemos volver á ser el uno para el otro lo que hemos sido ! Al principio me sentí incómoda y ofendida, pero ahora es otra cosa. Si al menos me hubiera contestado acerca de Carlota . . . ¡ pobre Carlota ! . . .

El depositario murmuró algo en su sueño, y ellos bajaron la voz.

—Hice mal en dudar de él—continuó Isabel—¡ muy mal ! Debí haber tenido confianza en sus palabras, como él me manifestaba. No es posible que vuelva á pensar bien de mí . . . nunca . . . ¡ nunca ! Pero Vd. sabe, abuelito, que yo he querido desde entonces á Carlota tal vez más que antes . . . ¡ pobre niña sin madre ! ¡ Nunca ya podré ser feliz ! ¡ Nunca ! ¡ Pobre corazón mío !

Al viejo Esparrow le tocó entonces consolar á Isabel, y la estaba acariciando y calmando, cuando gritó de pronto :

—¡ Isabel ! ¡ el joven señor Million ! ¿ Porqué al oír aquel nombre, hizo á aquella ponerse palida, y porqué se mordió los labios cuando vió al joven entrar en la sala ?

—He tenido el sentimiento de saber lo que ha ocurrido, señor Esparrow—dijo aquél, quitándose el sombrero—y me he apresurado á venir para ofrecer á Vds. mi auxilio.

—Tenga Vd. la bondad de bajar la voz, señor—dijo Esparrow.—Ese hombre que ve Vd. ahí, está puesto por el casero, y no quisiera que lo despertáramos. Estamos, en efecto, en un gran conflicto, . . . ¡ en la ruina, señor ! . . .

—Permítame Vd., pues, que los ayude—interrumpió el joven Million con vehemencia.—Tendré en ello un verdadero placer. Déjeme Vd. pagar á ese hombre para que se vaya. Vd. y la señorita Esparrow me firmarán una obligación . . . y nada más.

—Doy á Vd. las gracias por su ofrecimiento, señor—dijo Esparrow con una mirada de desconsuelo á aquel cuarto en que había pasado tantos años felices—pero . . . algo que vió en la fisonomía de Isabelita le infundió valor—no puede ser, señor, no puede ser.

—¿ Porqué ?

—Porque se hablaría de ello, y no le reportaría ningún bien á Isabelita. Vd., señor, está por su posición, colocado á una altura que hace imposible toda unión con nosotros. Esa es la verdad, y por lo tanto . . . ¡ no puede ser !

El joven señor Million permaneció silencioso por unos momentos, sonando con los dedos en la mesa con impaciencia, diciendo al fin :

—He notado que desde hace algún tiempo, tanto Vd., como la señorita Esparrow, rechazan mis ofrecimientos, y se muestran conmigo distintos á como eran antes. ¿ Puedo saber á qué es debido ésto ?

—Sí, señor—contestó el viejo Esparrow, animado por la

expresión de la cara de Isabel.—Creo lo mejor que hablemos con claridad. Vd. sabe, señor, que los vecinos gustan de las habladurías; que cuando ven á un caballero como Vd., visitar con frecuencia á unos pobres como somos nosotros, necesitan saber la razón de ello; y si no tenemos razón alguna que darles, harán una á su gusto. Yo tengo miedo, señor, de que el nombre de Isabel . . . ¡mi querida Isabel! la muchacha más buena del mundo, digna de ser una princesa . . .

—Así es—afirmó el joven señor Million.

—Bueno, señor; pues como iba diciendo, tengo miedo de que el nombre de Isabel, salga á relucir mezclado por esas lenguas con el de Vd. en unos términos que causasen á la muchacha profundo pesar, y á mí también. Ya ha llegado á mis oídos, que alguien la vió, hace próximamente ahora un año, entrar en la casa de Vd., y de esto han hecho los comentarios que Vd. puede imaginar. Ella fué efectivamente una vez á casa de Vd. . . . una vez sola, ¿no es así? y fué á llevar una carta mía que Vd. me pidió le enviase por ella, cuando en esa época, el año pasado, me hallé en el apuro que Vd. sabe. Vd. me ayudó, señor, y yo le estoy muy agradecido, aunque no puedo pagarle. Y se nos ha metido en la cabeza, tanto á Isabelita como á mí, que aquello, y los aretes que Vd. le regaló, de los que se habló tanto, que fué la razón porque se los devolvió, han sido la causa de la mayor pena que mi pobre Isabel ha experimentado en su vida.

—¡Ah!—exclamó el joven señor Million con cierto aire de burla—¿se refiere Vd. al rompimiento de la señorita Esparrow con el perro de aguas Jorge Naldret?

De los ojos de Isabel brotó un relámpago que hizo al joven señor Million desear haber podido desaparecer de allí instantáneamente.

Al viejo Benito Esparrow se le calentó la sangre también, y dijo con mucha más energía y entereza de la que Isabel había visto en él durante toda su vida :

—Tenga Vd. la bondad de tomar la puerta, señor, y donde quiera que estemos, aquí ó en otra parte, déjenos tranquilos con nuestros quebrantos.

Las voces despertaron al depositario, que se estiró y abrió los ojos. El joven señor Million creyó ver una oportunidad de exhibirse como el heredero de una gran cervecería, al mismo tiempo que de demostrar sus poco nobles sentimientos, diciendo :

—Es preciso que yo demuestre á Vds. lo que pienso de su ingratitud, por medio de alguna severa medida, y por consiguiente, ya puede Vd. ir pensando el modo de pagar inmediatamente el dinero que presté á Vd. el año pasado. Debo recordar á Vd. que hay algo legislado acerca de la prisión por deudas. En cuanto á lo que su hijo de Vd. malversó de nuestra firma, dejo al cuidado de mi padre el arreglarlo con Vd. Mientras tanto . . .

—Mientras tanto—interrumpió el depositario, dejando á todos atónitos—yo soy el amo de esta casa, puesto que estoy encargado de ella, y como Vd. no figura en el inventario, lo invito á que salga inmediatamente.

Y sin permitirle replicar una palabra, lo agarró por un brazo con mano de hierro, y lo colocó en la parte afuera de la tienda.

El joven y desocupado calavera tuvo que encaminar sus pasos hacia otro mercado, en el que sin duda lograría con más facilidad su objeto.

Benito Esparrow no pudo manifestar su agradecimiento al depositario por su amistosa intervención.

—No hable Vd. de eso—decía éste, y añadía con una burlesca sonrisa—Vd. sabe que no está puesto en el inventario.

La entrevista dejó en el viejo Esparrow y en Isabelita una profunda agitación ; pero nada podía compararse á las atenciones del depositario, que no les permitió la más ligera explicación. Cuando el viejo Esparrow insistió con terquedad en hablar del asunto, aquél pidió un pliego de papel y un sobre, y se puso á escribir una carta. Después de puesta en el sobre, y escrita la dirección, levantó la cabeza, y su hasta entonces triste fisonomía, adquirió una expresión tal, que el viejo Esparrow no pudo menos de decir á Isabel al oído :

—Isabelita este es un buen hombre, que reanima á uno —y añadió en voz alta: ¿ Quiere Vd. que lleve esa carta al correo, señor ?

—No, gracias—contestó—la voy á mandar por un emisorio. No puedo perder á Vd. de vista, como sabe. El dueño de la casa me hizo responsable de Vd . . .

El viejo Esparrow sintió como si volviera á hallarse en prisión.

Era ya de noche cuando se apareció Carlota, que corrió á la sala llamando á su abuelo y á Isabelita, saltando á sus brazos y besándolos, y tirando de los pelos á aquél. Parecía devolver la alegría á aquella casa.

—¿ Es esta Carlota ?—preguntó el depositario con voz alterada.

—Sí, señor—contestó Esparrow.—Saluda á ese caballero, hija mía.

Algo como un sollozo salió del pecho del depositario cuando tomó á Carlota y la besó ; y cuando, un rato después, se encendió la luz y Carlota estaba en los brazos de aquél, comiendo dulces que le había regalado, y con los cuales, como puede suponerse, pronto ganó sus simpatías, el viejo Esparrow se acercó á Isabelita y le dijo :

—Repara, hija mía, sin duda tiene alguna niña, y su recuerdo le hace querer á Carlota.

Todo lo que se relacionaba con este extraño hombre era tan noble, que lo miraron ya, no como á un enemigo, sino como un amigo.

CAPÍTULO XIX.

SE OYE SONAR DULCE Y SUAVE EL “HIMNO DEL HOGAR.”



S la historia de dos amigos . . . El depositario es el que está hablando. Tenía, sentada sobre sus rodillas á Carlota, contenta y satisfecha como si lo hubiera conocido toda la vida. Le había contado muchos cuentos preciosos, y la niña había gozado y se había reído hasta que estaba rendida ; y aunque eran ya casi las once de la noche, y por consiguiente hora de irse á acostar, Isabelita y su abuelo estaban esperando oír una historia que áquél les manifestó deseaba contarles, no atreviéndose, naturalmente, á rehusar oírla.

—Es la historia de dos amigos, aunque en ella figuran otras personas de más mérito que ellos. La historia es de todo punto verdadera. ¿Cómo llamaremos á los dos amigos para distinguirlos? Llamaremos á uno Jorge . . .

—¿Qué le pasa á Vd., hija mía—dijo el depositario interrumpiéndose al ver que Isabel lo miraba con los ojos espantados.—Jorge, continuó diciendo, es un nombre como otro cualquiera, y el hombre á quien yo llamo así, era un buen hombre, en toda la extensión de la palabra. ¿No quiere Vd. que le llamemos Jorge?

—Sí, señor, como Vd. quiera—dijo Isabel débilmente, volviendo la cara para otro lado.

—Y al otro le llamaremos . . . Saúl.

—¿Oyes, Isabel?—exclamó el viejo Esparrow—¡Jorge y Saúl!

Isabel puso una de sus manos entre las de aquél, y el depositario continuó :

—Tenemos, pues, á Saúl y á Jorge. Ambos crecieron en su niñez en la misma vecindad. Saúl era siete años mayor que Jorge ; pero no obstante esta diferencia de edades, se hicieron dos verdaderos amigos. Hablaban y leían mucho juntos, porque Saúl era muy aficionado á la lectura y al estudio, y, según él creía, enderezaba todo lo que estaba torcido. Yo creo que, durante cierta época de su vida, se figuró realmente que tenía la misión de redimir su clase de los agravios que se le inferían ; y es lo cierto que se erigió á sí mismo en campeón de sus compañeros obreros ; y poseyendo el don, fatal para él, de hablar bien y con afluencia, aquellos le escuchaban, y aceptaban sus elocuentes palabras como lógica irrefutable. Jorge admiraba á su amigo, aunque no convenía con él, y cuando fué un hombre, hizo voto de ser su amigo eterno. Este voto significaba para Jorge algo más que vanas palabras, pues era sincero y leal con los dictados de su corazón, y cuando profesaba amistad, como cuando profesaba amor, nada en el mundo lo podía hacer cambiar. Saúl, dominado por un falso entusiasmo por lo que él creía su misión, esperaba la oportunidad de levantar su bandera, y esta oportunidad se presentó. Surgió en un taller cierta desavenencia entre dueños y trabajadores ; y él se mezcló en ella, soliviantando la gente con su don fatal, y avivando el descontento que se propagó á otros talleres. Ni los dueños, ni los obreros quisieron ceder, y el resultado fué una huelga, en la que Saúl era el principal agitador, el orador, y el hombre de quien todos dependían, y en quien todos confiaban. Oigan Vds. en pocas palabras, lo que en-

tonces sucedió. Después de poner las cosas tan tirantes como pudo ; después de hacer creer á los obreros que los dueños eran sus naturales enemigos ; después de hacer una noche un discurso lleno de falsa doctrina, pero que arrastró los ánimos de la gente á una más obstinada resistencia ; después de hacer todo ésto, Saúl, repentinamente desertó sus compañeros, y los dejó en la estacada. Les dijo que, atendiendo á más serias consideraciones, había variado de opinión, y había cogido miedo á la miseria que una larga lucha podría acarrear á los obreros y á sus familias. Los hombres, con razón, se indignaron contra él, y lo calificaron con merecidos epítetos ; y el resultado fué que los obreros volvieron al trabajo, bajo las antiguas bases, y que propietarios y trabajadores volvieron la espalda á aquel hombre que les había hecho traición. Sólo uno entre los últimos, permaneció siendo su amigo, y este fué Jorge. Desde aquel día, Saúl empezó á hundirse ; no pudo obtener trabajo ; y arrastró tras sí una pobre mujer que lo amaba, que había confiado en él, y á quien había hecho desgraciada. Espere Vd. un poco más, hija mía—dijo el depositario, sugutando por una manga á Isabelita que se había levantado de su asiento, dudando si debía irse ó permanecer allí.—Es preciso que oiga Vd. todo lo que tengo que decir ; y procuraré ser breve. Aquella mujer tuvo una niña, nacida lejos de la vecindad en donde Saúl era conocido. Su amor era profundo ; su aflicción, mayor. Saúl, durante este tiempo, se mostró, no sólo como un traidor, sino como un cobarde. Se dedicó á beber . . . y, ¿ qué hizo entonces aquella sublime mujer ! ¡ Oh ! ¡ Cuán buena era, sólo Saúl lo sabe ! ¿ Qué hizo aquella mujer por su hija ? Resolvió no permitir de modo alguno, que creciese y fuese señalada como hija de la deshonra. Resolvió buscar un lugar donde fuese cuidada, y donde, si no viniesen tiempos mejores para la

madre, pudiera la niña crecer en la creencia de que sus padres habían muerto. ¡ Aquella deshonra no debía arrojar una mancha indeleble sobre la vida de aquel ser querido ! Saúl convino con ella. “ Yo no tengo amigos,” le dijo aquella mujer, “ ¿ los tienes tú ? ¿ Tienes alguno que tenga compasión de esta querida criatura, y por tu amistad se haga cargo de ella, y la cuide como si fuese suya ? ” Saúl no tenía más que un amigo : Jorge. Le contó su cuita, y aquel buen amigo convino con un vecino que tomara la niña y la criase. Prometió guardar el secreto de Saúl, y sólo á una persona, y en determinado caso, confiar la historia de la pobre abandonada. “ Puedo algún día casarme, Saúl,” le dijo, “ y entonces debo contárselo á mi mujer.” De este modo, consiguió aquella madre su deseo, y efectuó el sacrificio de su amor.

El reloj de la sala sonó una hora, é Isabel se hundió en su silla y apoyó la cabeza sobre la mesa. Oyó las campanadas, y pensó en un año antes, cuando parada en la puerta con su amante, sonaron tan tristemente en sus oídos ! ¿ Qué pena, y qué alegría eran las que aquel hombre la hacía sentir ? Comprendía que la historia que estaba contando era verdadera, y que Jorge, el amigo de Saúl, era su Jorge, á quien había continuado amando con tanta fe durante aquel triste año. ¡ Qué pena al pensar que Jorge se había alejado de ella para siempre, y qué alegría al saber que estaba limpio de toda mancha, y que era aún más noble de como su amor se lo había pintado ! Levantó la cabeza con los ojos arrasados en lágrimas, y alargó los brazos á Carlota.

—Déjeme Vd. tomarla y acariciarla—sollozó.

—No, hija mía—contestó el depositario ; pero se la alargó para que la besase, y luego besó él las lágrimas de Isabelita, que habían humedecido el rostro de la pequeña Carlota.—Aun tengo más que contar. ¿ Continúo ?

—Sí.

—Llegó un tiempo feliz para Jorge. Se enamoró de una muchacha pura y tierna . . .

Isabel se arrodilló delante de aquel hombre, mirando con turbación su extraña fisonomía y sus blancos cabellos, y le besó la mano con gratitud.

—¡ Alto, niña !—dijo él—síntese Vd. y no interrumpa mi historia. Se comprometieron para casarse, y Jorge estaba ansioso de hacer un nido para su querido pajarito. Su oficio estaba pesado, y no podía ahorrar dinero. En esto se presentó un hombre falso, á quien llamaremos Judas, y que, pretestando amistad por Jorge, le dió un billete de pasaje para las colonias, donde éste podría con más facilidad lograr el objeto de sus deseos. Pero precisamente tres horas antes de la en que debía decir adiós á la pequeña casa en que había nacido Jorge supo por Saúl, que su pretendido amigo lo había engañado, contándole mil mentiras, y dándole aquel billete con el sólo objeto de alejarle del país y poder, á sus anchas, enamorar á la muchacha que reinaba en el corazón de Jorge. Otras dudas, y desgraciadas inteligencias, se acumularon, infortunadamente, en aquellos críticos momentos. Jorge supo que la muchacha había sido vista al entrar en la casa del padre de Judas ; que éste le había regalado un par de pendientes ; que la madre de Jorge había visto á Judas deslizar una carta en las manos de la muchacha . . .

—¡ Era para mi abuelo !—gritó Isabelita. Contenía el dinero con que aquél sacó á mi abuelo del conflicto en que se hallaba !

—¡ Silencio, querida mía ! ¿ Cómo puede Vd. saber esta historia que es mía ? Cuando Jorge supo todo esto, sintió la agonía de la desesperación. Sacó el billete de su bolsillo, y lo iba á hacer mil pedazos, cuando Saúl se le hincó de rodillas, y le rogó y le suplicó que se lo diese, y que él iría

en su lugar ; pues la amante de Saúl lo había abandonado, encargándole que por su amor y por aquella niña, hija de ambos, hiciera un esfuerzo para librarles de tanta vergüenza ; y él no veía más camino que el que tan inopinadamente se le presentaba delante. Jorge le dió el billete, y al siguiente día Saúl se despedía del país en que dejaba todo lo que era querido á su corazón.

El depositario hizo una pausa, y el viejo Esparrow le miró con afán. Al reanudar su historia, su voz parecía más solemne.

Saúl llegó á su destino, y después de vagar mucho por aquellas comarcas fué á dar con una pequeña colonia de mineros de oro en las montañas. Entre ellos se hizo de dos amigos, David, y su esposa. ; Dios tenga sus almas en la gloria ! Otro amigo fué la pequeña hija de aquellos. Trabajó y encontró oro, dando gracias á Dios por su infinita bondad. Podía volver á la patria y regenerarse. Pero llegó la estación de las nieves, y él y sus compañeros se vieron aprisionados entre montañas de aquella, cuya altura era bastante para cubrir á un hombre aunque fuera enterrado de pie. Sobrevino una horrorosa noche en que la nieve se amontonó en las paredes de las tiendas, y á la mañana siguiente los mineros no podían abrir las puertas. Inmediato á la tienda en que Saúl, con David, su esposa y la pequeña niña vivían, había un árbol. Saúl abrió un agujero en el techo de la tienda, trepó al árbol, y dijo á sus amigos que lo siguiesen. David lo intentó ; pero cayó desde lo alto al fondo de la tienda y se lastimó de muerte. Saúl, aterrorizado pidió que le alcanzasen la niña, y la madre de ésta así lo hizo á través del techo, tomándola aquél en sus brazos, y estrechándola contra su corazón. Mientras tanto la tormenta seguía, y la nieve no cesaba de aumentar. David pidió á su esposa que se salvase, pero ella rehusó y per-

maneció á su lado cuidándole, mientras la nieve, queridos míos, no cesaba de caer ; las paredes de la tienda cedieron al fin, y aquel matrimonio encontró allí una noble muerte, y una sepultura.

Benito Esparrow é Isabel escuchaban sobrecogidos, la historia contada por aquel hombre, en cuya fisonomía se pintó la compasión, y dijo para sí : “ ¿ Pero por qué estoy entristeciéndolos en esta noche ? y luego añadió, en voz alta :

—Otro hombre trató de alcanzar el árbol al que Saúl, con la pequeña niña en los brazos, se hallaba adherido luchando por la vida. La historia de este hombre la contaré mañana. Baste decir hoy que era un hombre extraño. Entregó á Saúl, para una buena obra, el oro que tenía ; y se hallaba tan débil que las fuerzas le faltaron durante la noche, y cuando el sol alumbró á la mañana siguiente, Saúl y la pequeña niña eran los únicos vivos en la colonia. Imagínense Vds. á Saúl en aquel árbol, amparando con sus brazos la vida de aquella tierna criatura, y fórmense idea de la agonía que experimentó en aquellas horas ! Sus sufrimientos fueron tan grandes en los dos días siguientes, que sus cabellos se pusieron blancos como la nieve.

—¿ Pero se salvó ?—gritaron á la vez Isabelita y Benito Esparrow.

—Sí ; se salvó.

—¿ Y la niña también ?

—¡ También, gracias á Dios !

Aquellos respiraron.

—Poco queda ya que contar. Saúl volvió á su patria, llevando consigo á la pequeña hija de David . . . y bastante oro. Buscó á la mujer á quien tanto amaba, y se casó con ella. Oyó decir que el viejo y la buena muchacha que habían protegido y amparado á su hija se hallaban en un

conflicto porque se había librado una ejecución contra la tienda de aquél, por el pago de la renta . . .

—¡ Y vino de depositario!—gritó el viejo Esparrow, poseído de la mayor agitación—¡ oh, Dios mío ! ¡ Dios mío ! Volvió á oirse la campana de un reloj.

—¿ Es el reloj de Westminster el que empieza á dar la hora ? Escúchenme Vds. por un minuto más. ¿ Creen Vds. que cuando Judas estuvo aquí esta tarde, el depositario dormía ? Nó. Estaba muy despierto, y oyó todas las palabras que mediaron, y fué indescriptible el gozo que experimentó su corazón, porque pensó en Jorge, en aquel querido amigo, en aquel hombre noble ! ¿ Y qué hizo el depositario cuando Judas desapareció ? ¿ Escribir una carta, no es así ? Pues bien, la hora está sonando ! ¡ Doce !

La puerta se abrió, é Isabelita, dando un grito, adelantó un paso, llevándose las manos al corazón. Jorge se hallaba delante de ella, pálido por la excitación del momento, pero respirando esperanza, y el amor pintado en sus ojos.

—¡ Jorge, querido hijo mío!—gritó el viejo Esparrow, agarrándole las manos.

—¿ Me perdonas Isabel?—preguntó Jorge.

Un suspiro se escapó del corazón de la muchacha y ambos amantes se unieron en un estrecho abrazo.

Como si hubieran sido invocados por esta feliz unión, aparecieron en aquel momento, Jaime Naldret y su esposa, llevando ésta en sus brazos la pequeña hija de David ; y detrás de ellos con la mirada fija, y las manos convulsas por el exceso de ternura, y los ojos y la cara y el corazón, llenos de amor infinito, apareció la madre de Carlota, ansiosa de abrazar á su hija. Saúl colocó con cariño y solemnidad la niña en los brazos de Juana. La madre se escurrió suavemente hacia la tienda, con su hija, y Saúl la siguió, arrodillándose ante ella. Ella lo estrechó también contra su pecho.

—¡ Querida esposa mía!—murmuró, y una oración de infinito agradecimiento á Dios, vino á su mente.

Media hora después volvían los tres á la sala.

—¡ Isabelita!—dijo Saúl—esta es Juana, mi esposa.

Al besarla y acariciarla Isabel, las tristezas del pasado se fundieron en la gratitud del presente.

Se sentaron, y charlaron.

—Jorge y yo, vamos á emprender negocios juntos—dijo Saúl. Vamos á poner una pequeña tienda por nuestra cuenta.

—Y permanezcan aquí—observó la señora Naldret—y dense por satisfechos.

—Sí,—contestó Jorge—con pan, queso y besos. Yo ya puedo comprar las cazuelas y los pucheros.

Jorge había vuelto á entrar en posesión de la bolsa de seda.

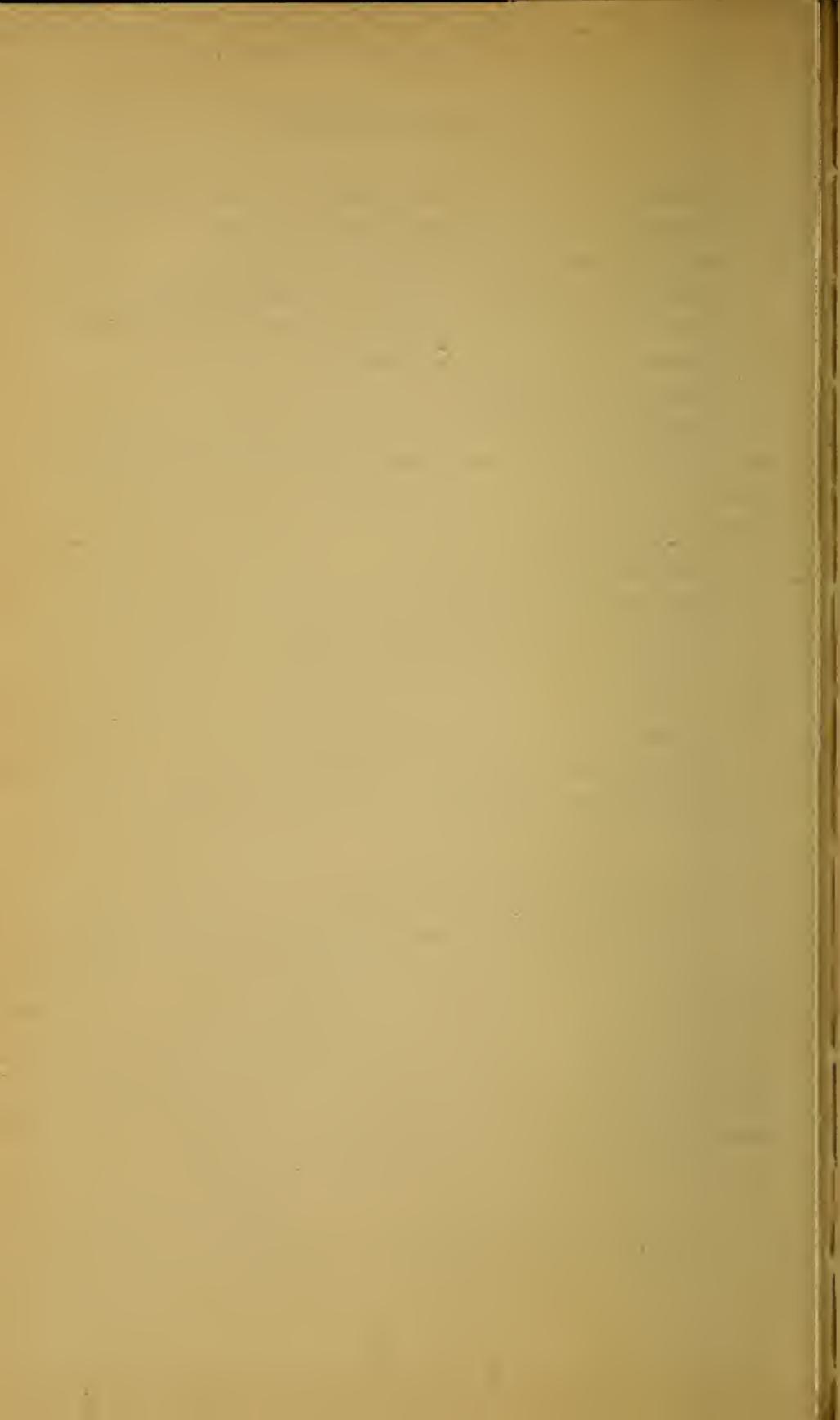
—¡ Isabelita!—dijo la señora Naldret—el sueño de que te hablé el año pasado, va á salir cierto.

La muchacha se sonrojó. ¡ Ella soñaba ahora con la felicidad! ¡ Todos eran felices! El viejo Esparrow les deseaba un lejano despertar.

Reinó el silencio por un momento, y en medio de él, se oyeron los acordes de una música que escucharon mirándose unos á otros, y que entonaba el himno, “Hogar, dulce Hogar.”

—¿ Te acuerdas, Jorge?—dijo Isabelita, abrazándolo con ternura.

El himno siguió oyéndose dulce y suave, y la atmósfera parecía llena de armonía y de devoción.



[A]

OBRAS DE HISTORIA NATURAL

PUBLICADAS POR

LA CASA EDITORIAL DE D. APPLETON Y CÍA.,

Nueva York.

I.

El Reino Animal para Niños. Por el Doctor JUAN GARCÍA PURÓN. Instruir Deleitando. Serie de Libros Primarios de EL REINO ANIMAL PARA NIÑOS. Arreglados para la instrucción gradual y progresiva de la infancia, en las escuelas y en la familia. Cada cuaderno, contiene 6 hermosas láminas de colores, yendo en cada una numeradas las figuras de los varios animales; y 8 páginas de lectura amena, variada y progresiva, con una cubierta iluminada. En paquetes de una docena surtida (dos ejemplares de cada número). El paquete, \$2.00.

La serie se compone de seis libros ó cuadernos :

No. 1. ANIMALES DOMÉSTICOS.

No. 2. AVES MAYORES.

No. 3. ANIMALES DE CAZA.

No. 4. ANIMALES SALVAJES.

No. 5. AVES MENORES.

No. 6. CUADRUMANOS Y PEQUEÑOS CUADRÚPEDOS.

Recomienda Rollin que se enseñe á los niños la Historia Natural; pero del modo que conviene á su edad. “Llamo, dice, *Física de los niños*, á un estudio de la Naturaleza que no requiere sino *vista*, y que por lo mismo está al alcance de toda clase de personas, hasta de los niños. Desde la más temprana edad se les puede imponer á los niños; pero proporcionándolo á sus pocos años, y llamando su atención sobre lo que esté más á su alcance, ya sea en lo referente á hechos, ya acerca de las reflexiones á que estos den ocasión. Parece increíble el número de conocimientos agradables y útiles con que ese ejercicio continuado desde los primeros años y metódicamente, llenaría el espíritu de los niños. . . .” Un maestro cuidadoso, encuentra en este estudio el medio de formar el corazón de sus discípulos y de guiarlos á la verdad y el bien valiéndose de la misma Naturaleza.

“El primer libro para instruir á la infancia, dice Figuiet, debe versar sobre la Historia Natural; y en lugar de llamar la atención de las jóvenes inteligencias hacia las fábulas y cuentos sin doctrina, es necesario dirigirlas hacia los sencillos y verídicos espectáculos de la Naturaleza; tales como la estructura de un árbol, la composición de una flor, los órganos de los animales, la perfección de las formas cristalinas de un mineral, ó la disposición interior de las capas que componen la tierra que hollamos con nuestra planta.” Tal es el objeto con que el autor ha preparado estos libros, en los que ha reunido la instrucción, los ejemplos de moral y el deleite de la infancia.

II.

Nociones de Botánica. Por J. D. HOOKER. Precio, 20 centavos.

Esta pequeña obra, que forma parte de nuestra serie de CARTILLAS CIENTÍFICAS, contiene una serie de lecciones elementales sobre los caracteres generales de las plantas que dan flores; trata de la célula y los tejidos, del alimento y desarrollo de la semilla y de la planta, de la raíz, el tallo, las yemas, las hojas, la flor, el cáliz, la corola y de multitud de otros asuntos presentados de un modo fácil y sencillo. Se ocupa de los Jardines Botánicos para colegios, y da modelos para ejercicios de lecciones con hojas y flores.

III.

Libro Primero de Zoología. Por el Doctor JUAN GARCÍA PURÓN. *Obra adoptada de texto en España y varios países Hispano-Americanos.* Forma un tomo uniforme con la BOTÁNICA y la MINERALOGÍA del mismo autor; está ilustrado profusamente con hermosos grabados intercalados en el texto y elegantemente encuadernado. Precio, 70 centavos.

EL LIBRO PRIMERO DE ZOOLOGÍA que ofrecemos al público, está considerado como el mejor de cuantos se conocen, y el único de su género en castellano. El autor, elevándose á las necesidades de la época y á los adelantos de la ciencia moderna; ha puesto su obra á la altura de los tiempos y al alcance de la juventud. Conduce gradualmente, *de lo conocido, á lo desconocido por medio de lo semejante*, despertando el interés del joven, y á la vez deleitándolo con el estudio. No existe un libro tan ameno é interesante, ni tan apropósito para el estudio del reino animal; al que no sólo da á conocer en todas sus fases, sino que inspira en los niños el amor hacia los animales.

IV.

Libro Primero de Botánica. Por el Doctor JUAN GARCÍA PURÓN. *Obra adoptada de texto en España y varios países Hispano-Americanos.* Precio, 80 centavos.

En esta obra, la BOTÁNICA está tratada desde el punto de vista del *estudio objetivo*, que tanto facilita á los jóvenes el conocimiento de dicha ciencia. Como en la ZOOLOGÍA y la MINERALOGÍA del mismo autor, el plan seguido en la Botánica, es *llegar á lo desconocido por medio de lo conocido y lo semejante*; empleando para ello, el estudio de lo que más pueda interesar y grabarse en la imaginación de los niños.

La obra, está ilustrada con numerosos grabados; tiene una excelente impresión sobre papel satinado y muy bien encuadernada; circunstancias, que como complemento á su selecto contenido científico, la hacen sin rival en su género. Es un tomo uniforme con los de ZOOLOGÍA y MINERALOGÍA.

V.

Libro Primero de Mineralogía. Por el Doctor JUAN GARCÍA PURÓN. *Obra adoptada de texto en España y varios países Hispano-Americanos.* Precio, 80 centavos.

Este tratado de MINERALOGÍA, que con las de ZOOLOGÍA y BOTÁNICA por el mismo autor, forma un *Curso Completo de Historia Natural*; además de tratar extensamente de todo lo que atañe directamente á la Mineralogía, propiamente dicha, estudia las relaciones entre ésta y la *Geología*, y por lo tanto trata de los fósiles, ó sea de la *Paleontología*; siguiendo los principios más modernos en su parte didáctica.

La obra tiene numerosos grabados intercalados en el texto; es rica en estilo y asuntos interesantes, y se halla impresa en magnífico papel satinado y empastada en uniformidad con la BOTÁNICA y la ZOOLOGÍA.

* * *

Los **Cuadros Murales** de WILLSON y CALKINS además de otros asuntos, tratan tambien de la

ZOOLOGÍA en las partes 1ª, 2ª, 3ª, 4ª, y de la
BOTÁNICA en las 1ª, 2ª, 3ª, 4ª.

La colección de trece, artísticamente sombreados, coloreados y montados en cartón. Precio, \$14.00.

Biblioteca del Maestro.

UNA serie de libros de pedagogía, indispensable á todo educacionista. No está lejano el día en que los gobiernos todos de la América Española, comprendiendo que esta Biblioteca es indispensable á los Maestros, adopten una para cada Escuela, Instituto ó Colegio. Mientras tanto, los maestros que deseen conocer los métodos de Enseñanza más adecuados al progreso de los tiempos y aquellos sistemas más diversos y aun opuestos de todos los países, la enseñanza científica por decirlo así; lo mismo que cuantos deseen comparar, analizar, adaptar ó en fin reglamentar, ordenar la Educación, la Enseñanza y la Instrucción, tanto pública como privada, tanto elemental como intermediaria ó superior, necesitan y deben como una necesidad para sí propios y como un deber para el público, proveerse de esta Biblioteca cuyo mérito verdadero está hoy día comprobado por el hecho de estar adoptados muchos de los libros que la forman, como obras de texto en las Escuelas Normales de varios países.

Entre los libros ya publicados, mencionaremos los siguientes:

Métodos de Instrucción. POR WICKERSHAM.

La Educación del Hombre. POR FRÖEBEL.

Dirección de las Escuelas. POR BALDWIN.

Lecciones de Cosas. POR SHELDON.

Principios y Práctica de Enseñanza. POR JOHONNOT.

Conferencias sobre Enseñanza. POR FITCH.

Psicología Pedagógica. POR SULLY.

La publicación de las obras nuevas para la Biblioteca del Maestro se anunciará en nuestro BOLETÍN á medida que se haga.

La serie de obras que forman la Biblioteca del Maestro se venden separadamente á \$1.50 el ejemplar.

Aritmética Teórico - Práctica (La Nueva),

Con aplicaciones al Comercio. Por EMILIO TORO, Director que fué del Liceo de San Miguel en Ponce, Puerto-Rico, obra de texto en muchas escuelas.

Un bonito tomo en 12° de más de 100 páginas. 25 centavos.

Aritmética Elemental, Lecciones de.

Por PERKINS, Director y Profesor de Matemáticas en la Escuela Normal del Estado de Nueva York. Obra basada en el nuevo sistema Mental y Práctico que originó el inmortal Colburn, adoptado en las principales escuelas de los Estados Unidos.

Un tomo de 163 páginas en 18°. 40 centavos.

Aritmética Elemental, Compendio de.

Por GRAND. Muy apropiado para la Instrucción Primaria.

Un tomo de unas 60 páginas en 12°. 20 centavos.

Aritmética Práctica.

Publicada por orden del Jefe del Departamento de Escuelas del Estado de Buenos Ayres.

Abraza lo siguiente: Sumar, Restar, Multiplicar y Dividir Enteros y Quebrados.

Un tomo de 144 páginas en 12°. 38 centavos.

Aritmética, Libro Primero de.

Este libro, dispuesto para los niños, trata de los números 1 á 10, y se adapta tanto para las Escuelas Primarias como para el uso en las familias.

La página que reproducimos da una idea del plan de esta Aritmética ideada por WIEDEMANN, Director de la Cuarta Escuela Municipal de Dresde.

Un tomo de más de 100 páginas. 30 centavos.

Algebra, Tratado Elemental de.

Por RAFAEL CELEDÓN, Presb., ex-Rector del Seminario de Santa-Marta.

Un tomo encartonado de 149 páginas. 40 centavos.

Nada mejor para hacer conocer la índole y valor de este tratado que lo que respecto de él y en su prefacio dice modestamente el autor :

“Ni tan extenso que casi agote la materia y sea difícil adquirirlo por lo crecido de su precio, ni tan conciso que deje por alto puntos importantes, ó sin el desenvolvimiento indispensable para la fácil comprensión, este Compendio, si no nos engañamos, evita ambos inconvenientes; por lo menos tal ha sido nuestro intento al ordenarlo. Y decimos ordenarlo, porque no hemos hecho sino escoger y ordenar lo que nos ha parecido más adecuado en los Tratados de Álgebra de Pelegrín, Puissant, Liévano, Davies y Robinson.

“Penetrados de la conveniencia de hacer fecunda la verdad teórica con su aplicación á la práctica, hemos ilustrado casi cada demostración con numerosos ejemplos y problemas, trazando á veces el procedimiento que debe emplearse para obtener el resultado, ó dando éste y dejando el estudiante la labor de investigarlo.”

Agricultura Científica, Principios Elementales de.

Por N. T. LUPTON, Profesor de Química en la Universidad “Vanderbilt” de Nashville.

CONTIENE: El origen, composición, y clasificación de los terrenos; La composición de las plantas; Composición y propiedades de la atmósfera; El cuidado de los ganados; La manera de mejorar la condición de los terrenos y multitud de materias relativas á la Agricultura como ciencia y como arte.

Clasificada y en orden numérico, con lenguaje sencillo y una tabla de preguntas útil y fácil de ser empleada por los maestros en general.

Un tomo encartonado, uniforme con nuestras otras CARTILLAS, de más de 100 páginas. 30 centavos.

Nueva York: D. APPLETON Y CA., Libreros-Editores, 1, 3 y 5 Bond St.

La Educación del Hombre.

Por FEDERICO FRÖEBEL.

Traducida del Alemán por J. A. NÚÑEZ. Un tomo en 12°, pasta de tela inglesa, uniforme con las demás obras de la *Biblioteca del Maestro*, de cuya serie forma parte. Precio, \$1.50.

Métodos de Instrucción.

Por J. P. WICKERSHAM.

El primer tomo de la *Biblioteca del Maestro*. Precio, \$1.50.

Enfermedades de las Mujeres

(Tratado Práctico de las).

Por el Doctor T. GAILLARD THOMAS.

La segunda edición española, contiene: seis capítulos y setenta y cinco grabados nuevos; multitud de notas de la última edición inglesa; con un prólogo y un apéndice terapéutico por el Doctor J. G. PURÓN. Un tomo en 8° mayor de unas 900 páginas y 300 grabados intercalados en el texto y empastado lujosamente en tela inglesa. Precio, \$5.00.

Ciencia y Arte de los Partos.

Por el Doctor GUILLERMO THOMPSON LUSK.

Traducida de la segunda edición Norte Americana por FEDERICO TOLEDO, Licenciado en Medicina y Cirugía, Madrid. Forma un tomo en 8°, de unas 800 páginas y multitud de grabados intercalados en el texto y empastado en tela inglesa de color castaño claro. Véndese al precio de \$4.00.

Nueva York: D. APPLETON Y CA., Libreros-Editores, 1, 3 y 5 Bond St.

La Historia Ilustrada de los Estados
Unidos del Norte y Países Ad-
yacentes.

Por G. P. QUACKENBOS.

Nueva edición. Forma ahora un tomo de 579 páginas en 12°, y está profusamente ilustrado, con láminas, mapas de colores y diagramas. Encuadernación de tela inglesa de color y con un bonito decorado. Precio, \$1.25.

Edición Económica de la

Nueva Biblioteca de la Risa, por
una Sociedad de Literatos de
Buen Humor.

Forma un arrogante tomo cerca de 500 páginas en 12°, con una cubierta de papel de color artísticamente decorada, y su precio es solamente de 70 centavos.

María Antonieta y su Hijo.

Por LUISA MÜHLBACH.

Novela histórica. Traducida del Alemán por C. VILLAVEDE. Un tomo de 173 páginas. A la rústica. Precio, 60 centavos.

Nueva York: D. APPLETON Y CA., Libreros-Editores, 1, 3 y 5 Bond St.

Nuevo Tesoro de Chistes,

Máximas, Proverbios, Reflexiones Morales, Historias, Cuentos, Leyendas, extractadas de las Obras de BYRON, WALTER SCOTT, WASHINGTON IRVING, PRESCOTT, MOORE, FRANKLIN, ADDISON, COOPER, GIBBON, PALEY, GOLDSMITH, HAWTHORNS, ROBERTSON, STORY, MARSHALL, WYSE, DICKENS, BULWER, HOOK, MACAULAY, BRYANT, POPE, DRYDEN, ETC., ETC., ETC.
Nueva Edición.

La Casa en el Desierto.

Aventuras de una Familia perdida en las Soledades de la América del Norte.

Por el Capitan MAYNE REID.

Traducida del Inglés por SIMÓN CAMACHO y ANTONIO HERNANDEZ. Con Doce Láminas por WILLIAM HARVEY.

Gil Blas de Santillana

(Historia de).

Publicada en francés por A. R. LE SAGE, Traducida al castellano por el Padre ISLA. Un tomo en 12°. Precio, \$1.25.

El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha,

Por CERVANTES,

Según el texto corregido y anotado por el Sr. OCHOA. Un tomo de 695 páginas en 12°. Precio, \$1.50.

EDICIÓN DE LUJO, con quince láminas y retrato de Cervantes. Un tomo de 695 páginas en 8°.

Nueva York: D. APPLETON Y CA., Libreros-Editores, 1, 3 y 5 Bond St.

CARTILLAS CIENTÍFICAS:

- NOCIONES DE FÍSICA Por BALFOUR STEWART, F. R. S.
30 centavos.
- NOCIONES DE QUÍMICA Por H. E. ROSCOE, F. R. S.
30 centavos.
- NOCIONES DE FISIOLÓGÍA Por el Dr. M. FOSTER, F. R. S.
30 centavos.
- NOCIONES DE ASTRONOMÍA Por J. NORMAN LOCKYER, F. R. S.
30 centavos.
- NOCIONES DE GEOGRAFÍA FÍSICA Por A. GEIKIE, F. R. S.
30 centavos.
- NOCIONES DE GEOLOGÍA Por A. GEIKIE, F. R. S.
30 centavos.
- NOCIONES DE ECONOMÍA POLÍTICA Por W. S. JEVONS.
30 centavos.
- NOCIONES DE BOTÁNICA Por el Dr. J. D. HOOKER.
30 centavos.
- GEOMETRÍA INVENTIVA Por W. J. SPENCER.
20 centavos.
- NOCIONES DE LÓGICA Por W. S. JEVONS.
30 centavos.

CARTILLAS HISTÓRICAS:

- NOCIONES DE HISTORIA DE EUROPA Por E. A. FREEMAN.
30 centavos.
- NOCIONES DE HISTORIA DE GRECIA Por C. A. FYFFE.
30 centavos.
- NOCIONES DE HISTORIA DE ROMA Por C. CREIGHTON.
30 centavos.
- NOCIONES DE ANTIGÜE- }
DADES ROMANAS. } Por A. S. WILKINS.
30 centavos.
- NOCIONES DE ANTIGÜE- }
DADES GRIEGAS. } Por J. H. MAHAFFY.
30 centavos.

AGRICULTURA CIENTÍFICA, PRINCIPIOS ELEMENTALES DE.
Por N. T. LUPTON, Profesor de Química en la Universidad "Vander-
bilt" de Nashville.

CONTIENE: El origen, composición, y clasificación de los terrenos; La composición de las plantas; Composición y propiedades de la atmósfera; El cuidado de los ganados; La manera de mejorar la condición de los terrenos, y multitud de materias relativas á la Agricultura como ciencia y como arte.

Clasificada y en orden numérico, con lenguaje sencillo y una tabla de preguntas útil y fácil de ser empleada por los maestros en general.

Un tomo encartonado, uniforme con nuestras otras CARTILLAS, de más de 100 páginas. 30 centavos.

Novelas Publicadas en Español

POR

D. APPLETON Y CÍA., NUEVA YORK.

María Antonieta y su Hijo.

Traducción del alemán. Un tomo de 173 páginas, con varias láminas y un retrato de María Antonieta, en el frontispicio. 60 centavos.

Misterio * * * *

Novela original, escrita en inglés bajo el nombre de CALLED BACK.

Por HUGH CONWAY.

Obra dramatizada. 800,000 ejemplares vendidos de las ediciones inglesas. Forma un bonito tomo en 12° de unas 230 páginas, tipo claro, buena impresión, cubierta de papel de color artísticamente decorada. 50 centavos.

La Isla del Tesoro.

Una preciosa novela escrita en inglés

Por ROBERTO L. ESTEVENSON,

Con ilustraciones, y un mapa, uniforme con la novela Misterio * * * * un tomo de 342 páginas. 50 centavos.

La Casa del Pantano.

Una de las novelas más populares en Inglaterra y en los Estados Unidos. 50 centavos.

FÁBRICA DE RELOJES DE WALTHAM.

AVISO.

El gran éxito que ha alcanzado el Reloj de Waltham, ha inducido á ciertos fabricantes á presentar en el mercado un sinnúmero de imitaciones de aquel; y con objeto de engañar á los compradores han grabado en las tapas y planchas nombres de ciudades americanas, y de casas ó compañías fabricantes ficticias.

Los que así recurren á estos medios nada escrupulosos para poder dar salida á sus productos, prueban así de un modo concluyente la gran superioridad de los Relojos de Waltham y la falta de mérito de sus propias obras.

Los compradores deben por lo tanto cuidar de asegurarse de que las marcas registradas de la fábrica "*American Waltham Watch Co.*" ó "*Waltham, Mass.*," estén grabadas sobre la plancha de los relojes, pues sin la una ó la otra de dichas marcas ninguno es legítimo. 646 

ROBBINS & APPLETON,

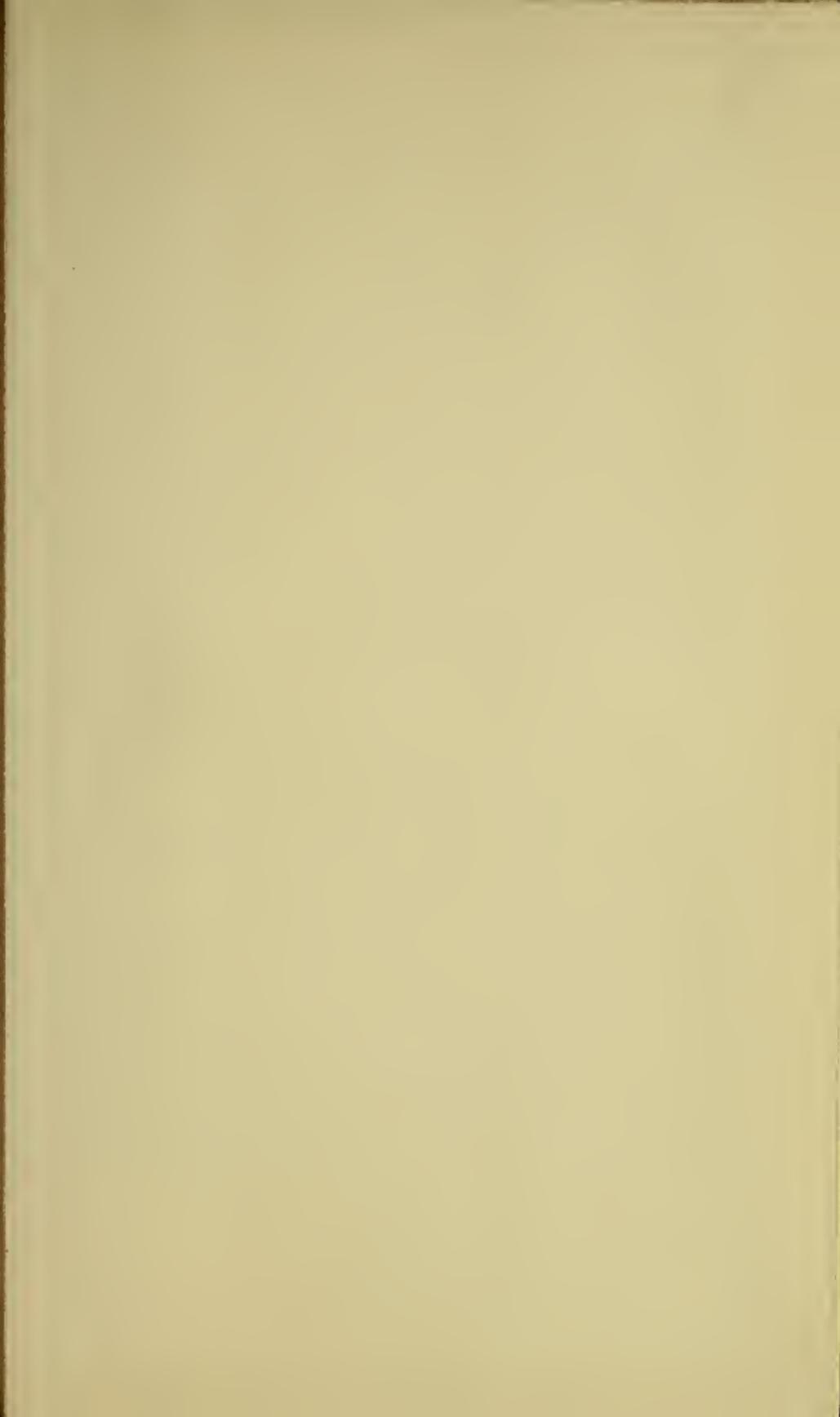
Agentes Generales de la

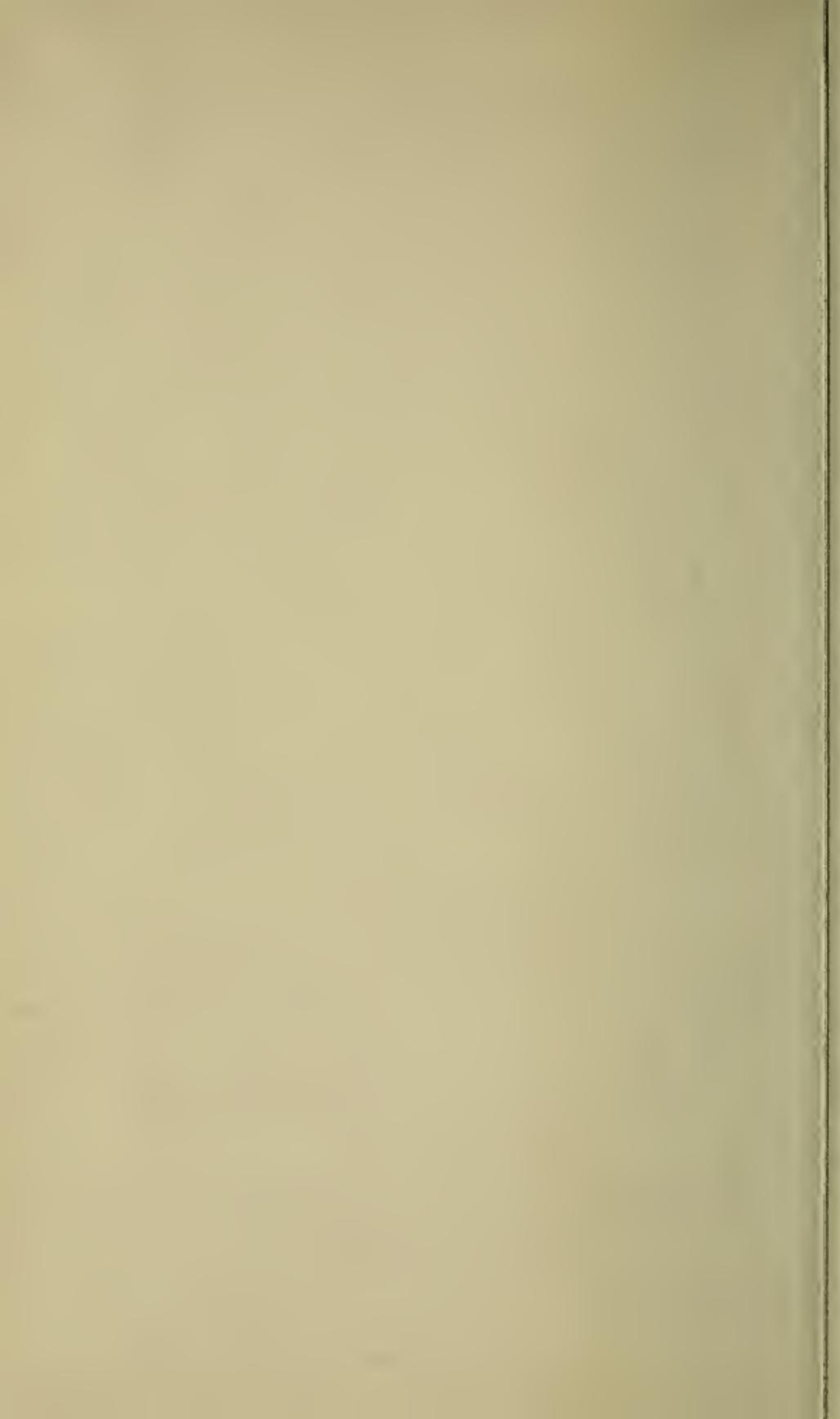
Compañía Relojera Americana de Waltham, Mass.

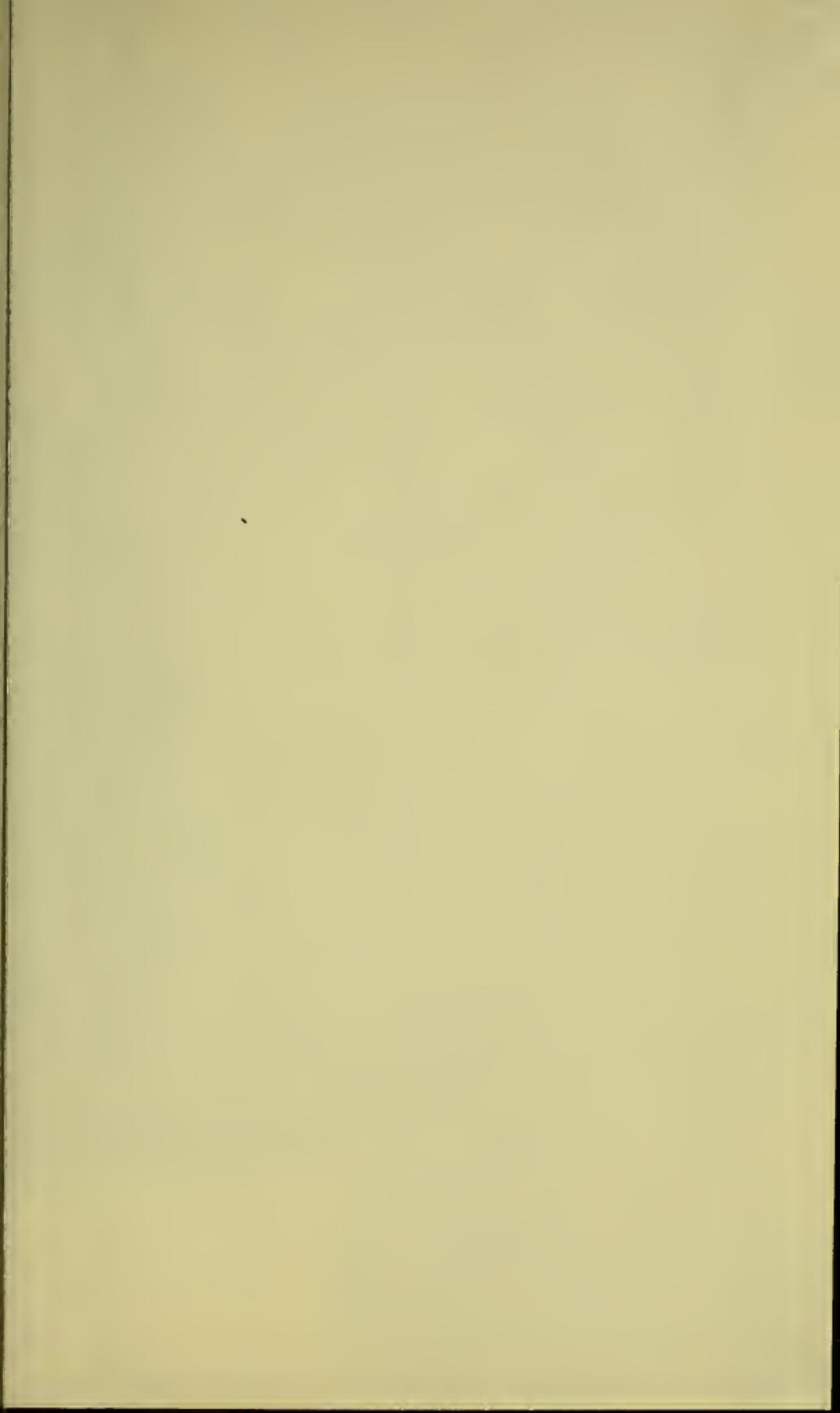
1, 3, y 5 BOND STREET,

(WALTHAM BUILDINGS),

NUEVA YORK.







Deacidified using the Bookkeeper process.
Neutralizing agent: Magnesium Oxide
Treatment Date: April 2009

PreservationTechnologies
A WORLD LEADER IN COLLECTIONS PRESERVATION

111 Thomson Park Drive
Cranberry Township, PA 16066
(724) 779-2111



LIBRARY OF CONGRESS



0 014 492 158 6

